Los parientes de Ester

Luis Fayad

Los parientes de Ester narra la vida de una familia tras la muerte de Ester. El comienzo de la novela es con el fallecimiento de esta y a partir de ahí, el libro se convierte en un completo retrato social de la clase media bogotana a finales de la década de los setenta. El narrador nos va presentando a los distintos miembros de la familia y poco a poco la trama se va bifurcando para ir conociendo las pequeñas miserias de estos personajes. Conoceremos al marido y los hijos de la fallecida, cuyos problemas económicos se convertirán en la comidilla de la familia política. Sin embargo, los otros parientes de Ester no están mucho mejor y ofrecerán un variado panorama de miseria, decadencia, e imperiosa necesidad de aparentar una bonanza económica que se antoja lejana. Detalle a detalle, la narración va revelando una familia donde una mezcla de mala suerte y falta de pericia económica, supone un intolerable descenso en la escala social. Paradójicamente lo más doloroso no es pérdida de poder adquisitivo sino el no poder mantener cierto estatus de cara al exterior.

Luis Fayad conduce al lector por una historia familiar y sencilla donde se van contando las desgracias que van truncando los destinos. Un estilo sobrio y comedido y el equilibrio entre diálogos y narración son claves para hacer que la lectura resulte amena sin perder un ápice de profundidad analítica. Con sencillez va desbrozando este bosque de apariencias para dejar al desnudo las faltas y desgracias de un grupo humano marcados por el vínculo familiar. Las constantes de algunos comportamientos, como el personaje que reclama dinero continuamente a sus familiares o el mirar para otro lado con la vida extramarital, muestran una apabullante doble moral. Ese análisis de la sociedad es el punto más destacable esta modesta pero brillante novela familiar. Dicen en la contraportada que el libro pasa de lo familiar a lo social y no puede uno estar más de acuerdo. Fayad usa a este grupo de parientes para dibujar un fresco de mayor interés y complejidad, donde cada uno de los distintos familiares acaba conformando un arquetipo de la época. Parte de la vigencia y solidez de la obra es ver muchos de los tristes tópicos contados siguen estando presentes.

Los parientes de Ester es una joya oculta de la narrativa colombiana. Un muy buen libro que narra con pericia y sencillez las pequeñas derrotas cotidianas de la una familia cualquiera. Ya me lo avisaron y no se equivocaban, posiblemente Luis Fayad sea ese gran novelista que tenemos que descubrir.

Luis Fayad

Los parientes de Ester

ePub r1.0
Titivillus 20.07.2023

Luis Fayad, 1978

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Después de la muerte de su esposa, Gregorio Camero continuó viviendo en la misma casa con sus tres hijos, a quienes atendía Doris, una criada que había crecido como una hermana para Ester, desde cuando fue recogida de la calle e incorporada a la familia, en condición de desamparada primero y luego de muchacha del servicio, con un trato especial que con el tiempo la convirtió en la compañera de Ester por encima de la hermana, de las amigas y de las primas, sin separarse de ella ni aun después de su matrimonio, cambiando de vida en ese momento tanto como Ester, participando del nuevo hogar con su misma autoridad, así como Ester colaboraba en los quehaceres de la casa con el mismo empeño de Doris, atenta a las obligaciones domésticas como si fueran suyas, permitiendo más tarde que sus hijos tuvieran el mismo afecto por su compañera como por ella. Por eso cuando Ester murió Gregorio Camero sintió su ausencia por todos los costados, pero no la falta de orden en el hogar. No comprendió entonces la insistencia de los parientes para que los hijos y él se separaran y fueran a vivir a casas ajenas. Fue la tía Mercedes la que hizo la propuesta. Al día siguiente del funeral de Ester, en la visita de condolencia que se había prolongado desde la noche del velorio, le dijo a Gregorio Camero que no tenía de qué preocuparse ya que Hortensia podía trasladarse para su casa, Emilia para donde Enriqueta y León para donde Rosario. Lo dijo de manera que se supiera que ya todo estaba arreglado, aunque Gregorio Camero no conociera al menos el origen de la idea. En todo caso, y a pesar de que por ahora no hubiera necesidad de llevarla a cabo, el hombre le agradeció a la tía Mercedes y a través de ellos a los demás parientes, si es que ellos estaban enterados del asunto. La tía Mercedes sonrió, sin despegar los labios para no desentonar con el carácter de las circunstancias.

—No te preocupes —le dijo—, todo resultará bien.

Se encontraban en la sala, junto a las mujeres que hablaban en voz baja y a los hombres que fumaban sin descanso. El humo subía

a través de la nube que ya se había arremolinado a la altura de las cabezas y que las velaba en su vaivén gris. Los muchachos estaban en un canapé, entre tres tías que parecían custodiarlos. Gregorio Camero salió y se dirigió a la cocina. A su paso los murmullos de los que se encontraban en el patio se apaciguaron y volvieron a elevarse cuando él desapareció. En la cocina Doris preparaba café. Gregorio Camero se sentó en un butaco y la contempló vaciar varias cucharadas en el agua que empezaba a hervir y esperó a que le pusiera un poco de azúcar. Luego le pidió una taza. Doris continuó mezclando la bebida.

—Ya ha tomado mucho —dijo—, se va a enfermar —ella no había soportado con más valor la muerte de Ester pero parecía menos agotada a pesar de que durante tres días no había dejado de pasar café a las visitas. Sirvió un pocillo y se lo entregó al hombre.

—Se va a enfermar —repitió. Él dio unos sorbos, pensativo. Pensaba en que quizá no fuera tanta la tragedia si los demás no contribuyeran a agrandarla, y pensaba también en que quizá no existiera tal tragedia. Por primera vez había pensado en la muerte, o al menos tenía conciencia de que existía verdaderamente. Alcanzó a pensar en que la vida es una estafa. Terminó el café levantando el pocillo de manera que pudiera beber hasta la última gota, y se incorporó. En la puerta se detuvo y Doris creyó oírlo sollozar. Y tal vez fuera sólo eso porque era ella la que no siempre podía reprimir un gemido de desahogo, pero en ese momento debía preparar el café para las visitas y algo de comer para los parientes. Ellos habían estado entrando y saliendo de la casa, dando la impresión de que no la habían abandonado desde la noche del velorio. Aquella noche y las siguientes algunas tías se acomodaron en los sofás para acompañar al hombre y a sus hijos, levantándose a veces a beber un poco de agua o a inspeccionar las ollas de la cocina o a consolar el llanto de los muchachos, que de todas maneras siempre estaban amparados por Doris. Gregorio Camero se dirigió a la sala. Antes de entrar lo detuvo en el patio un amigo que llegaba en ese momento y que lo abrazó fuerte como si no quisiera soltarlo. Le parecía inconcebible que él ni siquiera supiera que Ester había estado enferma, y otro que se encontraba un poco más atrás no podía creer que hubiera muerto ya que hacía sólo ocho días había pasado por la casa para que le prestaran una herramienta. Cuando Gregorio

Camero entró la tía Mercedes esperó que se acercara, pero él no avanzó demasiado y lentamente se dio vuelta y se encaminó de nuevo a la puerta. Una mujer que había seguido sus movimientos supuso que se retiraba porque no hallaba lugar para sentarse, entonces se levantó y le ofreció su silla, y al gesto de rechazo del hombre le insistió y lo obligó a ocupar el sitio. Gregorio Camero entrelazó los dedos sin poder hacerse cargo de la situación y sintió algunas miradas sobre él y los altibajos de los murmullos femeninos. Doris entró con la bandeja y repartió los pocillos de café y fue por más. Al llegar adonde unas parientes se inclinó para decirles que en la cocina había algo de comer. Pero otra señora que se encontraba a su lado alcanzó a oír, entonces ellas rechazaron y prefirieron recibir el café. Doris volvió a salir para llenar los pocillos y les hizo el ofrecimiento de la comida a otros familiares. Cuando llegó a la cocina, luego de haber pasado varias veces la bandeja, ya se había formado allí un grupo que la esperaba. El humo de la carne asada era picante y hacía entrecerrar los ojos y se escapaba por el vidrio roto de la ventana. Doris dispuso unos platos sobre una mesa situada contra la pared y les colocó un poco de ensalada y un pedazo de carne, y los repartió sirviéndoles primero a las mujeres. El espacio de la cocina era pequeño y los parientes (de pie porque no había sillas y porque no hubieran cabido) apenas podían mover los brazos. Para cortar la carne apoyaban el plato en la mesa o en cualquier otro mueble, empujando en su incomodidad a los que se encontraban a su lado. Algunos partían un trozo y comían mientras otros preferían aprovechar la oportunidad del espacio y cortar toda la carne de una vez. Alguien pidió un pan y otro le ofreció su ensalada a una prima porque a él no le gustaba. Afuera de la cocina había un corrillo de parientes que esperaba turno, en tanto que Doris lavaba los platos y los cubiertos, servía la ensalada y cortaba la carne moviendo las manos como si quisiera hacer desaparecer algo. Unos comían rápido y otros lo hacían despacio para no ver tan pronto sus platos vacíos. El tío Amador se acercó a Doris y en secreto le preguntó si podía repetir. Ella asintió sin dejar su tarea. El humo de la carne comenzaba a disiparse pero aún quedaba el olor a comida recién preparada. Los parientes entraban en la cocina a pesar de que los otros no habían salido, de modo que empezaron a estorbarle a Doris el acceso a los utensilios

en que se encontraban los alimentos, y la mujer debía pedir permiso para pasar a los platos lo que necesitaba, la carne de la sartén, la ensalada de una gran vasija y los cubiertos de una palangana llena de agua. Luego del tío Amador también los demás pidieron una nueva porción y estiraron los brazos por encima de las cabezas para entregar los platos. Doris los recibía empinándose en la punta de los pies, y como ya eran muchos los que habían entrado la arrinconaron contra el lavaplatos y para desplazarse no le bastaba con pedir permiso sino que debía abrirse paso con los codos. Era imposible entonces apoyar los platos en ninguna parte para cortar la carne y los parientes decidieron comérsela con la mano, chorreándose de salsa y de ensalada y sin interesarles que los que estaban detrás les mancharan los vestidos, y si querían repetir ya no mostraban el plato sino que se servían ellos mismos y si no encontraban cuchara para sacar la ensalada lo hundían en la vasija. Quedaba poca carne asada y Doris puso nuevamente la sartén al fuego. Para moverse se agachaba, metía la cabeza por entre los cuerpos y se impulsaba con los pies. El chisporroteo del aceite y el humo que se esparcía otra vez por la cocina y por el corredor aumentó el deseo de los que se encontraban afuera, y los que estaban adentro avanzaron más al interior para evitar que los sacaran. Doris quedó inmovilizada contra una pared, entonces se escurrió hasta el suelo y por entre las piernas de los parientes fue a situarse debajo del lavaplatos. Al rato llegaron a su lado una tía y un primo que continuaron comiendo encorvados, y otros se escondieron bajo la mesa y algunos se encaramaron sobre ésta y sobre los demás muebles cuidando que los que habían logrado entrar no les quitaran los platos. Pero ellos no esperaron a que los desocuparan y tomaron la carne y la ensalada con los tenedores y con la mano, y por fin la sartén y la vasija quedaron vacías. El que cogió la última porción anunció la noticia y los parientes le echaron otra mirada a los recipientes, y sólo entonces empezaron a retirarse. Los de afuera entraron a inspeccionar las ollas y al comprobar la verdad rezongaron ante Doris, y al salir continuaron con las protestas formando un clamor y aún en la puerta se volvieron y antes de desaparecer murmuraron un improperio. En la sala las voces eran un solo susurro delicado. El humo de los cigarrillos y la pesadez del trasnocho continuo empezaban a irritarle los ojos a

Gregorio Camero, y él los cerró con fuerza y se los frotó con los nudillos de los dedos. Pero no obtuvo ningún alivio y sólo logró que se le nublaran y volvió a frotárselos. Una lágrima le humedeció el ojo derecho pero no alcanzó a rodar por la mejilla. La tía Mercedes lo había visto todo y cuando Gregorio Camero salió porque no podía soportar más el humo se fue tras él y lo detuvo al trasponer la puerta.

—Hay que tener valor —le dijo—. En estas ocasiones es cuando se conoce a los hombres.

Gregorio Camero desconfió de haber oído bien y se retiró dándole pequeñas miradas de reojo. En el patio había menos gente y en la cocina Doris preparaba café. Él le pidió una taza y encendió un cigarrillo.

—Deberían acostarse —dijo señalando hacia la sala—. No tiene objeto que se queden ahí entre ese humero.

—Termino esto y voy por ellos —dijo Doris. De dos olletas colocadas a fuego lento salía un agradable olor a café. La mujer lavó los pocillos y fue a la sala por los muchachos. Ellos la siguieron hasta la cocina y redoblaron sus deseos de ser mimados. Gregorio Camero le dio una palmadita a León y Doris les hizo un gesto cariñoso a las muchachas, y en el momento en que el hombre les preguntaba por qué no se habían ido a la cama la tía Mercedes apareció en la puerta.

—Es cierto —dijo—, es hora de ir a dormir.

Luego de un silencio Doris abrió los brazos como si quisiera cobijar a los muchachos.

—Vamos —dijo—, vamos.

—Yo los llevo —dijo la tía Mercedes tomando a Hortensia y a Emilia por los hombros. Ellas miraron a Doris y a su padre pero él les hizo un ademán con los dedos para que salieran. Hortensia dio un paso para liberarse de la mano de la tía Mercedes, no porque tomara a mal su afán por dirigir su conducta, sino porque no compartía su desmedida obsesión por el orden, y señaló la olleta.

—Quiero un tinto —dijo.

—Estás muy joven para tomar tinto —dijo la tía Mercedes.

—Siempre tomo —replicó Hortensia.

—Pero hoy ya es hora de dormir —dijo la tía Mercedes. Gregorio Camero les hizo otro ademán y las muchachas salieron de

la cocina. En la puerta la tía Mercedes se detuvo y se volvió hacia León.

—Tú también —le dijo.

—Yo voy con Doris —contestó él.

—Vas de una vez con tus hermanas —dijo la tía Mercedes. Pero León se acercó a Doris buscando la aprobación en sus ojos. Cuando la mujer iba a responder la estufa chirrió y todos volvieron la mirada. El café había hervido y se rebosaba por los bordes de las olletas. Doris se apresuró a retirarlas con un trapo limpio de los fogones que continuaron chirriando. La tía Mercedes la dejó terminar y enseguida se dirigió a León.

—¿Te das cuenta? —le dijo—. Es mejor que vengas de una vez.

Doris lo vio turbarse y se inclinó y le tomó la cara entre las manos.

—No hagas caso, mi niño, la culpa es toda mía —le susurró. Se irguió y acariciándole la cabeza le dijo que fuera con sus hermanas. La tía Mercedes evitó presenciar la escena y por fin pudo retirarse con los tres muchachos. Gregorio Camero se sentó en el butaco y encendió un cigarrillo. Doris limpió las olletas y volvió a pasar el trapo por los fogones y alistó la bandeja con los pocillos.

—Se han portado bien —dijo—, casi no han llorado.

—Todavía no se han dado cuenta de lo que sucede —repuso Gregorio Camero—. Y quizá nosotros tampoco.

La tía Mercedes apareció en la puerta con una mueca de disgusto. Desde la muerte de Ester se creía en la obligación de dirigir la casa y de encargarse de los muchachos, y seguramente Hortensia y Emilia no quisieron desvestirse en su presencia y León cerró su cuarto, en el que dormía Doris. Gregorio Camero la observó frotarse las manos, ofendida. La tía Mercedes no era vieja pero tenía la apariencia de que nunca había sido joven, y conservaba una compostura rígida que la hacía sentirse más digna y siempre encontraba motivo para estar vestida de negro. A pesar de que vio a Doris llenar los pocillos dijo que era hora de pasar más café, y antes de retirarse se quedó un rato como si vigilara que se cumplía su sugerencia. Gregorio Camero dejó transcurrir unos segundos y sonrió.

—Nunca pensé que tuviera tantos parientes —dijo. También Doris sonrió para compartir la broma.

—No son parientes suyos —dijo—, son parientes de Ester.

—Y son parientes políticos míos —explicó Gregorio Camero. Doris volvió la cara sólo para ver si el hombre hablaba en serio.

—Ese es el cuento que yo no entiendo —dijo sin descuidar la tarea de los pocillos. Gregorio Camero salió de la cocina y continuó atendiendo a la visita. Con algunos sostenía un corto diálogo y a otros los acompañaba a la puerta de la calle. En uno de sus regresos se quedó en el patio con un grupo de hombres en el que se encontraban el tío Ángel y el tío Amador. Con ellos se sentía mejor que con la mayoría de los parientes de Ester, pues a pesar de que muchos tenían un empleo que no era superior al suyo casi todos se comportaban como si se tratara de saber cuál poseía más autoridad que el otro, y si algunos eran pobres creían conservar su dignidad al amparo ficticio de los más pudientes. El grupo se quedó en silencio, y luego el tío Ángel le contó a Gregorio Camero que estaban hablando de jubilaciones y el tío Amador le preguntó cuánto le faltaba a él para pensionarse. Gregorio no tuvo necesidad de hacer cálculos.

—Cinco años —dijo.

—No es mucho —dijo el tío Ángel—. Lo malo es que uno se jubila y después se aburre sin hacer nada.

—Eso es falta de imaginación —replicó el tío Amador—. Todo el mundo se pasa la vida buscando el modo de vivir sin trabajar.

—Y así se les pasa la vida —dijo el tío Ángel—. Pero hay algunos que lo consiguen.

Gregorio Camero se dirigió a la sala y comprobó que al igual que el patio estaba casi vacía. La tía Mercedes se comprometió a hacerse cargo del resto de la visita para que él pudiera irse a descansar, pero los parientes continuaron marchándose hasta que en la casa sólo quedaron la tía Mercedes y otras dos tías que iban a permanecer ahí toda la noche. Gregorio Camero les ofreció su cama pero la tía Mercedes rehusó y preparó un cómodo sillón de la sala y dos canapés. El hombre les agradeció su compañía, aunque sabía de sobra que ya no la necesitaban. En el patio vio que el tío Amador salía de la cocina y se acercaba a él con sigilo, pegado a las paredes, procurando que no lo divisaran desde la sala.

—Me estaba tomando un tinto —susurró cuando llegó al lado de Gregorio Camero. Lo cogió de un brazo y lo llevó por el corredor

que conducía a la puerta de la calle.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo—. Dejé la plata en la casa y me urgen veinte pesos.

Gregorio Camero se sorprendió, no sólo de que alguien le pidiera un favor en esos momentos sino de que fuera una cuestión de dinero.

—No tengo veinte pesos —contestó. El tío Amador le preguntó cuánto tenía y Gregorio Camero se llevó la mano al bolsillo, pero no sacó los billetes porque no había necesidad de contarlos.

—Quince.

El tío Amador creyó que le mentía.

—Préstamelos hasta mañana —dijo. Gregorio Camero lo miró antes de responder, aunque no estaba dudando lo que iba a decirle.

—No puedo darte más de cinco.

Pero el tío Amador parecía de verdad apremiado por el dinero.

—Dame los quince que mañana mismo te los devuelvo —y parecía tener prisa por marcharse. Gregorio Camero no permitió que lo coaccionara. Dejó una larga pausa para recordarle al otro su condición.

—No puedo darte todo —dijo—. En realidad no puedo darte nada.

—No sabes con la urgencia que los necesito —reclamó el tío Amador cuidando de que no lo oyeran desde la sala. Gregorio Camero sintió como si fuera él quien no debiera hacer ruido. Vaciló un instante.

—Te podría dar cinco —dijo. El tío Amador se mostró insatisfecho.

—Eso no me ayuda mucho, pero dámelos —dijo, y dejó a Gregorio Camero con la sensación de haber recibido un favor.

Ángel Callejas subió los cuatro pisos del edificio del Ministerio, abrió con delicadeza una puerta y asomó la cara al amplio salón que apareció ante él con sus escritorios de diferentes tamaños, algunos de madera y los demás de metal, muy cerca el uno del otro y alineados todos en el mismo sentido. El color del aire era gris y se oía el runrún de los empleados que inclinados sobre sus trabajos parecían un enorme curso de colegio. Frente a ellos había una oficina fabricada con tablas de tríplex, con un vidrio pequeño que permitía al jefe de sección vigilar sin moverse todo el espacio del salón. El tío Ángel, con el cuerpo fuera, buscó a Gregorio Camero pasando la mirada por cada una de las hileras de empleados, y al encontrarlo lo llamó con un silbido y pronunció su nombre en voz baja. Sólo lo oyeron los que estaban cerca entonces el tío Ángel lo llamó más fuerte. Los empleados volvieron la cabeza y Gregorio Camero se sorprendió al divisar al tío Ángel. Se dirigió a la puerta pasando por detrás de la última fila de escritorios, lo más lejos posible de la oficina del jefe de sección, y alcanzó a presagiar una mala noticia y aligeró el paso hasta llegar adonde el tío Ángel.

—Qué pasa —le preguntó, tratando de descubrir en su cara la tragedia. Pero el que tenía cara de tragedia era él, y el que terminó previniéndose fue el tío Ángel.

—Nada —contestó—, vine a verte.

—Creí que había sucedido algo malo.

—Al que parece haberle sucedido algo malo es a ti.

Gregorio Camero se tranquilizó pero miraba al tío Ángel y enseguida a las tablas de tríplex con los golpecitos inquietos de un muñeco de ventrílocuo.

—Lo único malo es tu visita —dijo.

—Pareces afanado —dijo el tío Ángel. Permanecía afuera mientras Gregorio Camero apoyaba la mano en la cerradura de la puerta.

—Aquí no se permiten visitas —dijo y desplazó la puerta hasta

dejar un espacio por el que no se veían sino las caras. El tío Ángel le impidió cerrar del todo.

—Quiero proponerte un negocio —dijo. Gregorio Camero movió la cerradura y no respondió porque el otro ya sabía lo que iba a decirle. Entonces el tío Ángel agregó—: No importa que no tengas un centavo, de eso quería hablarte.

—Ahora no puedo. Tú sabes cómo son estos puestos.

—Entre más pronto hablemos mejor.

—Después nos vemos —dijo Gregorio Camero. No dejaba de mirar hacia su derecha para descubrir la cara del jefe de sección confundida en el vidrio con el reflejo de los empleados.

—Te advierto que puede ser tu salvación.

—Nos vemos abajo a las doce —dijo Gregorio Camero cerrando la puerta. Sin embargo el tío Ángel dijo:

—Ahí nos vemos —y se frotó las manos con entusiasmo. Salió a la calle y caminó un trayecto por la carrera séptima. Le gustaba dar un paseo todas las mañanas, sentir el sol o la brisa que anunciaba la lluvia y pensar que recorrer unas cuadras al día impedía el infarto. Fue al café Pasaje, en el que encontró al grupo de amigos que se reunían allí a leer el periódico, a comentar la política y recordar a Bogotá en los tiempos en que eran jóvenes. Ángel Callejas habló con ellos durante una hora y luego se levantó. Uno de los hombres le sonrió con una mirada que anticipaba una broma y le preguntó si iba a dar otro paseo.

—Voy a hacer una diligencia —contestó Ángel Callejas.

—No te vas a morir de infarto sino de cansancio —dijo el otro. Ángel Callejas bajó por la avenida Jiménez y tomó un bus que lo condujo al barrio Santa Fe. Llegó a un pequeño edificio de fachada sucia y ventanas a las que les faltaban varios vidrios cuya ausencia era solucionada con un pedazo de cartón. La calle estaba resbalosa por el aceite que provenía de un taller de mecánica que funcionaba al lado, y al frente había un montallantas y un café y en la esquina se veía el farolito de un bar nocturno. Ángel Callejas subió y abrió la puerta con la excitación que no podía evitar cuando llegaba al apartamento. En la sala estaban Rosa y la señora Carmen. Él las saludó sin detenerse y se dirigió al cuarto. El niño se tomaba el tetero acostado en la cuna y al ver al hombre sonrió sin apartar el frasco de la boca. Ángel Callejas le hizo algunos mimos con la cara

y jugó con él moviéndole el estómago con los dedos. El niño rio sin dejar el tetero, y Ángel Callejas se llenó de una ternura que nunca creyó que fuera capaz de sentir y experimentó una gran felicidad y unos deseos infinitos de vivir. Rosa lo llamó desde la sala.

—No lo vayas a sacar —dijo—, es el primer tetero que se toma hoy.

Ángel Callejas se sentó en la cama, al lado de la cuna, contempló un rato al niño y luego fue a la sala. La señora Carmen, que tenía la apariencia de estar sentada siempre en el mismo sitio dándole consejos no sólo a Rosa sino a la antigua inquilina del apartamento y a la que había vivido antes que esa, se levantó porque debía ir a hacer oficio y salió a pesar de la invitación de Ángel Callejas para que se quedara más tiempo. Él le tenía aprecio, al igual que a todas las mujeres que habitaban en el edificio. Ellas visitaban a Rosa y también ella las visitaba a menudo, de modo que nunca le faltaba compañía y el hombre podía sentirse tranquilo. Ángel Callejas abrazó con fuerza a Rosa, no como si la abrazara de verdad sino como si jugara a abrazarla, pasándole los brazos por encima de los de ella. Rosa era más alta que él pero también era delgada, y tenía una mirada amable, y quizá tierna pero no indefensa. Ángel Callejas la soltó un momento para sonreírle y cuando quiso abrazarla de nuevo ella lo apartó con suavidad.

—Voy a ver al niño —dijo—, ya debió terminar el tetero.

El hombre la siguió hasta el cuarto. Rosa sacó al niño de la cuna, lo dejó en la cama y trajo unos pañales y un tarro de talcos. Ángel Callejas siguió los movimientos diestros y maquinales de la mujer al cambiar al niño. Ella le aseguró el pañal con los ganchos de nodriza, lo levantó y antes de pasárselo al hombre le dio un beso. Él lo tomó con precaución y lo llevó a la sala hablándole a media lengua. La mujer arregló el cuarto y luego fue a la cocina.

—¿Quieres un tinto? —preguntó sin asomarse. Ángel Callejas negó y lanzó al niño al aire, lo recibió y jugó con él en sus brazos a pesar de que el niño quería liberarse y gatear. Después lo soltó y lo dejó jugar a su antojo. Rosa apareció en la puerta de la cocina.

—¿No quieres un tinto? —preguntó extrañada. Él negó de nuevo y le dio una palmadita al niño que iba de un lado a otro gritando con gusto. Se sentó, miró el pequeño apartamento de paredes desconchadas que constaba sólo de la sala y del dormitorio, observó

los muebles raídos que habían pertenecido al inquilino anterior, las persianas que no funcionaban bien, y se dijo: “Se merece algo mejor”. Rosa llegó con una taza de café y encendió el radio que estaba situado en un rincón de la sala. Hubo un silencio mientras el aparato se calentaba y luego se oyó un bolero y Rosa lo tarareó y se sentó al lado de Ángel Callejas. Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno acompañando la canción con voz suave. El hombre no aceptó y ella lo miró con preocupación.

—¿Estás enfermo? —preguntó.

—No, pero no quiero enfermarme. Me estoy cuidando.

Rosa encendió un cigarrillo, tomó un sorbo de café y se echó hacia atrás.

—Nos estamos volviendo viejos —suspiró.

—Yo ya me volví viejo y tengo que cuidarme —dijo él—. En cambio tú eres joven y puedes hacer lo que quieras.

—Tú pareces más joven que yo.

—Joven o viejo, tengo que cuidarme —dijo Ángel Callejas y señaló al niño—: en este momento vivir es un compromiso.

Rosa terminó el café y le preguntó si iba a quedarse a almorzar en el apartamento.

—Depende de lo que prepares —contestó el hombre.

—Podemos hacer unos fríjoles con mi método para ablandarlos en una hora.

—Buena idea —dijo él frotándose las manos—. En la casa no han vuelto a prepararlos. Seguramente no los consideran de categoría.

—Voy a comprarlos —dijo Rosa levantándose. Él la imitó y sacó un billete del bolsillo, pero ella lo rechazó. Sin embargo, el hombre continuó con la mano estirada.

—Trae un poco de tocino —le dijo y le preguntó si había leche para el niño.

—Eso nunca falta —contestó la mujer recibiendo el billete. Se dirigió al cuarto y se puso un suéter. Cuando volvió, el hombre tenía otro billete en la mano y le dijo que trajera más leche, pero ella repuso que había suficiente y que podía dañarse. Ángel Callejas asintió, guardó el billete y pensó. “Hace falta una nevera”.

—Tráeme el periódico —pidió—, no alcancé a leerlo en la casa.

Cuando la mujer regresó de la calle él hojeó el periódico

deteniéndose en unos pocos titulares y leyendo noticias cortas, y fue a ayudarle en el oficio de la cocina. No era necesario, pero mientras ella tarareaba todas las canciones del radio a él le gustaba alcanzarle los implementos para preparar la comida y asomarse a la sala para vigilar al niño y enseñarle lo que podía coger y lo que debía dejar en su sitio. Antes del mediodía dijo que regresaría más tarde y salió del apartamento. Llegó demasiado pronto al Ministerio y esperó impaciente en la puerta, moviéndose de un lado a otro con deseos de fumar. Gregorio Camero apareció con el abrigo colgado del brazo y con el periódico y el sombrero en la mano. El tío Ángel quiso saludarlo pero Gregorio Camero lo interrumpió.

—Si no quieres verme en la calle, no vuelvas a hacer eso —dijo —, aquí no se permiten visitas.

—No sabía que las cosas estuvieran tan graves —dijo el tío Ángel.

—Se han empeorado. Cada vez que ponen un jefe con partido político diferente al anterior comienzan a cambiar empleados.

—Qué vaina —dijo el tío Ángel. Caminaba con pasos cortos y rápidos y al lado de los pasos de Gregorio Camero parecía un muñequito de cuerda—. Yo sé cómo funcionan esos cambios.

—Has debido buscarme en la casa.

—Estaba por aquí y aproveché la oportunidad. Además, el asunto es importante —el tío Ángel le propuso a Gregorio Camero que fueran a un sitio en el que pudieran hablar con tranquilidad, pero él dudó y a pesar de que el tío Ángel le dijo que querría plantearle el negocio no se dejó convencer.

—El único negocio que se le puede proponer a un hombre pobre es asaltar un banco —dijo. El tío Ángel lo cogió de un brazo y lo condujo hasta un café cercano. Gregorio Camero se resistió al principio pero luego pensó que el tiempo que utilizara en tomarse un café y fumarse un cigarrillo con el tío Ángel lo recuperaría suprimiendo el café y el cigarrillo de después del almuerzo. Los dos hombres se sentaron y esperaron a que la mesera se acercara a atenderlos.

—Dos tintos —pidió Gregorio Camero.

—Uno —corrigió el tío Ángel—. Yo no voy a tomar tinto ni a fumar.

—Me estás poniendo nervioso con tanto misterio. Por lo menos

dime de qué se trata el negocio.

—Un restaurante —dijo el tío Ángel como una confidencia. Los dos hombres se miraron un rato en silencio. El tío Ángel esperaba que Gregorio Camero dijera algo pero él permaneció atento a que el otro continuara—. Esa es mi idea, poner un restaurante. La gente puede dejar de vestirse, de estudiar, de ir al cine, de ir a fútbol, pero no de comer.

—Ni de ir a fútbol.

La mesera regresó con un pocillo de café y Gregorio Camero encendió un cigarrillo. El tío Ángel dispersó el humo con la mano y reprimió los deseos de fumar.

—Un restaurante es el mejor negocio —dijo.

—Puede ser, pero no sé qué tengo yo que hacer ahí.

—Eres el administrador, con ganancias de socio.

Gregorio Camero sonrió para aceptar la broma. El tío Ángel entendió su desconfianza.

—Yo sé que tú no tienes un centavo pero lo importante es que me digas si estás dispuesto a salirte del Ministerio —dijo y se acomodó mejor en el asiento—. Tú ayudas a buscar el local y a montar el negocio, y cuando esté listo renuncias a tu puesto y te vienes al restaurante.

Gregorio Camero lo había escuchado con atención pero no puedo decir nada de inmediato. No se le hubiera ocurrido abandonar el Ministerio ni siquiera para dedicarse a algo distinto pues al cabo de quince años lo único que sabía hacer era sentarse ante un escritorio y revisar y archivar papeles y estaba seguro de no poder desempeñar bien otro oficio. Luego preguntó por los socios que conformarían el negocio, y cuando el tío Ángel le respondió que no se trataba sino de ellos dos aumentó su curiosidad. Y no con la malicia del hombre que sabe que le han dicho una mentira sino tomándose el tiempo que necesita un hombre para recapacitar lo que acaban de decirle le dio una chupada al cigarrillo y un sorbo al café, y sin mirar al tío Ángel, hablando solo, murmuró:

—Me insinúas que tienes el dinero suficiente como para montar un negocio.

—Se trata de una cosa modesta, un restaurante al que vayan empleados como tú o pensionados como yo, pero que gasten. Ya lo tengo todo planeado, lo único que me hace falta es tu decisión —el

tío Ángel vio el gesto de Gregorio Camero y agregó—: No es necesario que dejes tu puesto hoy mismo, sino que estés dispuesto a dejarlo cuando el restaurante se encuentre listo. Mientras tanto buscamos el local en un buen sitio, en una acera por la que pase todo el mundo.

Gregorio Camero lo contemplaba rebullirse en el asiento y mover las manos impaciente. “Me está tomando el pelo o se está volviendo loco”, pensó y se quedó en silencio. Entonces el tío Ángel abrió los brazos.

—Está bien —dijo—, la cuestión te ha tomado de sorpresa y debes pensarlo, pero no te demores en darme la razón. Esto no tiene pierde.

—¿Nos vamos? —dijo Gregorio Camero—. Se está haciendo tarde.

En la calle invitó al tío Ángel a almorzar a la casa pero él rechazó porque debía hacer otra diligencia en el centro.

—Tú vives lleno de misterios —dijo Gregorio Camero, y rumbo al paradero del bus pensó: “Se está volviendo loco, hablaba en serio”. En el paradero tuvo que esperar un buen tiempo pues a esa hora los buses iban tan llenos que no se detenían a recoger pasajeros. Cada vez que un bus pasaba de largo sin atender a su llamado ni al de la demás gente que corría de un lado a otro con desespero él lanzaba una maldición y consultaba el reloj. Cuando logró conseguir transporte hizo fuerza como si pudiera acelerar el bus y en la casa dejó en el plato la mitad del almuerzo. Sin embargo llegó retrasado a la oficina. Se sentó sin quitarse el abrigo y se colocó el sombrero en las piernas para no perder los segundos que demoraba en colgarlos del perchero, e inmediatamente dispuso sobre el escritorio lo que necesitaba para comenzar su faena. Aún no había logrado acompasar la respiración cuando recibió un memorando firmado por el jefe de sección en el que se le recordaba la hora exacta de entrada al trabajo. Gregorio Camero dejó el sombrero en el asiento y fue a la oficina del jefe de sección. El hombre estaba en la silla con el cuerpo echado hacia atrás, con una rodilla apoyada en el borde del escritorio y frente a un papel que le cubría la cara. Gregorio Camero esperó y cuando lo vio retirar lentamente el papel se disculpó por haber llegado tarde. El jefe de sección volvió un momento la vista al papel como si se le hubiera

olvidado verificar algo.

—Debe avisar cuando no pueda venir a tiempo —dijo.

—Sí, señor, pero no sabía lo que iba a presentárseme al llegar al mediodía a la casa.

—De todas maneras es mejor avisar.

Desde el otro lado del vidrio los empleados veían la cara del jefe de sección y el abrigo de Gregorio Camero, pero adivinaban sus ojos (como los habían tenido ellos mismos en otras ocasiones) mirar a la altura de los del hombre sentado, pero un poco desviados, su voz que procuraba ser un poco más baja que el acento suave del jefe de sección.

Desde el zaguán de la entrada Gregorio Camero vio a Doris pasar por el patio con dos pocillos de café y aunque no alcanzaba a oír las voces supuso quién se encontraba en la sala. Aparte de la tía Mercedes, de la tía Victoria y del tío Ángel la presencia de los demás parientes se espaciaba en cada jornada. Sólo en los días siguientes a la muerte de Ester continuaron visitando la casa y en vez de disminuir el número aumentaba con el tiempo. Cuando llegaba de la oficina los encontraba reunidos en el patio, en la sala y en el comedor, y a los muchachos en compañía de las tías. Al comienzo permanecía con ellos, acercándose a cada uno de los grupos para intercambiar unas palabras, conservando por costumbre un aire apenado. Pero después resolvió retirarse a su cuarto aunque no se hubieran marchado todos los parientes, y luego hubo días en que sólo se detenía para saludarlos, y finalmente sintió que llegaba a su casa como a un sitio ajeno. Entonces cruzaba en silencio el patio y se dirigía a la cocina, comía allí y le decía a Doris que mandara a dormir a los muchachos. Los parientes aprovecharon al principio la oportunidad de encontrarse y de poder conversar después de mucho tiempo de no verse, de averiguar sus vidas y la de los nuevos parientes con los que no se habían relacionado hasta entonces y que habían ido a parar allí aun cuando no conocieran a Ester ni a Gregorio Camero. Se fueron formando grupos de los que simpatizaban entre sí y de los que tenían intereses afines, hablaban de problemas domésticos y de negocios y para no perder el contacto se citaban al día siguiente en el mismo lugar. El grupo de comerciantes se enteraba en cada encuentro de las normas para importar y exportar mercancías y ponía en claro la imposibilidad de detener el alza en el precio de los artículos, el grupo de abogados discutía la situación legal de un hombre que había matado a sus cuatro hijos para que no pasaran hambre o el proyecto de la nueva reglamentación del derecho internacional de las millas marítimas, y otros planeaban negocios, intercambiaban estampillas, se

proporcionaban direcciones de casas de citas y se contaban chistes y los chismes de las esposas de los políticos. Los empleados insignificantes y los desocupados celebraban cualquier ocurrencia buscando congraciarse con los poderosos, y se arrinconaban como conspiradores para darse datos de las apuestas de las carreras de caballos y comentar la instalación de nuevas casas de juegos clandestinos. Las mujeres permanecían en la sala, pero había disminuido el número y sólo quedaban las solteras o las de más edad pues las otras no tenían quién les cuidara los niños y no salían de sus casas aunque los esposos se marcharan sin ellas. Entonces decidieron llevar también a los niños y lo que necesitaran para atenderlos, colocaban los cochecitos contra la pared y dejaban a la mano los pañales y los teteros, y mientras las mujeres de más edad tejían carpetas y hacían bordados ellas se dedicaban a jugar con los niños o a tratar de dormirlos para que no lloraran. A la hora del tetero las madres iban a la cocina y con la ayuda de Doris, que preparaba constantemente olletas de café bajo la dirección de la tía Mercedes, calentaban la leche y lavaban los frascos. Alguien llevó una baraja y cada noche un grupo de cuatro o cinco se instalaba en el comedor a jugar unas partidas de póquer, y acordaron hacer una colecta para comprar un poco de trago. En ningún momento se oyó música y a nadie se le ocurrió pedir que encendieran un radio o un tocadiscos. Al cabo de los días los parientes dejaron de asistir a la casa de Gregorio Camero. Una noche Doris le informó a la tía Mercedes que el café se había terminado y los parientes tomaron la noticia como una calamidad pasajera. Pero a la noche siguiente, en un alarde de suspicacia, los más pudientes no concurrieron a la cita temiendo que les solicitaran ayuda. Luego desaparecieron otros, quienes se enteraron por los primeros de que Gregorio Camero se encontraba en serias dificultades económicas, y la noticia fue recorriendo todas las categorías de parientes hasta asustar a los que estaban a punto de pedir limosna.

Cuando Gregorio Camero llegó a la puerta de la sala ya Emilia y León habían salido del comedor y venían a su encuentro. Él se inclinó para que lo besaran al tiempo que miraba a la tía Mercedes y a la tía Victoria para adelantarles el saludo, y mientras Doris terminaba de entregarles el pocillo de café él dejó el sombrero y el abrigo en el perchero. Hortensia, que había estado atendiendo a la

visita aunque se quedara callada largos ratos y fueran las mujeres las que hablaran entre sí, esperó a que su padre les diera la mano a las tías para luego acercarse a saludarlo. Gregorio Camero y su hija se acomodaron en la sala y Emilia y León salieron detrás de Doris sin regresar al comedor a terminar las tareas del colegio. La tía Mercedes le preguntó al hombre por su trabajo, y él le hizo las preguntas de rigor sobre la tía Julia y el tío Ángel y sobre otros parientes cercanos. Doris entró con una taza de café y se la entregó a Gregorio Camero. La tía Mercedes lo vio dar un pequeño sorbo, como si tentara qué tan caliente estaba la bebida.

—Te vas a enfermar —le dijo—, no haces más que fumar y tomar tinto. Y si por lo menos fuera un pocillo, pero te tomas esos tazonones.

Antes de probar de nuevo el café Gregorio Camero apagó el cigarrillo y encendió otro. La tía Mercedes no dejó de mirar sus movimientos. Él sonrió.

—Nadie puede tomar tinto sin fumar —dijo. Ya estaba acostumbrado a las recriminaciones de la tía Mercedes cuando alguien fumaba o tomaba tinto, cuando alguien comía a deshoras, salía a la calle sin suéter o se ponía zapatos sin medias. La mujer miró el reloj, pero no la hora, con ese ademán con que se mira un reloj sin observarlo de veras.

—Deberían comer de una vez —dijo, más para que su presencia no fuera inoportuna a pesar de que muchas veces los visitaban hasta esa hora y siempre acudían al mismo recurso para disculparse.

—Más tarde —repuso Gregorio Camero y les ofreció un cigarrillo. Las mujeres aceptaron y colocaron los pocillos en la mesita de centro.

—Por nosotras no se preocupen —dijo la tía Victoria—, nos fumamos este cigarrillo y nos vamos —era una mujer obesa y su cara rosada era la de una niña con facciones de abuela, y los muchachos le tenían el cariño suficiente como para divertirse a costillas suyas algunas veces.

—No se trata de eso —dijo Gregorio Camero—, es que es muy temprano.

—Además pueden quedarse a comer —agregó Hortensia. Se había transformado tanto desde la muerte de Ester que sorprendía en cada ocasión a las tías. Su voz y sus ademanes eran los de una

persona que ha adquirido repentinamente una gran responsabilidad y se comportaba como una mujer casada.

—Te agradecemos pero debemos irnos —dijo la tía Mercedes con el aspecto que venía preparando desde toda su vida. Miró a Gregorio Camero y añadió—: Sin embargo tenemos un poco de tiempo para hablar de la situación de ustedes. Ya habíamos comentado eso con Hortensia antes de que tú llegaras.

Gregorio Camero se quedó en silencio, esperando a que continuara. La tía Victoria sabía que no iba a hacerlo y supo también que el hombre no se había dado cuenta de lo que se trataba.

—De la situación de ustedes en esta casa —dijo entonces.

—Ah, sí, lo he pensado —mintió Gregorio Camero—. Pero creo que todavía no es necesario.

—¿Y cuándo es necesario? —dijo la tía Mercedes—. En cualquier momento podemos hablar con todo el mundo para que ustedes se trasteen cuando quieran.

—Es mejor esperar un tiempo —dijo Gregorio Camero.

—Un tiempo puede ser mucho —replicó la tía Mercedes, y los niños necesitan quien los atienda.

—Doris nos atiende muy bien —dijo Hortensia con una seguridad que hizo exasperar a la tía Mercedes.

—Es preferible alguien de la familia —repuso ella.

—Doris es más que de la familia.

—No es lo mismo —dijo la tía Mercedes. Hortensia no respondió. Se levantó y les preguntó si querían más café y cogió los pocillos para llevarlos a la cocina. Cuando regresó, León venía detrás de ella y fue a sentarse al otro lado de la sala.

—De todas maneras hace falta alguien de la familia —decía la tía Mercedes—. Hay que aprender los deberes religiosos y el respeto a los padres y a los mayores con verdadero amor, y esto puede darlo sólo alguien de la familia.

—Tienes razón —dijo Gregorio Camero. La tía Mercedes se había apaciguado un poco.

—Nadie, aparte de alguien de la familia, puede dirigir el comportamiento de los niños en el colegio.

Gregorio Camero encendió un cigarrillo a pesar de la tía Mercedes. León se había dejado escurrir en el asiento y balanceaba

los pies para golpear el suelo con los talones, y empezó a hacer un ruido con la boca. La tía Mercedes lo miró con ganas de reprenderlo y regresó los ojos a Gregorio Camero.

—Se necesita una persona cercana que se dé cuenta si están estudiando con juicio.

León continuaba haciendo ruido con la boca y luego entró Emilia y se hizo a su lado, y cada vez que él se detenía para tomar aliento Emilia se reía, y él empezaba de nuevo y por unos momentos se oyeron alternados las risas y el ruido hasta que los dos se rieron sin poder contenerse. Gregorio Camero le dijo a Hortensia que los hiciera callar y ella se acercó y les susurró la orden. Emilia y León se fueron quedando en silencio, con dificultad, tapándose la boca con las manos, pero apenas Hortensia se había dado la vuelta no pudieron aguantar más y soltaron la risa y salieron corriendo de la sala. Hortensia aprovechó y salió detrás de ellos.

—Necesitan quien los cuide —dijo la tía Mercedes como si lo que acababa de suceder fuera la explicación. Gregorio Camero chupó el cigarrillo para disimular una sonrisa, pero ante la cara cómplice de la tía Victoria se le atragantó el humo y tosió. La tía Mercedes lo dejó terminar.

—Si sigues fumando de ese modo acabarás peor que Honorio —dijo.

—Honorio se fuma más de tres paquetes diarios —dijo Gregorio Camero, y luego preguntó nuevamente por él y por su familia. La tía Mercedes y la tía Victoria lo enteraron de las últimas noticias de ellos y de otros parientes, poniéndole a la conversación el mismo interés de cuando Ester estaba presente. Se entusiasmaban al hablar, exaltándose a veces y susurrando luego, pero sin abandonar en ningún momento el tono indispensable del chisme. Alrededor de las siete de la noche las tías se despidieron y Gregorio Camero fue con ellas hasta la esquina para acompañarlas a coger un taxi. Durante el recorrido a la casa las mujeres comentaron el mal comportamiento de los muchachos y advirtieron que Gregorio Camero no las había invitado a comer. Era verdad que él no les había insistido que se quedaran, pero es que después de la muerte de Ester era raro el día que las tías alargaban la visita hasta más tarde de esa hora. Cuando llegaron, Mercedes se quitó el chal con enfado.

—¡No hay como la casa de una! —dijo. Ángel Callejas leía el periódico en el comedor y Julia se encontraba tejiendo en la sala. A pesar de que tenía unos lentes gruesos, acercaba en ocasiones el tejido a los ojos para comprobar su perfección, pero de resto trabajaba sin necesidad de mirar, maniobrando las agujas con habilidad de colibrí. Mercedes se quejó del frío, de que las cortinas no estaban bien cerradas y llamó a María.

—Súbame esto y bájeme los cigarrillos —le dijo entregándole la cartera y el chal. También Victoria le dio su cartera y ella y Mercedes se sentaron en la sala. Sin dejar de mover las agujas, Julia les preguntó dónde habían pasado la tarde. Mercedes lanzó un suspiro de desaprobación como si no quisiera acordarse y no respondió.

—Donde Enriqueta y después donde Gregorio —dijo Victoria.

—Ya no se sabe adónde es peor ir —renegó Mercedes, y recibió los cigarrillos que le entregaba María y le ordenó poner la mesa. Enseguida la llamó de nuevo—: Bájame el chal, está haciendo mucho frío.

María obedeció y continuó alistando la mesa. Ya había colocado los platos y frente a los de las hermanas puso un frasco de píldoras que sacó del aparador. En tanto, para no estorbar, Ángel se había levantado a leer el periódico de pie. Julia acercó un instante el tejido a los ojos como si no le interesara verlo pues las agujas continuaron moviéndose, y preguntó por Enriqueta.

—Ella está muy bien —dijo Mercedes con un acento que parecía reprochar que fuera así—, se va con el esposo para los Estados Unidos.

Desde el comedor Ángel apartó los ojos de la lectura para mirar a sus hermanas. Mercedes continuó:

—El que está mal es Honorio, y Enriqueta ni siquiera va a verlo.

—Ella va todos los días —dijo Victoria.

—Eso es lo que dice Honorio para que no hablen mal. Qué desgracia, enfermarse y que ni la propia hija vaya a visitarlo. Pero por muy hermano nuestro que sea Honorio tenemos que reconocer que es un tonto. Una mujer que lo tiene dominado y una hija que no va a verlo cuando está enfermo.

María les avisó que la mesa estaba lista y ellas pasaron al comedor. Ángel se sentó al mismo tiempo que sus hermanas y

colocó el periódico sobre las piernas.

—De manera que estuvieron donde Gregorio —dijo llenando su plato—. Qué cuenta el sobrino.

—Será sobrino tuyo pero no mío —dijo Mercedes sin mirarlo. Ángel preguntó si había sucedido algo. Mercedes no respondió directamente.

—Es un pobre fracasado, un hombre sin destino.

Ángel esperó a que Mercedes le informara lo ocurrido pero se dio cuenta de que sólo se trataba de eso.

—Es un empleado, como tantos —dijo.

—Exacto —sonrió Mercedes—, un empleaducho como miles de miles.

—Como lo fui yo —replicó Ángel.

—Tú tenías un puesto mejor —recalcó Mercedes—. No me digas también que vas a defenderlo.

—Es un buen tipo.

—Ningún hombre fracasado puede ser un buen tipo.

—Tal vez por ser un buen tipo es un hombre fracasado.

—No es eso, es que no tiene iniciativa, no tiene nada — Mercedes partió un pedazo de pan pero lo dejó sobre la mesa, al lado del plato de comida que sin probar había estado revolviendo con el tenedor—. Yo no sé cómo José dejó casar a Ester con Gregorio. Es un advenedizo, no tiene pasado, no se le conocen ni padres, ni hermanos, ni parientes.

—Sus padres ya habían muerto cuando se casó con Ester — repuso Ángel—, y no todo el mundo tiene hermanos —iba a agregar algo más pero en vez de eso dijo—: Se sabe que siempre ha vivido decentemente.

—Pues eso debió ser hace mucho tiempo porque yo siempre lo he conocido en malas condiciones.

—No es culpa de él, es que a veces los tiempos son difíciles.

—Qué diferencia entre él y Nomar —exclamó Mercedes sin oír a su hermano—. Claro que Cecilia es más inteligente que Ester.

—Ah, claro —confirmó Julia, muy agachada sobre su plato.

—Tuvo más suerte —dijo Ángel.

—El matrimonio es una cuestión de inteligencia, no de suerte — repuso Mercedes—. No se necesita suerte para saber que Nomar es superior a Gregorio.

—Lástima que no sea bogotano —dijo Julia, repitiendo lo que en ocasiones le había oído decir a Mercedes.

—Nomar es bogotano —dijo Ángel con el tono de quien ha corregido varias veces el mismo disparate.

—Pero es hijo de turcos —aclaró Mercedes—, o de libaneses, como dices tú. Si fuera bogotano no le faltaría nada. En cambio al otro le falta todo.

Ángel puso el periódico en la mesa de tal forma que podía leer y comer al mismo tiempo y también levantar los ojos hacia Mercedes.

—Uno no sabe si Ester fue más feliz con Gregorio que Cecilia con Nomar —dijo.

—Ester era muy discreta, pero no siempre pudo reprimir una queja —dijo Mercedes revolviendo la comida sin probar.

—En todo caso no se murió de pobre —dijo Ángel.

—Eso es lo que una no sabe —dijo Mercedes.

—Eso es lo que una no sabe —dijo Julia.

—Yo lo único que deseo es no tener que volver a esa casa —continuó Mercedes haciendo sonar el plato—. Esas niñas son unas tontas.

—Son un poco niñas para su edad pero son queridas —dijo Victoria, y aunque temerosa aprovechó el momento y añadió—: Hortensia ya está hecha una señorita.

Mercedes pareció no oírla pero su voz se alteró.

—Ni comparación con Alicia, la niña de Cecilia, ¡qué preciosidad!

—Tiene con qué arreglarse mejor —dijo Ángel—, pero Hortensia es tan bonita como ella.

—Entonces debe de ser que es más tonta —dijo Mercedes—. Ella y sus hermanos, que se la pasan todo el día prendidos a la falda de esa mujer.

—Doris es como una madre para ellos —dijo Ángel.

—No digas tonterías tú también.

—Ella le ayuda mucho a Gregorio y es buena gente —dijo Victoria sabiendo que algo grave podía ocurrir. Mercedes retiró el plato y movió los labios en silencio. Victoria no tuvo compasión—: En verdad, creo que la que gobierna la casa es Doris, y hay que reconocer que no lo hace mal.

Mercedes se levantó.

—Todos están contra mí —dijo y se dirigió a las escaleras—. Mis propios hermanos están contra mí.

Ángel la dejó llegar al segundo piso y en voz baja preguntó por lo que había sucedido en la casa de Gregorio Camero.

—Nada malo —respondió Victoria—. Yo creo que lo que pasa es que se está volviendo loca.

—No digas eso —dijo Julia asustada.

—Debe ser que está nerviosa —dijo Ángel.

—A ustedes no les interesa pero a mí sí —dijo Victoria—. Soy yo la que tengo que acompañarla a hacer visitas.

María salió de la cocina cargando un charol con cuatro tazas de café con leche y colocó una en cada puesto.

La puerta se abrió unos centímetros y los ojos de Amador Callejas inspeccionaron el corredor de enfrente y con el mismo sigilo recorrieron las puertas de la derecha. La de doña Irene estaba entreabierta y la del señor Vanegas cerrada, de modo que no podía saber si él se encontraba en la calle o en el cuarto. Amador Callejas se dispuso a salir en las puntas de los pies pero vio la sombra de doña Irene y se escondió de nuevo y echó la llave. Escuchó los pasos de las chancletas dirigirse hacia el baño y se preparó para escabullirse tan pronto oyera el cerrojo de la puerta, pero los pasos se devolvieron y él lanzó una maldición. Durante un rato las chancletas anduvieron por el corredor y por fin entraron al baño, y Amador Callejas volvió a asomarse con precaución para comprobar que la puerta del señor Vanegas continuaba cerrada. Abandonó el cuarto y cuando estaba asegurando la puerta la dueña de la pensión subía por las escaleras. El hombre quiso entrar otra vez pero ella ya lo había visto, entonces se decidió y pasó por su lado como si llevara prisa. La dueña de la pensión se dio vuelta.

—Qué casualidad, señor Callejas —le dijo—, venía a buscarlo.

Amador Callejas se detuvo y quedó unos escalones más abajo que la mujer. Ella tenía anudada una pañoleta a la frente y se apoyaba con las dos manos en una escoba.

—Hay una cosa que me aburre mucho, y es cobrarles a mis clientes. Pero usted es el que más se hace de rogar.

—Usted sabe que no he podido pagarle —contestó el hombre.

—Yo no sé si ha podido o no, pero sé que no me ha pagado. Hoy se cumplen dos meses y si no me paga voy a tener que llamar a su hijo.

Amador Callejas levantó los hombros, sin violencia, aceptando con coraje la amenaza. La dueña de la pensión conocía de antemano esa respuesta.

—El doctor es una gran persona —dijo—, es muy atento conmigo aunque yo lo moleste por culpa suya. Por eso a usted no le

interesa que le cobre lo que usted debe pagarme.

—Es mi hijo —repuso el hombre bajando dos escalones.

—Eso es lo raro. Cómo hace un hombre como él para tener un papá como usted.

—Cosas de la vida —dijo Amador Callejas, bajó la escalera y salió de la casa. La pensión quedaba en una callecita del centro y en ese momento transitaba mucha gente por allí. Amador Callejas se ajustó el saco sobre los hombros y empezó a caminar rumbo al restaurante criollo, y vio que hacia él venía el señor Vanegas. Dando brinquitos cruzó a la otra acera y apuró el paso, pero ya el señor Vanegas, sin espejuelos a pesar de la edad, lo había descubierto y lo seguía con la mirada. Cuando estaban a la misma altura el señor Vanegas se detuvo y levantó el paraguas para señalar a Amador Callejas.

—¡Oiga, señor Callejas, no se preocupe! ¡Si no me quiere pagar, no me pague, pero no se esconda como un raponero!

La gente empezó a buscar de quién se trataba y Amador Callejas se apresuró más y se perdió por la esquina. Fuera de la vista del señor Vanegas normalizó el paso, se compuso nuevamente el saco y tarareando una canción que le llegaba del traganíquel de un café continuó su camino hacia el restaurante. Se acomodó en una mesa en la que podía ver a la calle sin ser visto y pidió un buen plato. La mesera lo miró con desconfianza y no se movió.

—¿Se ganó la lotería? —le preguntó.

—No hace falta ganarse la lotería para comer en este restaurante —contestó Amador Callejas—. El día que me la gane la voy a invitar a un restaurante en el que se pueda comer con los ojos abiertos.

La mujer se retiró y regresó con un vale en el que aparecía la firma de Amador Callejas. Él lo miró de lejos pero no lo recibió. La mujer sostuvo el papel frente a los ojos del hombre.

—Don Roberto dice que le pague este vale y que no cree que le vaya a pagar lo que le pidió.

Amador Callejas se compuso la corbata.

—Dígale a don Roberto que sí voy a pagarle, y que aquí está la plata —dijo colocando unos billetes en la mesa—. Y dígale que así no se trata a un cliente. Hubiera podido ir a otro restaurante.

La mujer le prometió un plato abundante. Amador Callejas

esperó, espantando las moscas y jugando con los palillos, sin dejar de mirar a la calle para descubrir algún conocido y seguir su recorrido hasta perderlo de vista. Cuando terminó de almorzar, la mujer le llevó un vaso de agua y le preguntó si le había gustado la comida. El hombre se bebió el agua de un solo trago y tomó aliento.

—Más o menos —respondió levantándose, y suspiró con un falso sentimiento—: ¡Qué hacemos nosotros tan pobres y tan de buena familia!

Salió y caminó por la carretera séptima, saludando sin detenerse a los amigos que pasaban a su lado. Cogió un bus y se acomodó placenteramente en el asiento, encendió un cigarrillo y pensó que si Honorio se moría quedarían cinco hermanos. Pero aunque José estuviera muerto su parte le correspondería a Ester y a Cecilia, o sea que la parte de Ester sería para Gregorio Camero. "Qué vaina, a un tipo que ni siquiera es de la familia le toca lo mismo que a mí". Durante el recorrido hizo el cálculo, que ya había efectuado en otras ocasiones, del monto que alcanzaría el capital de Honorio. Cuando el bus llegó a un sector de viviendas amplias y lujosas se bajó y fue hasta la casa de su hermano. En la puerta oyó muchas voces y al entrar vio a Honorio sentado en un sofá, rodeado de algunos parientes. "Está más vivo que yo", pensó mirándolo con asombro, y trató de borrarse la idea de su hermano agonizando en la cama. Después supo que era una reunión que Rosario había preparado para celebrar la mejoría de su esposo. Amador Callejas quiso devolverse pero ya no podía, además de que hacía mucho tiempo que no se enfrentaba con Honorio y valía la pena ver la cara que pondría cuando lo descubriera en su casa. Entonces se dirigió hacia él sin detenerse a saludar a los que se encontraban a su paso.

—No sabes cómo me alegra verte bien de salud —le dijo. Honorio Callejas pareció no voltear más que los ojos para mirarlo. Lo miró con un poco de sorpresa, no tanta como la que esperaba Amador, y con una desconfianza inmediata.

—Yo también —repuso. Amador Callejas sabía que podía contar con esa respuesta.

—Me dijeron que estabas enfermo.

—Seguramente alguien que quiere que me muera.

Amador ya estaba preparado.

—¿Tienes muchos enemigos? —le preguntó con la esperanza de

alterarlo. Honorio le apartó los ojos utilizando en ese ademán una experiencia de años para que el otro se retirara. Pero antes de hacerlo Amador Callejas observó el perfil de su hermano, sus patillas anchas, grises, con un desorden provocado voluntariamente. Luego rodó por entre los demás parientes, saludando efusivamente a los que sabía que no querían saludarlo, y fue a reunirse con Gregorio Camero y con Nomar Mahid que charlaban de pie en un rincón.

—Hola, doctor —dijo mirando a Gregorio Camero y luego le tendió la mano a Nomar Mahid. Ninguno de los dos lo saludó con entusiasmo, pero Nomar lo trató con indiferencia, cobrándole de esa forma la ligereza con que se dirigía a Gregorio Camero. Ambos se tenían cierta estimación y si su trato no había sido muy continuo era por cuestiones de oficio, además de que tampoco lo había sido el de Ester y Cecilia, a pesar de que habían conservado siempre unas relaciones cordiales aún después de casadas y se visitaban mutuamente en sus casas. Amador Callejas se quedó al lado de los otros dos y con una seña le pidió un cigarrillo a Gregorio Camero. Él y Nomar Mahid hablaban de los trámites que debía efectuar Nomar en el Ministerio con el fin de ampliar el comercio de su industria de textiles, y aunque Nomar ya conocía la información se la solicitaba de nuevo a Gregorio Camero y le pedía su parecer sobre cada punto, y él lo enteraba con detalles, no tantos como los que podía saber Nomar Mahid respecto a los papeles más importantes, pero sí con muchos más de los que pudiera imaginarse respecto a las vueltas que tenía que dar cualquier papel. Al rato, Nomar Mahid se retiró porque iba a avisarle a Cecilia que se preparaba para partir. El tío Amador se aproximó más a Gregorio Camero y repitió la seña con la cual le había pedido un cigarrillo.

—Nunca creía verte por aquí —le dijo luego.

—Vine con Nomar y Cecilia —dijo Gregorio Camero y como si tuviera que dar explicaciones le contó que ellos habían pasado por su casa porque Alicia quería ver a Hortensia. El tío Amador sonrió.

—El que a buen árbol se arrima buena sombra lo cobija —dijo.

—Fueron ellos los que me invitaron —dijo Gregorio Camero—. Yo no sabía nada de esta reunión.

—Claro, yo sé que de todos los que hay aquí tú eres el menos interesado en venir. Ten la seguridad que cada uno de los otros está

detrás de algo.

Gregorio Camero no lo miró de lleno pero el tío Amador sintió que le buscaba algo en los ojos.

—Yo no tengo nada que esperar de esta casa —aclaró, y ahora era él quien se sentía inclinado a dar explicaciones—. Ni siquiera la herencia porque yo sé que eso es para la esposa y los hijos.

—También los otros deben saber eso.

—Pero no pierden la esperanza. Tú no sabes cómo es esta gente que ha hecho su plata de a poquitos —dijo el tío Amador—. Mi padre porque tuvo mala suerte y se vino abajo, pero comparados con mi familia estos no son más que nuevos ricos, no valen gran cosa.

—Eso depende —dijo Gregorio Camero—. En todo caso es mejor ser nuevo rico que nuevo pobre.

—No creas. A uno, por ejemplo, los hijos lo quieren y no están esperando a que se muera para que les deje un peso —el tío Amador le dio unas palmaditas en la espalda—. Claro que eso no quiere decir que uno tenga suerte.

Nomar Mahid regresó y Gregorio Camero fue a despedirse del tío Honorio. Nomar Mahid iba a seguirlo pero Amador Callejas lo detuvo. Quería contarle que empezaba a trabajar el lunes, y se lo contó como si también el otro debiera alegrarse con la noticia. A Nomar Mahid no le interesó si decía la verdad.

—Te felicito —dijo. Pero Amador Callejas tenía un problema: necesitaba veinticinco pesos en estampillas de timbre nacional para posesionarse. Nomar Mahid sospechó del cuento. Amador Callejas le preguntó si podía prestárselos.

—Hoy no venden estampillas —respondió Nomar Mahid.

—Las compro el lunes a primera hora.

—No tengo veinticinco pesos aquí —dijo Nomar Mahid. Sabía que Amador Callejas no iba a creerle, y le mostró un billete de cinco pesos que sostuvo un poco más debajo de la cintura—. Tengo esto —agregó, y el bigote se le alcanzó a extender a pesar de que la sonrisa no apareció en los labios. Amador Callejas miró el billete con desprecio. “Turco de mierda”, pensó, mirándolo ahora a él a los ojos, y recibió los cinco pesos. Gregorio Camero regresó y Cecilia y Nomar Mahid lo llevaron en su automóvil hasta la casa. No aceptaron la invitación a tomarse un café porque el hombre debía

cumplir una cita, y se marcharon dejándoles saludos a los muchachos y a Doris. Ella y Emilia se encontraban en la casa y León estaba jugando en la calle. Alicia y Hortensia habían salido a dar una vuelta. Cuando regresaron, Hortensia se fue para su cuarto y Gregorio Camero la siguió, excitado por enterarse de lo sucedido durante el encuentro con Alicia. Pero Hortensia se puso a buscar algo entre los útiles del colegio y sin darle la cara del todo (de modo que no pudo observar cómo el rostro del padre adquiría una expresión de descontento) le contó tan sólo que habían dado una vuelta por Chapinero y continuó reburujando los cuadernos de estudio. Gregorio Camero la dejó, desconcertado con su displicencia, y se sintió rechazado. "Tú hubieras sabido qué sucede", pensó, hablando con Ester. Fue a la cocina y no encontró a nadie. Doris estaba en la puerta de la calle mirando hacia afuera para distraerse y Emilia había salido a buscar a León. Gregorio Camero calentó una taza de café, la llevó a la sala y encendió un cigarrillo, y lo aspiró fuerte y luego lo chupó seguido y encendió otro. La ausencia de Ester lo hizo sentirse sin objeto en la vida y el recuerdo de su muerte lo llenó de mala conciencia. Se preguntó si hubiera podido hacerse algo para salvarla, y no fue capaz de responderse y continuó atormentándose por más tiempo. Sin moverse de la silla, fumando uno tras otro los cigarrillos, vio oscurecerse el día. Muchos sábados como ese había acompañado a Ester a sus visitas, o había salido a conversar con el grupo de amigos, o había estado toda la tarde solo en la casa leyendo el periódico y oyendo radio, y al final llegaba Ester y le contaba la charla de la visita y lo que supiera de nuevo y aunque Gregorio Camero no ignoraba que a menudo Ester se reservaba una queja por la situación económica, en ese momento le parecía que el día había transcurrido bien. Doris quiso entrar en dos ocasiones a encender la luz pero la oscuridad era tan deliberada que se fue a la cocina a preparar la comida. Puso las ollas a fuego lento, salió a la calle y caminó dos cuadras. Un grupo de niños jugaba a las escondidas y Doris buscó a Emilia y a León. Ellos se ocultaron tras los pinos del antejardín de una casa y la vieron pasar de largo mirando para ambos lados, y cuando estaba a unos metros de distancia la llamaron con otra voz. Doris se volvió y se quedó quieta tratando de descubrir el origen del ruido. Sabía que los niños se encontraban

cerca y volverían a llamarla, pero ellos se quedaron en silencio y ella avanzó unos pasos. Cuando estaba al frente de los pinos Emilia y León pronunciaron su nombre distorsionando el tono y se rieron, y la llamaron de nuevo y se rieron más fuerte forzando la risa. Doris se acercó y les ordenó salir de entre los pinos. Ellos pasaron sobre el pequeño muro y Doris los cogió de la mano como si fueran a escaparse, y mientras se encaminaban a la casa los niños simulaban tropezar y perder el equilibrio para que Doris los sostuviera. Cuando Gregorio Camero los oyó en el corredor de la entrada se levantó y encendió la luz. Emilia y León entraron corriendo hasta el interior de la casa y del mismo modo volvieron a la sala y saludaron a su padre con un beso. Doris preparó la mesa y el hombre y los muchachos se sentaron a comer. La mujer se instaló en la cocina, en el butaco denominado *el butaco de Doris*, atenta, mientras comía, a lo que le solicitaran desde el comedor. Hortensia no hubiera querido abandonar su cuarto pero prefirió salir para que Doris no le preguntara por lo que sucedía. Mientras comían guardó silencio sin percatarse de las miradas inquisitivas y preocupadas de su padre, y sin reprender a Emilia y a León que jugaban con los pies por debajo de la mesa. Al concluir la comida se fue para su cuarto antes de que Doris terminara de recoger la loza. La mujer y Gregorio Camero se cruzaron una mirada en la que cada uno pedía explicaciones. Doris continuó su tarea y Emilia y León le preguntaron si los llevaba a ver televisión.

—Pídanle permiso a su papá —contestó ella arrumando los platos. Pero Emilia y León repusieron que él siempre decía que le preguntaran a ella. La mujer cargó los platos.

—Está bien —dijo dirigiéndose a la cocina—. Vayan a orinar de una vez para que después no estén allá pidiendo que les presten el baño.

Los niños salieron y Gregorio Camero se levantó y los esperó en el patio, y cuando ellos regresaron corriendo él los miró con la ternura de un hombre viejo. “Podría ser su abuelo”, pensó introduciendo los dedos en el bolsillo del chaleco para sacar unas monedas. Los niños le dieron un beso para despedirse y fueron al zaguán de la entrada a esperar a Doris. Ella tardó un poco llegar y cuando apareció los niños le preguntaron por Hortensia. La mujer les contestó que hoy no los acompañaba, y los tres se encaminaron

adonde una vecina que cobraba un peso por permitir la entrada a su casa a ver televisión. Gregorio Camero se dirigió al cuarto de Hortensia, pero antes de llegar vio apagarse la luz. Lo detuvo el comportamiento de su hija, quien debió oír sus pasos y utilizó ese recurso para evitar su presencia. Hortensia se preparaba para acostarse pero se metió en la cama antes de tiempo porque después de su encuentro con Alicia quedó desazonada. Hacía mucho no se veía con ella, ni con ninguna otra prima, desde cuando jugaban juegos de niños en la casa de alguna de ellas. Después de la sorpresa inicial Hortensia salió al encuentro de Alicia. Su prima era dos años mayor que ella y en ese momento no la hubiera reconocido. Tenía un traje de seda y medias largas, y la saludó con un beso en la mejilla. Hortensia, vestida con una falda escocesa, un buzo de lana y medias tobilleras, no pudo evitar la impresión de estar saludando a una tía. Cuando sus padres se marcharon ellas permanecieron en la sala como dos personas mayores, y por primera vez en su vida Hortensia tuvo la sensación de estar atendiendo una visita propia. Alicia le hizo algunas preguntas referentes al colegio, a sus amigos y a lo que hacía diariamente, y de nuevo en Hortensia las edades se distanciaron para colocarla en la condición de sobrina. De los juegos de años atrás hablaron muy poco, sólo como un recuerdo pasajero, porque apenas había comenzando a hacerlo Alicia se puso a contarle las historias de sus amigos y de sus programas de fin de semana. Luego, con la misma propiedad de persona adulta con que se había comportado desde que llegara, Alicia se levantó y convidó a Hortensia a dar una vuelta. Las dos primas conservaban cierto aire de familia y mientras recorrían las cuadras que las conducían fuera del barrio Hortensia parecía paseando con una hermana mayor. Alicia continuaba contándole de sus amigos, de los romances que había entre ellos y de las discordias que venían luego, y mencionaba los nombres como si conversara con Hortensia de amigos comunes. Pero ella le oía los cuentos de las fiestas a las que asistía y de las orquestas que las animaban con el convencimiento de que su prima estaba hablando sola, y cuando Alicia dejó una pausa para pedirle que también ella le contara de sus amigos Hortensia sintió que lo hacía como una concesión pues a pesar de su silencio su prima no insistió. Pero prefirió que fuera así y no tener que contarle de las pequeñas reuniones que hacían algunos de los

del barrio los sábados por la tarde para bailar con la música de un tocadiscos que por lo general alquilaban en un taller de artículos eléctricos. Ya en la casa, Hortensia se dijo que esas no eran más que reuniones en las que se jugaba a las fiestas de Alicia, y se dijo también que su prima había venido a presumir con sus cuentos y sintió rencor contra ella. Y tendida en la cama, repitiéndose que mejor hubiera sido no haberse encontrado nunca con Alicia, no podía olvidar ese recorrido de varias cuadras por la carrera trece. Su prima se había quedado en silencio y caminaba llena de propiedad y de gracia, y se detenía a veces para mirar una vitrina y hacerle un comentario a Hortensia sin interesarle si ella la oía. Aún en la cama, reproduciendo los momentos en que de tanta gente que había ella tenía que hacer un esfuerzo para ir al lado de Alicia, se sintió triste. “Me porté como lo que soy”, pensó, “no volverá”. Y luego se figuró lo absurda que debía verse junto a su prima, quien tenía todo el derecho a creerse dueña de la acera, y se dijo: “Tiene razón en despreciarme”, y cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que Alicia no volviera nunca más, y cuando comprendió que en verdad no volvería experimentó una sensación de angustiosa soledad, y supo que estaba tan lejana de ella que en ese momento ni siquiera se acordaría de que habían paseado juntas por Chapinero, y pensó: “No querrá volver”, y sintió rabia de que su prima no entendiera que no era culpa suya lo que representaba a su lado, vestida de ese modo, y el rencor se volvió contra su padre. “No es culpa de nosotras si no podemos ser amigas”, se dijo, y no le importó que no llegaran a serlo y continuó diciéndose: “Tengo otras amigas como Alicia”, y la visión de su prima la hizo saber que se estaba mintiendo, y para no desfallecer pensó: “Pero soy yo la que no quiere que vuelva”, y se lo repitió hasta convencerse de que se engañaba, y cuando se imaginó a Alicia en completa calma, sin acordarse del paseo por Chapinero mientras ella no lograba olvidarlo, la rabia se le acrecentó y no la dejó llorar.

Ángel Callejas desplazó las piernas y quedó sentado en el borde de la cama. Frente a él el niño dormía en la cuna y a sus espaldas Rosa permanecía acostada, con una mano bajo la nuca, fumándose un cigarrillo. El hombre contemplaba al niño cuando oyó la voz de la mujer.

—Acuéstate o ponte algo que te vas a resfriar.

Él apoyó un codo en la cama para consultar el reloj que había dejado sobre la mesita de noche y se incorporó. Su cuerpo menudo se veía frágil y muy blanco, como una figurita de papel. Se vistió con movimientos cautelosos cuidando de no despertar al niño. La mujer terminó el cigarrillo y abandono la cama. Ángel Callejas estaba listo y con el saco en la mano salió del cuarto en las puntas de los pies, sin percatarse de los ojos de Rosa que lo veía caminar como impulsado por los hilos invisibles de una marioneta. Ángel Callejas se paró ante la ventana de la sala y vio los techos de las casas de enfrente y la ropa puesta a secar en las fachadas de los pequeños edificios. Miró el reloj y el cielo que se había oscurecido antes de tiempo, y pronosticó que iba a llover y lo confirmó al ver que en los edificios empezaban a recoger la ropa. Oyó los pasos de Rosa que llegaba a la sala y sin volverse le preguntó la hora.

—Deben ser las siete —contestó ella. Entonces Ángel Callejas se volvió.

—No puede ser —dijo alarmado—, tengo una cita a las seis.

Rosa puso a funcionar el radio sin mover la sintonía de la emisora que siempre pasaba canciones sentimentales.

—No son ni las seis —dijo—, no han encendido las luces de la calle.

Ya el hombre se había llevado el reloj a la oreja y quedó atento a cuando se terminara la canción y el locutor diera la hora: las cinco y veinticinco. Tenía tiempo de tomarse un café con leche. Rosa se lo sirvió y calentó un café para ella. Ángel Callejas se instaló en la mesita de la cocina y Rosa permaneció de pie, y por un

rato lo miró morder el pan y sorber el café con leche, y lo miró también como quien espía las maquinaciones de un niño.

Estaba intrigada con las citas del hombre, y se lo dijo, sin que hubiera ningún recelo entre los dos. Ángel Callejas contestó que era una sorpresa y la mujer repuso que eso ya se sabía.

—Y debe ser muy buena —agregó—. Pareces un hombre haciendo grandes negocios.

Afuera había oscurecido del todo y la gente se precipitaba a los buses para protegerse a tiempo en sus casas y se disputaba con angustia los taxis libres. Ángel Callejas tomó un bus que lo condujo al Ministerio y esperó en la puerta a Gregorio Camero. Los empleados pasaban por su lado con más prisa de lo normal, sin aguardar a los compañeros de otros pisos con quienes siempre tomaban el mismo bus. Gregorio Camero venía rápido como los demás, con el abrigo cruzado en el brazo y el sombrero y el periódico en la mano. Mientras saludaba al tío Ángel se puso el sombrero y el abrigo, se colocó el periódico bajo el brazo y guardó las manos en los bolsillos. Luego se alejó con paso largo del Ministerio, obligando al tío Ángel a emparejársele, y al llegar a la esquina hizo ademán de doblar. El tío Ángel lo detuvo de un brazo y le preguntó adónde iba.

—A la casa —respondió Gregorio Camero caminando de nuevo. El tío Ángel no lo soltó, extrañado de que rechazara conversar un rato con él, pues si lo esperaba a la salida del Ministerio era para ir al café que entraron la primera vez que el tío Ángel propuso lo del restaurante y que por costumbre visitaron en otras dos ocasiones. Como Gregorio Camero no estaba dispuesto a que lo sorprendiera la lluvia fuera de la casa, el tío Ángel se ofendió.

—Parece que no te acuerdas del restaurante si yo no te lo nombro —dijo. Entonces empezaron a caer unas gotas enormes y pausadas. Gregorio Camero y el tío Ángel reaccionaron como si se hubieran puesto de acuerdo, se quedaron un momento en silencio y se encaminaron en la misma dirección. Los goterones llegaban muy distanciados el uno del otro y dolían al golpear las cabezas. Los dos hombres apresuraron el paso hasta refugiarse en el café, y ya fuera de la amenaza se detuvieron un rato en la puerta mientras normalizaban la respiración alterada por el abuso de la carrera para ganarle a la lluvia. Se instalaron en una mesa y se pusieron a mirar

hacia la calle, a la gente que pasaba corriendo y a los hombres que entraban al café. El agua no se decidía y por momentos los goterones se distanciaban tanto que daban la impresión de que iban a desaparecer. Durante un minuto más Gregorio Camero y el tío Ángel permanecieron a la expectativa, y luego se oyó un trueno largo y ronco que terminó en un estampido lejano y de súbito la lluvia se vino abajo con un ruido retumbante. Todos los hombres del café voltearon por unos segundos la cabeza y reanudaron la plática con la voz más fuerte a causa del estruendo en el tejado de cinc. El tío Ángel pidió un café y un agua de hierbabuena. Gregorio Camero encendió un cigarrillo y continuó mirando hacia la puerta.

—Lo bueno de estos aguaceros es que pasan pronto —dijo.

—Dejemos en paz al aguacero —dijo el tío Ángel ante la actitud esquiva de Gregorio Camero—. Me tienes que definir ahora mismo lo del restaurante.

—Eso lo tienes que definir tú —replicó Gregorio Camero con la voz escondida en el tono fuerte de las otras voces, la música del traganíquel y la lluvia. El tío Ángel se excitó de verdad.

—Parece que te estuviera pidiendo un favor —le dijo—. El que se arriesga soy yo, tú no tienes nada que perder.

—Mi puesto.

—Otra vez tu puesto. Yo también tuve un puesto de esos y sé que es mejor perderlo y no terminar pensando sólo en los años que le faltan a uno para jubilarse.

—Yo nunca he pensado eso —dijo Gregorio Camero. Terminó el café, chupó el cigarrillo y lanzó un chorro de humo hacia arriba—. Lo que he pensado es que no tienes la plata.

El tío Ángel no había probado su agua de hierbabuena.

—Tú lo único que tienes que hacer es pasar al restaurante cuando todo esté listo —dijo—. Ojalá te parezca bien, porque no estoy en condiciones de ofrecerte algo mejor.

—Deberías hacer el negocio con alguien de tu familia. Hay muchos desocupados en ella.

—Nunca en mi vida he hecho un negocio pero sé que no se deben hacer negocios con los parientes.

—Puedes proponerle a Amador que está sin puesto.

—Tú sabes que yo quiero mucho a Amador, pero hay que reconocer que es inconstante en el trabajo.

—Asóciate con Honorio. Él es muy rico.

—Eso es lo malo. Tiene tantos negocios que no estaría interesado en un restaurante como el nuestro —dijo el tío Ángel y no dejó que el otro le replicara—. Tú eres el socio que necesito. No sé por qué pones tantos problemas.

Gregorio Camero no dijo nada. Miró distraído a la calle, donde el viento soplaba en varias direcciones y por momentos arrastraba al interior del café una brisa que hubiera sido agradable si no estuviera haciendo tanto frío. El tío Ángel esperó un rato.

—¿Es que no crees o es que no quieres? —preguntó al cabo.

—En parte es que no creo —dijo Gregorio Camero y su voz se oyó por debajo de los truenos y del escándalo del café—. Pero aunque fuera cierto no resultaría. Una vida no se empieza a esta edad.

—Yo soy más viejo que tú —objetó el tío Ángel.

—Pero quizá tú tienes más deseos de vivir que yo.

El tío Ángel miró su bebida que continuaba sin probar y le pidió otra a la mesera y otro café. Gregorio Camero apagó la colilla contra el piso y encendió un nuevo cigarrillo. Cuando la mesera trajo las bebidas los dos hombres les mezclaron el azúcar y continuaron en silencio hasta cuando dieron el primer sorbo.

—¿Tienes problemas? —preguntó entonces el tío Ángel. Gregorio Camero hizo un gesto que significó la ociosidad de la pregunta. El tío Ángel añadió—: Quiero decir más de los habituales.

—Nada especial. La verdad es que le he cogido desafecto a la vida.

—Eso debe tener su motivo, sólo los jóvenes le cogen desafecto a la vida sin saber por qué.

—Quizá sea que no logro olvidarme que Ester hubiera podido salvarse.

El tío Ángel lo miró sin entender. Gregorio Camero dejó pasar unos segundos.

—Tal vez por eso ya no me interesan las ganancias que pueda dar el restaurante —dijo—. Ya no podría utilizarlas en sacar a Ester de los Seguros Sociales y pagarle un médico particular.

—El médico de los Seguros Sociales era bueno —dijo el tío Ángel. Gregorio Camero miró las formas del cuncho depositado en el fondo del pocillo.

—Pero no podía dedicarle el tiempo suficiente a la enfermedad de Ester.

El tío Ángel se sorprendió al ver la brusquedad con que se transformaba el rostro de Gregorio Camero.

—Hubiera sido lo mismo. La enfermedad estaba muy avanzada.

—Había tiempo de hacer algo —replicó Gregorio Camero. Comenzaba a alterarse y por primera vez su voz se oyó por encima del ruido de las tejas de cinc y del alboroto del café—. La culpa es mía.

—No sé por qué te dio ahora por pensar en esas cosas.

—Porque son ciertas. Tú lo sabes.

—Yo no sé de qué me hablas —dijo el tío Ángel alterándose también y moviendo una mano como si quisiera cortar la conversación.

—Sí lo sabes —insistió Gregorio Camero—, todo el mundo lo sabe, tú sabes que todo el mundo lo sabe.

—A mí no me metas en esto —dijo el tío Ángel—. Y ya sabes lo que eres si le pones atención a lo que dicen.

—¡Qué dicen! —reaccionó con violencia Gregorio Camero. El tío Ángel comprendió su error y quiso remediarlo, pero Gregorio Camero no le dio tiempo—: ¡Cuéntame que ya no me afecta! —pero aunque el tío Ángel hubiera querido contarle Gregorio Camero se había perturbado verdaderamente. Se levantó y puso un billete sobre la mesa—. Ya me los imagino chismoseando sobre lo que no les importa —se dirigió a la puerta, abriéndose paso por entre los hombres que se apretujaban para escampar y que lo vieron salir a la lluvia como a un suicida. El tío Ángel logró alcanzarlo una cuadra después y se prendió de su abrigo. Gregorio Camero no hizo caso y continuó con paso largo, arrastrando al tío Ángel, y sólo vino a detenerse en medio de la Plaza de Bolívar cuando sintió un fuerte jalón.

—¡A dónde vas como un loco! —le gritó el tío Ángel—. ¡Te va a dar una pulmonía!

—¡No me importa!

—¡A mí sí porque nos vamos a enfermar los dos!

—¡Pues vete por tu lado para que después no digas que fue por mi culpa!

La gente que se refugiaba en los aleros del Capitolio y en el

portal de la Catedral alcanzaba a divisarlos manoteando como dos manchitas borrosas que cambiaban de forma en medio del aguacero. Los dos hombres tenían que gritar para oírse, pero de todas maneras estaban trastornados.

—¡De qué me estás acusando!

—¡Estoy seguro de que te encontrabas presente y no fuiste capaz de defenderme de los chismes que decían de mí!

—¡Si son chismes por qué te preocupas tanto!

Gregorio Camero no replicó y empezó a caminar, ya sin mal carácter, e inclusive se dejó guiar cogido del brazo por el tío Ángel. Abandonaron la plaza y más adelante entraron en un café-restaurante. Los que estaban escampando se retiraron con sobresalto al verlos llegar en ese estado, y la mujer que atendía la venta de empanadas de la entrada los miró con malos ojos. Ellos avanzaron unos pasos, sin acercarse a las mesas, y se quedaron parados chorreando agua por todas partes. La lluvia amainaba por momentos y luego venía con más fuerza acompañada de truenos largos y del viento que soplaba en una sola dirección. Gregorio Camero estaba mejor protegido con el sombrero y el abrigo, en cambio el tío Ángel no dejaba de tiritar. Entonces dijo que ya no valía la pena resguardarse y propuso que se fueran para sus casas. Gregorio Camero estuvo de acuerdo y salieron a la calle sin preocuparse de esquivar la lluvia. Cuando llegaban al paradero del bus Gregorio Camero tomó al tío Ángel de un brazo y lo atrajo para colocarse con él bajo un alero. El tío Ángel pensó que el otro insistía en protegerse de la tempestad. Gregorio Camero lo miró a los ojos como si quisiera sacarle un secreto.

—¿De verdad tienes el dinero para poner el negocio? —le preguntó. El tío Ángel adelantó el júbilo en su respuesta al ver venir la decisión del otro. Sin embargo Gregorio Camero dijo primero—: ¿Y estás seguro de que produce muchas ganancias?

—Las suficientes como para que no le digan a uno que es un pobre diablo.

—Entonces vamos a poner ese restaurante —dijo Gregorio Camero con el impulso de una venganza. El tío Ángel le apretó alborozado la mano para sellar el pacto y le dio un abrazo que salpicó de agua a los que estaban cerca. Quiso empezar a trazar inmediatamente un plan de común acuerdo con Gregorio Camero,

pero él se lo impidió, no porque no se hubiera olvidado del frío (aunque era cierto que no había calculado como el tío Ángel las dimensiones de la empresa) sino porque quería poner las cosas en claro.

—Tú eres el cerebro del asunto —dijo—, y yo voy a seguir tus instrucciones. Pero ten la seguridad de que no dejaré mi puesto hasta cuando no vea el restaurante de tal forma que yo pueda ser su primer cliente.

—¿Sigues pensando en tu puesto?

—Es que eso es lo que tengo, y por muy miserable que sea eso es lo que yo arriesgo —Gregorio Camero parecía no haber olvidado una vieja rencilla—. Sin mi puesto ya no tendría ni mi propia miseria.

—Tampoco es para que te pongas tan dramático —dijo el tío Ángel palmeándole el brazo, aprovechándose de su buen humor para desbaratar la seriedad del otro. Salieron de nuevo a la lluvia y fueron a tomar el bus. Al subir oyeron las protestas de los pasajeros que les sacaban el cuerpo y las risas de los que estaban más atrás. Cuando llegaron al barrio Teusaquillo el tío Ángel se dispuso a bajar y antes de hacerlo se aproximó a Gregorio Camero.

—Todavía estás joven —le dijo—, esas pataletas no les dan sino a los niños.

Corrió hasta la casa porque ya el frío le estaba impidiendo moverse, y al trasponer la puerta sintió una atmósfera tibia y agradable. Y sintió, también, la voz de Mercedes:

—¡Ay, Dios! ¡No te muevas! —la mujer correteó un rato de un lado a otro sin saber qué hacer, repitiéndole a Ángel que permaneciera quieto para que no manchara los pisos, y fue a la cocina a ordenarle a María traer un trapo grande y una sábana. Ángel Callejas continuó sobre el tapete de la entrada, aterido, mientras las gotas le caían por todas partes y se precipitaban en gran cantidad a cada estremecimiento. Al frente de él, desde la mesa del comedor, Honorio lo saludó levantando la mano con una sonrisa. María trajo una sábana vieja y entre ella y Mercedes la extendieron en el piso.

—Desvístete aquí —le dijo Mercedes a Ángel señalando la sábana. Continuaba angustiada y juntaba y separaba las manos y sin hacer caso de las protestas de su hermano le ordenó a María traer

una bata y unas pantuflas. Ella obedeció contagiada de los movimientos nerviosos de su señora, le entregó lo que le había pedido y fue por una toalla. Ante la resistencia de Ángel por desvestirse delante de todos, Mercedes le hizo saber que podía morirse de pulmonía pero no lo dejaba subir a su cuarto manchando los pisos. Él se paró en la sábana y conteniendo con gran esfuerzo el frío se quitó el saco y la camisa, se puso la bata y se dio la vuelta para terminar de desvestirse. Mercedes le entregó la toalla para que se secara el pelo y dejó las pantuflas en el piso, y cuando Ángel subió las escaleras María hizo un joto con las ropas y la sábana y lo llevó adentro cuidando de que no goteara. Mercedes volvió al lado de Honorio.

—Seguro que estaba con esos amigos del café —reprochó. Julia lanzó una exclamación de censura sin abandonar el tejido, al que se dedicaba en un sillón de la sala. Frente a ella se encontraba Victoria, esperando a que Honorio y Mercedes terminaran las cuentas. Cada mes Honorio iba a la casa de sus hermanas y luego de una corta visita pasaba con Mercedes a la mesa del comedor. Ella había heredado de su esposo unas acciones y Honorio estaba encargado de administrarlas, de modo que le presentaba a su hermana una relación de las ganancias y de los gastos mensuales, que consistían en el pago del arriendo de la casa y en una donación de caridad a un orfanato. Los gastos de los servicios de la casa iban por cuenta de Ángel. Después del balance, Honorio instruía a Mercedes sobre la situación que podía presentarse en el mes siguiente con las acciones, y ella escuchaba afirmando a todo sin entender. Cuando terminaron el balance de las cuentas Honorio y Mercedes pasaron a la sala. La mujer se sentó y él permaneció de pie, paseándose con lentitud mientras se fumaba un cigarrillo. Mercedes le preguntó si quería un café, y aunque el hombre no le respondió ella le ordenó a María que lo trajera. Honorio apartó la cortina de la ventana para mirar a la calle.

—Esto no va a parar —dijo. Mercedes comentó que el invierno había llegado con fuerza. Honorio apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Seguro que mañana amanece haciendo sol —dijo—. Aquí no hay invierno, ni hay verano, ni hay nada. Bogotá es la única ciudad del mundo que tiene las cuatro estaciones en un día.

Julia y Victoria sonrieron, aunque no comprendieron del todo, pero siempre celebraban notoriamente cualquier ocurrencia de su hermano. Honorio ya estaba impaciente porque su chofer no pasaba a recogerlo y se paseó otro rato y fue a pararse ante un retrato colgado de la pared.

—Gregorio estuvo un día por la casa —dijo sin volverse.

—¿Gregorio? —se extrañaron las tres hermanas, y Mercedes continuó—: ¿Gregorio Camero? ¿Qué estaba haciendo por allá?

—Fue con Nomar —respondió Honorio en la misma posición.

—¿Con Nomar Mahid? —se asombró Mercedes—. Ah, sí, sí lo vimos el día de tu reunión.

Honorio se volvió sin decir nada, esperando los comentarios que ya conocía, pues cuando se conversaba de alguien que no era de la simpatía del hombre las hermanas no escatimaban palabras, de la misma manera que alababan a las personas que eran de su gusto. María llegó con el café y las tres hicieron ademán de recibirlo para luego entregárselo a Honorio. En las ocasiones en que su hermano iba a la casa ellas se preocupaban ostensiblemente por atenderlo, y si él requería algo las hermanas se transmitían las órdenes entre sí, haciéndole notar lo solícitas que eran en su presencia. Honorio adquiría entonces la investidura de un patrón sensible, y antes de marcharse le daba con discreción un billete a Victoria como si fuera un secreto entre los dos, y dejaba otro en la manga del suéter de Julia y le decía al oído “para tus lanitas”.

La música que se oía era lenta y en ocasiones los sonidos se alargaban y se sostenían en un tono monocorde. A través del saxofón las composiciones salían con arreglos estilizados y las notas suavizaban los rostros, y después venía otro disco y los nuevos acordes de la batería y de la guitarra eléctrica se reflejaban en la vivacidad de los ojos y el contoneo de los cuerpos. Los jóvenes estaban sentados en la alfombra, alrededor de la sala, recostados contra las sillas mientras algunos se habían quitado los zapatos para acomodarse sobre ellas. A veces se dedicaban sólo a escuchar la música y hablaban poco, comentaban el disco o la película que lo había hecho popular y el nombre de los cantantes y de los actores y las emociones de las mejores escenas, entonces surgían pequeños diálogos aislados que iban creciendo hasta que el conjunto se olvidaba por completo de la música, pero luego podía ser que a pesar de la claridad de la tarde y de los vasos que no contenían sino bebidas dulces el grupo pareciera celebrar una nostálgica noche bohemia. Alicia estaba sentada en el suelo, y a su lado, con las piernas estiradas, sin lograr acomodarse y sabiendo que ya no lo conseguiría, se encontraba Hortensia. Alicia había pasado por ella a su casa, y ya antes había estado otra vez, un día entre semana en que Hortensia hacia las tareas del colegio en el comedor. Alicia llegó presurosa y la saludó con un beso, la invitó el domingo a pasar la tarde en su casa y se ofreció a recogerla ella misma después del mediodía. Mientras terminaba de hablar hojeó uno de los cuadernos que estaban sobre la mesa, sin detenerse en ninguna página, y en silencio continuo hojeándolo como indecisa por decir algo. Entonces se despidió de su prima con otro beso y le dijo que se iba porque tenía el tiempo justo para llegar al cine. Hortensia quedó turbada, como si todo hubiera sido tan sólo una aparición. Durante un rato permaneció de pie, y cuando quiso reanudar las tareas se vio obsedida por la visión de Alicia y no pudo controlarse. Después del paseo por Chapinero Hortensia llegó al convencimiento de que

Alicia no volvería a buscarla, pero había logrado persuadirse de que no le interesaba y trataba de no acordarse de ella sino de un modo fugaz. Sin embargo Alicia se presentaba de nuevo, y en esta ocasión el efecto del encuentro había sido diferente. En su cuarto, ordenando sin atención los cuadernos, recordaba intensamente a Alicia a pesar de su presencia efímera. Se esforzaba por no perder su imagen al acercarse a saludarla, y luego se la imaginaba en otros momentos y creía descubrir en sus ademanes algo titubeante como si entre ellas dos la más importante fuera Hortensia. Al principio, tan pronto como su prima se marchó y ella pudo regresar del súbito trastorno, recordó el cuaderno que tenía sobre la mesa y lo tomó con afán como si quisiera averiguar lo que había hojeado Alicia, y después, en la ilación de los recuerdos tenía que llegar el del vestido que llevara el día del paseo por Chapinero. Pero todo pasó sin alcanzar a atormentarla pues ese sentimiento era menor a la perspectiva de encontrarse de nuevo con su prima. Desde el sábado alistó el vestido que llevaría al día siguiente, influida al escogerlo por el que lucía Alicia durante el paseo por Chapinero, y le hizo algunos arreglos y lo limpió y planchó con esmero, revisándolo laboriosamente para que no se le escapara ninguna mancha. El domingo Alicia pasó con el chofer a recogerla en el automóvil de su padre, y aunque Hortensia se había imaginado de muchas maneras el transcurso de la tarde no se le había ocurrido que aparte de ellas estuviera alguien más en la casa. Pero en la sala, acomodados en las sillas y en la alfombra, algunos amigos de Alicia escuchaban música. Hortensia esperó para guiarse según el comportamiento de su prima y se sentó en el suelo al lado de ella. Cuando ya estaba menos azorada examinó la indumentaria de los jóvenes, vestidos informalmente, con un suéter cualquiera, y en ese instante tuvo conciencia de la falsa elegancia de su traje. Al rato llegaron otros amigos y los demás les hicieron sitio para que se acomodaran, y ya en su casa, luego de que Alicia la llevara, Hortensia recordó cuando los observaba integrarse y sintió, como en aquel momento, que a medida que llegaban los amigos ella se marginaba del conjunto. Sentada al lado de Alicia, con las piernas estiradas, los veía escoger los discos, charlar animadamente y moverse con libertad. Pero cuando se quedaban en silencio y no se oía más que la música y ellos encontraban a través de los sonidos la comunicación necesaria

para permanecer callados, Hortensia se sentía desamparada en medio de tantos ojos y continuaba con las manos sobre el regazo sin respirar siquiera, como una porcelana más de la sala. Por eso prefería los momentos en que los jóvenes se agitaban para formar los diálogos en los que intercalaban palabras en inglés y en español, pues se veía protegida por las voces, detrás de ellas, y podía respirar con serenidad. En su cuarto, después de que Alicia se marchara y ella cruzara el patio y el pasillo sin detenerse a hablar con nadie, recordaba la escena como si la hubiera visto desarrollarse desde lejos, sin su propia presencia, y cuando alcanzaba a divisarse a sí misma entre los amigos de Alicia lo hacía con el sentimiento de un punto que estorbaba. La reunión, aparte de mortificarla y de haberle causado la zozobra del domingo por la noche, le había dejado sólo un vacío. Tampoco la ilusión frustrada de pasar la tarde con Alicia le produjo más que una decepción, pues la idea de su prima asistiendo a esos actos que para ella eran inaccesibles no tenía ningún atractivo. Sin embargo, al día siguiente en el colegio sintió el impulso de contarles a sus compañeras el cuento de la reunión. Consiguió contenerse hasta la tarde, y durante un recreo les dijo lo que había hecho el día anterior, pero el relato no surtió el efecto que esperaba pues ella misma se dio cuenta de que resultaba nebuloso e incoherente. Y se sintió abatida, no por el fracaso de su propósito, sino porque comprendió que a quien trataba de engañar no era a sus compañeras. Cuando llegó a la casa pudo dedicarse a sus tareas escolares, sin dejar de pensar en los amigos de Alicia y en sus reuniones, y al escuchar en el zaguán de la entrada los pasos de su padre, que regresaba del trabajo, suspendió un instante su estudio pues se vio ante la misma sacudida de cuando comprobó la verdad de su condición. Gregorio Camero le pasó la mano por la cabeza y se inclinó para darle un beso, y creyó que algo en su hija lo rechazaba. Entonces se dirigió a la sala, esperó a que Doris le llevara la taza de café y encendió un cigarrillo y se puso a leer el periódico. En los minutos siguientes no tuvo más preocupación que enterarse de las noticias del país y del mundo, y luego leyó las páginas sociales y algo de deportes. Doris sabía con precisión el tiempo que Gregorio Camero permanecía en la sala y puso a calentar las ollas cuando calculó que restaban pocos minutos para que el hombre saliera. En la mesa Hortensia le dirigió sólo unas

palabras a su padre, resistiéndose a sostener el diálogo como es debido y provocándole la idea de que le estaba fastidiando sus deseos de silencio. Luego de la comida Emilia y León le pidieron a Doris que los llevara a ver televisión, pero su padre les dijo que ya habían jugado bastante y que era mejor que se pusieran a hacer las tareas. Los niños insistieron hasta cuando Doris los obligó a ir por los útiles del colegio y les ayudó a buscar el cuaderno en el que debían trabajar. Ellos le mostraron las páginas cubiertas de notas y de dibujos para corroborar que los trabajos estaban terminados. Sin embargo la mujer los dejó en el comedor y se fue para la cocina llena de pesar. Gregorio Camero nunca intervenía para distribuir el tiempo de los niños, y menos para prohibirles algo cuya autorización dependía siempre de Doris. Debía de ser que en el Ministerio estaban retrasados en el pago de los sueldos o que la cuenta de la luz había subido de precio o que en alguno de los colegios les habían pedido a los muchachos un nuevo uniforme. Doris sabía que habían llegado los momentos difíciles en que Gregorio Camero tenía calculado el gasto del dinero con una precisión que no permitía alterar el destino ni de los centavos. Esa situación podía durar algunos días, pero siempre había cómo remediarla y el hombre y Doris respiraban más tranquilos y no interesaba que se acabara demasiado pronto el jabón para lavar la ropa o que pasaran a cobrar la cuenta de la leche, y podían cancelarle el crédito a la señora de la tienda y preparar un buen postre para el almuerzo del domingo. Doris continuaba en la cocina lavando los platos cuando Gregorio Camero la llamó. Ella salió presurosa, secándose las manos en el delantal, con un buen presentimiento. Gregorio Camero había cambiado de parecer cediendo a una insinuación de Hortensia, quien unos minutos después de que abandonaron el comedor se acercó a su padre y le confirmó que Emilia y León tenían listas las tareas. El hombre supo que más que una solicitud se trataba de una reconciliación de su hija, y se dijo, para complacerla a ella y no por propia voluntad, que al día siguiente dejaría de comprar un paquete de cigarrillos o que alguien le prestaría unos pesos. Hortensia fue a su cuarto y cuando los niños y Doris salieron de la casa se dirigió con un libro al comedor. Ahora se explicaba las cosas de otra manera y creía que podía ser cierto que el final del domingo hubiera sido mejor para

Alicia que la tarde con sus amigos. Con los brazos apoyados en la mesa, pasando los ojos sobre el libro abierto como si las páginas estuvieran en blanco, recordó los momentos en que al término de la reunión su prima salía sin ningún pretexto de la sala y permanecía afuera un rato. Luego de ir y venir varias veces le dijo a Hortensia que iba a llevarla a su casa, y las dos salieron sin que a Alicia le interesara abandonar a los pocos amigos que continuaban reunidos. Se acomodaron en el asiento posterior del automóvil y cuando habían recorrido algunas cuadras Alicia le ordenó al chofer que se detuviera. El hombre sabía de lo que se trataba y transcurrió un rato antes de que levantara el pie del acelerador, y aunque el automóvil iba disminuyendo la velocidad el chofer no se decidía a detenerse y Alicia subió la voz para repetir la orden. El chofer puso el pie en el freno, con suavidad, resistiéndose a obedecer, y el auto se desplazó otro tramo antes de perder del todo el impulso. Alicia se apeó y por la ventanilla le hizo una seña a Hortensia para que hiciera lo mismo, y luego se paró al lado del chofer. Él permaneció en su puesto hasta cuando Alicia empezó a tocar en la puerta con golpecitos continuos. El chofer no se opuso más y se trasladó al asiento posterior. Alicia se colocó ante el timón y Hortensia se hizo a su lado, y el chofer dijo que si Nomar Mahid se enteraba de eso lo haría meter en la cárcel. Alicia puso en marcha el motor y miró al chofer por el espejo retrovisor para contestarle que ella se hacía responsable de la falta. Pero la culpa era del hombre por soltarle el volante a un menor que ni siquiera tenía licencia, y aunque Alicia no respondió el chofer prefirió quedarse callado para evitar que la muchacha se distrajera mirándolo por el espejo pues ya el auto cogía buen impulso. Alicia viró a la izquierda, y ante la mirada de su prima que en ese momento no pudo explicarse lo que sucedía (y ante la mirada del chofer que sabía lo que vendría luego) tomó la autopista del norte y se alejó como quien va a salir de la ciudad. Más adelante, cuando ya había hecho un largo recorrido, se devolvió por la misma autopista. Entonces el chofer se dio la bendición y Alicia presionó el acelerador. El automóvil empezó a ganar velocidad lentamente, y luego iba tan rápido que zumbaba y el viento se convertía en una ráfaga cuando Alicia hundía más el acelerador para dejar rezagado a otro vehículo. En el comedor, volviendo las páginas del libro sin que después tuviera conciencia

de lo que había leído, Hortensia recordaba los rasgos tensos de su prima, el brillo de placer en los ojos y sus manos aferradas al volante, y experimentó de nuevo la fuerza de ese momento, el vacío de su cuerpo como si se hubiera despojado de todo su peso. El chofer estaba inclinado sobre el espaldar del asiento delantero suplicándole a Alicia que disminuyera la velocidad, previniéndola angustiado cuando se aproximaba demasiado a otros autos y lanzando exclamaciones y cerrando los ojos en cada cabriola que Alicia efectuaba para dejar atrás a los demás vehículos. Al abandonar la autopista Alicia redujo la velocidad, pero no lo suficiente como para cumplir las leyes de tránsito, y continuó haciendo piruetas hasta llegar a las inmediaciones del barrio Santa Teresita. Entonces se detuvo y miró a Hortensia con satisfacción. Después cada uno ocupó su sitio y el chofer puso en marcha el auto sin dejar de rezongar. Hortensia vio a su prima deslizarse un poco en el asiento y reclinar la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, y la vio adquirir una respiración profunda y cadenciosa mientras sus facciones se suavizaban por completo. Aún ante el libro, moviéndose sólo para pasar las páginas, Hortensia no recordó las continuas protestas del chofer (que conducía el auto golpeando a veces el volante) pero recordó que quiso hablarle a Alicia y que la contuvo el aspecto de reposo sublime de su prima. Luego, sin abrir los ojos, Alicia le preguntó cómo le había parecido el paseo. Hortensia sintió que regresaba al arrebato de la velocidad y respondió con una excitación que deleitó a su prima. Alicia permaneció en silencio sin cambiar de posición. Luego dijo:

—Hortensia —paladeando el nombre como si recapacitara en él. Abrió los ojos, giró un poco la cabeza para mirar a su prima y le preguntó por qué le habían puesto ese nombre. A Hortensia le preocupó la curiosidad de su prima.

—Así se llamaba mi abuela —contestó. Alicia apoyó las manos en el asiento para erguirse.

—Parece nombre de mujer vieja —dijo. El vehículo ya se había detenido frente a la fachada caleada y teñida de amarillo. Las dos primas se despidieron con un beso en la mejilla y Hortensia descendió del auto, y mientras abrían la puerta de la casa Alicia asomó la cara por la ventanilla y fue cuando le dijo que sin su compañía la tarde no habría tenido sentido. Se reclinó de nuevo en

el asiento y cerró los ojos, y en esa posición hizo el trayecto hasta su casa. Al entrar escuchó las voces de una visita. En una esquina de la sala estaban Nomar Mahid y Honorio Callejas, y en el otro extremo, mirándose ávidamente a los ojos, cambiando a cada palabra la expresión como si hicieran muecas, Cecilia y Rosario hablaban en murmullos. Alicia se acercó a su madre y se inclinó para saludarla, y al incorporarse para ir hacia su padre Cecilia la detuvo.

—No me gusta que salgas de la casa cuando tus amigos están aquí —le dijo con suavidad, tomándole una mano—. Dejaron un desorden tremendo por toda la sala.

Alicia no miró a su madre.

—No los volveré a traer —respondió haciendo ademán de retirarse.

—Puedes traerlos cuando quieras pero no me gusta que se queden solos. Cuando se fueron se llevaron unos discos y dijeron que eran de ellos.

—Eran de ellos —replicó Alicia sin darle la cara—, pero está bien, les diré que no vuelvan.

—No te estoy prohibiendo que los traigas —dijo Cecilia evitando subir la voz—. Y no me contestes más delante de Rosario.

Alicia abandonó la sala sin acercarse a saludar a su padre. Él la vio subir las escaleras y observó el gesto de disgusto de su esposa, y luego volvió a ponerle atención a Honorio Callejas para continuar el diálogo que iniciaran horas antes en la casa de un tío de Nomar Mahid. Los tres hombres se habían entrevistado a instancia de Honorio Callejas. Él quería plantearles a los otros dos un negocio, que consistía en que Nomar Mahid y su pariente lo proveyeran de grandes cantidades de los artículos que ellos producían en sus industrias textiles, para que él, como comerciante, las distribuyera por todo el territorio de los Estados Unidos.

—Yo mismo instalo un agente en Miami —explicó Honorio Callejas mirando a Solimán, el tío de Nomar Mahid—. Alguien que sea capaz de dirigir las operaciones hacia todas partes y que con el tiempo ponga sucursales en otras ciudades.

—A Estados Unidos se exportan muchos textiles colombianos —objetó Solimán con el acento árabe que no había perdido en sesenta y ocho años de haber llegado como inmigrante del Líbano—. Yo

mismo exporto.

—Pero no en las cantidades ni en las condiciones que yo propongo —dijo Honorio Callejas—. Sería como poner a funcionar las industrias de ustedes allá mismo.

—Eso vale millones.

—Y en millones serán las ganancias —replicó Honorio Callejas —. Después de eso se acabarán los pequeños exportadores porque vamos a invadir a los Estados Unidos.

—No creo que los marines nos dejen —dijo Solimán. Era un hombre enorme, estaba sentado en una poltrona y a todo momento tuvo objeciones para los planes de Honorio Callejas. Lo miraba distraído y luego levantaba un poco la cabeza para poner los ojos en otro sitio como si escuchara un cuento que ya conocía. Entonces Honorio Callejas evitó que los otros dos advirtieran su interés en el negocio. Nomar Mahid había preferido permanecer atento a las opiniones de su pariente sin intervenir en el diálogo, pero después fue Solimán quien se quedó en silencio, sentado en su poltrona con el aire de un patriarca, ajeno por largos ratos a la presencia de sus visitantes. Sólo después, cuando ya estaban instalados en la casa de Nomar Mahid, Honorio Callejas buscó la oportunidad de reiniciar la conversación sobre el negocio de los textiles.

—Tu tío está viejo —dijo con el tono de un comentario que se le acabara de ocurrir—, ya no tiene empuje para las nuevas empresas.

—No creas —dijo Nomar Mahid—. Solimán está entero, y además tiene más experiencia que nosotros y mejor ojo para los negocios.

—Pero esta vez le falló. No entendió de qué se trataba el asunto y ni siquiera dijo lo que le parecía mal.

—Que hay muchos exportadores de esos artículos. Solimán es uno y yo soy otro.

—Se ve que tampoco has entendido —dijo Honorio Callejas, y aprovechó para referir de nuevo las investigaciones que había llevado a cabo y que lo condujeron a trazar su plan. Exponía los argumentos con tal certeza que Nomar Mahid le refutaba cada vez con menos fuerza a pesar de que recurría a las objeciones más eficaces sin explicarse por qué Solimán había rechazado la propuesta. Ya estaba persuadido, aunque tampoco él fuera a aceptarla, cuando la criada le avisó que lo llamaba por teléfono un

amigo que no quiso decir quién era pero que lo necesitaba con urgencia. Nomar Mahid fue a atender la llamada, y tan pronto tomó el auricular oyó la voz árabe de su tío.

—¿Qué se hizo ese pariente de tu esposa? —preguntó Solimán. Nomar Mahid contestó en el mismo idioma con acento castellano, y escuchó el resuello que venía del otro lado de la línea.

—Ya me lo imaginaba —dijo Solimán—. Ahora que yo no he aprobado su plan te va a coger a ti solo. Pensó que yo estaba viejo y ablandado y que no me daba cuenta de las cosas.

—Creo que hay algo más que eso —repuso Nomar—. Me ha estado explicando la importancia de que los socios sean poderosos.

—No le hagas caso, está loco. Y quizá ni siquiera tenga lo suficiente como para respaldar la mitad del crédito.

—Yo sé que tiene varios negocios.

—No me importa, no le hagas caso. Acuérdate que el país imperialista no es Colombia y que son los gringos los que han invadido nuestro mercado. Nosotros podemos seguir haciendo algunos negocios que nos convengan pero sin olvidar nuestra situación.

—Eso parece un poco conformista.

—Ese tío de tu esposa está loco.

Amador Callejas salió de la pensión, dobló a la derecha e hizo un rodeo para esquivar la cigarrería de la esquina siguiente. Más allá debió torcer de nuevo pues alcanzó a divisar a la dueña de la cafetería barriendo la acera de su negocio, y a pesar de que en la cuadra por la que se había desviado se encontraba la peluquería siguió adelante y escondió la cara al pasar frente a la puerta. Había avanzado unos pasos cuando oyó la voz del peluquero:

—Hola, señor Callejas, un saludo nunca sobra —tenía asomado medio cuerpo y movía unas tijeras en la mano—. Es sólo una cuestión de cortesía.

Amador Callejas no se volvió del todo, le correspondió con una sonrisa y continuó su camino cogiéndose las solapas del saco para acomodarlo mejor en los hombros. Se dirigió a una droguería y desde el teléfono público llamó a la casa de sus hermanas. Al otro lado le contestó María y él preguntó por la señorita Victoria. Cuando ella pasó, Amador Callejas se apresuró a decirle:

—No hables duro, soy yo. ¿Hay alguien por ahí?

Victoria aguardó unos segundos, quizá porque quisiera reconocer la voz, pero también podía ser que pretendiera cortar la comunicación.

—Mercedes está en su cuarto pero Julia anda por aquí cerca —contestó. Amador Callejas se dio cuenta de que estaba nerviosa. Ella le preguntó para qué la había llamado.

—Estoy enfermo —dijo él y esperó que Victoria quisiera saber algo más, pero la mujer se quedó en silencio y Amador Callejas le contó que necesitaba comprar unos remedios.

—¡Aló! ¡Aló! —dijo Victoria y retiró un poco la bocina. Amador Callejas permaneció atento y desconfiando hasta escuchar de nuevo la voz de su hermana.

—Julia anda muy cerca —mintió ella susurrando—, voy a colgar.

—No, espera —dijo Amador—. Necesito con urgencia esos

remedios y no me alcanza la plata.

—Yo no puedo prestarte un peso.

—Pero estoy enfermo —protestó él—. Tienes que prestarme algo.

Victoria temió que finalmente sus hermanas se dieran cuenta de la conversación y accedió a encontrarse con el hombre. Un cuarto de hora después de lo convenido (en el que no hizo sino pensar que si fuera Victoria la que necesitara el dinero no sería él quien tendría que esperar) Amador Callejas la vio venir tratando de acelerar el paso, balanceándose a los costados por el propio peso de su cuerpo. Cuando llegó adonde su hermano tenía la respiración entrecortada.

—Casi no puedo salir —le dijo—. Julia no hizo sino vigilarme después de la llamada.

—Por qué tanto misterio —reclamó Amador—. ¿Acaso soy un delincuente?

—El misterio lo haces tú con tus llamadas clandestinas —repuso Victoria acezando todavía.

—Es para que Mercedes no se dé cuenta de que soy yo.

—Entonces el lío es entre Mercedes y tú. A mí no me reclames nada.

—El lío es de Mercedes, es ella la que no quiere verme. Fue ella la que dijo que había perdido un hermano, como si yo me hubiera muerto.

—Peor que eso. De los muertos por lo menos se habla.

Amador Callejas la miró como si no le creyera que nunca hablaran de él. A Victoria no le interesó si aumentaba su preocupación.

—Mercedes no jugaba cuando dijo que desde ese momento se olvidaba de que tú hubieras existido.

—Sin ninguna razón. ¿O qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—No sé, yo no soy hombre. Pero en parte estoy de acuerdo con Mercedes. Un apellido respetable no se le puede dar a cualquiera.

—No es a cualquiera. Al fin y al cabo mi hijo es sobrino de ustedes.

—Eso es tema muy viejo —dijo Victoria. Sacó un billete y se lo alargó a su hermano—. Aquí tienes para tus remedios.

Amador Callejas observó el billete y levantó los ojos a los de su hermana. Ella sostuvo con firmeza la mirada. Amador contempló de

nuevo el dinero y lo señaló con un dedo.

—¿Esto? —dijo.

—No tengo más, y de todas maneras sé que no estás enfermo y que la plata no es prestada.

—Por esta bicoca no hubiera valido la pena gastar lo del bus —dijo él tomando el dinero.

—Si quieres te doy las gracias por haber venido —repuso Victoria. Amador Callejas la vio alejarse con pasos presurosos, fracasando en su empeño de ir más rápido, meciéndose a los lados con la misma intensidad con que se esforzaba por avanzar. Cuando llegó a la casa respiraba con dificultad, y para apaciguarse permaneció un rato en la puerta. Al entrar, Julia la siguió con la mirada. Estaba tejiendo en la sala y a través de los lentes vio la imagen borrosa de su hermana subir las escaleras, y afinó el oído sin suspender los malabarismos de las agujas. Mercedes le preguntó a Victoria adónde había salido. La voz le llegó débilmente a Julia.

—A dar una vuelta a la manzana —contestó Victoria.

—Te demoraste como si hubieras dado dos.

—Tú sabes que yo camino despacio.

—Si no fuera así hubieras alcanzado a dar tres.

Julia estiró el cuello y aguzó más el oído porque arriba todo quedó en silencio. Luego oyó otra vez las voces que le llegaban sin fuerza.

—No sé por qué me dices mentiras —dijo Mercedes—. María me contó que te habían llamado por teléfono.

—Preguntaron por mí pero cuando pasé cortaron la comunicación.

—Eso no es cierto —dijo Mercedes, y ahora las voces le llegaron con más vigor a Julia—. Julia me contó que estabas hablando.

—Pues la que está diciendo mentiras es ella, o debe de ser que también está oyendo mal.

—Si estuviera oyendo mal no te hubiera oído hablar por teléfono.

—Está inventando.

María, pegada a la pared, cerca de la puerta de la cocina, asomando la cabeza por el marco para distinguir bien las palabras, vio a Julia levantarse con un brinco y dirigirse a las escaleras, y cuando ya estaba arriba la escuchó encarar a Victoria.

—La que está inventando eres tú. Yo te oí hablar por teléfono.

—Por qué no nos quieres decir con quién hablabas —preguntó Mercedes.

—Porque no es cierto —replicó irritada Victoria.

—Yo la oí —dijo Julia formando con un ritmo más acelerado las cadenetas y los puntos en el tejido.

—Cuéntanos de una vez —ordenó Mercedes—. No te permitimos que nos mientas.

—Ya les conté lo que pasó. Julia está inventando.

—Hablaste con alguien —insistió Julia—. A no ser que en esta casa haya fantasmas o que yo me esté volviendo loca.

—Eso es lo que pasa —dijo Victoria.

—Te lo pido por última vez antes de que me enoje —dijo Mercedes aproximándose un paso.

—No digas más mentiras —dijo Julia.

—Dinos la verdad —dijo Mercedes.

—Está bien, les voy a contar todo —accedió Victoria. Se fue para su cuarto y antes de cerrar la puerta se dio vuelta—. Me llamó el presidente de la República.

Mercedes apretó los dientes y Julia se acercó al cuarto de Victoria.

—Yo te oí —dijo a través de la puerta—, y sé que no diste ninguna vuelta a la manzana.

Las dos hermanas bajaron al primer piso y mientras Julia se situaba de nuevo en la sala Mercedes fue a la cocina a buscar a María. Le ordenó traer una escoba y barrer los ángulos del piso del comedor, en los que Mercedes había descubierto polvo después de la limpieza de las primeras horas de la mañana. Ante la mirada vigilante de su señora, que le indicaba lo que debía hacer, María maniobró la escoba de tal forma que colocándola en posición horizontal, a ras del suelo, pudo introducir el fique por entre la unión de los listones de madera de las esquinas y sacar un poco de pelusa. Mercedes continuó con los quehaceres de la casa, inventándolos si no existían y buscando motivos para exacerbarse, cosa que alcanzó con facilidad cuando Ángel Callejas regresó de la calle y preguntó si ya estaba listo el almuerzo. Mercedes recogía con unos lacitos las cortinas del comedor y sin volverse le respondió negativamente, pero María se asomó ufana a la puerta de la cocina

y dijo que todo se encontraba preparado. Su señora desaprobó en silencio la intervención y le preguntó a Ángel a qué se debía la prisa. Él contestó que tenía que salir, y como sintió que la presión de los ojos de su hermana le pedían una información más completa pensó otra respuesta.

—Se refundieron unos papeles en la oficina donde pagan las pensiones —explicó con torpeza— y tengo que ayudar a buscarlos.

Mercedes no quedó satisfecha del todo.

—De manera que por la insuficiencia de unos empleados públicos estamos obligados a almorzar más temprano —dijo. Desde la sala Julia soltó una exclamación de fastidio. Mercedes continuó —: Que así sea. María, ponga la mesa.

—Yo almuerzo primero —dijo Ángel—, no te preocupes. El problema es mío.

—Almorzamos todos —repuso Mercedes y miró a María. Ella había permanecido en la puerta de la cocina y al recibir la orden silenciosa de su señora se apresuró a extender el mantel en la mesa y a colocar los platos, y puso los frascos de píldoras y trajo las bandejas con la comida. En tanto, Mercedes fue al segundo piso a persuadir a Victoria de que bajara de una vez porque más tarde María debía estar lista para ponerse a hacer oficio. Ángel terminó de almorzar antes que sus hermanas pero no se atrevió a abandonar la mesa mientras ellas continuaran comiendo. Mercedes veía los dedos de su hermano tamborilear sobre el mantel y su expresión al observar los platos que se vaciaban con lentitud.

—Nadie se afana de ese modo para cumplir con el deber —dijo —. Tengo la impresión de que no vas a buscar ningunos papeles.

Ángel continuó en silencio y ya más impaciente se levantó y se despidió, y sin esperar la respuesta se fue a pesar del rumor de protesta de sus hermanas. Alcanzó a llegar a la casa de Gregorio Camero antes de que él hubiera salido para la oficina. El tío Ángel no pasó del corredor de la entrada, y al verlo Emilia y León empezaron a dar vueltas alrededor del patio, uno detrás del otro, remedando su caminado. Él se rio, no del juego de los niños, sino de ver cómo caminaba él mismo. Gregorio Camero vino del interior de la casa.

—Te puedo dedicar un minuto y medio —dijo.

—Tampoco yo tengo mucho tiempo —dijo el tío Ángel sacando

un papel de un bolsillo—. Quiero que mires esto. Son los pasos que tenemos que dar para poner el restaurante.

Gregorio Camero observó el papel pero el tío Ángel no dejó que lo analizara.

—Vamos hablando en el bus —le dijo.

—Por la prisa que tienes se diría que el que trabaja eres tú y no yo.

Durante el recorrido el tío Ángel le dio algunas explicaciones sobre los puntos expuestos en la lista, pero el bus iba demasiado lleno y los dos hombres apenas podían comunicarse y mirar el papel que Gregorio Camero sostenía a pocos milímetros de la nuca de otro pasajero. El tío Ángel, apretujado, debía empinarse para alcanzar a leer las instrucciones, y en su incomodidad hacía un esfuerzo para mantenerse firme. Terminó de comentar todos los puntos y quiso hacer otras aclaraciones, pero prefirió correrse al fondo del bus y colocarse al lado de la puerta de salida. Antes de bajarse miró a Gregorio Camero, que permanecía con el papel en la mano, y le enseñó el puño cerrado para compartir con él su euforia. Se dirigió al apartamento y subió las escaleras asido a la baranda para poder dar grandes zancadas sin perder el equilibrio. Llamó a Rosa y ella le contestó desde adentro, sentada en la cama, con una sábana que se había puesto a remendar mientras esperaba a Ángel Callejas. Como la mujer se demoraba en aparecer, él se encaminó al cuarto. Rosa había dejado la sábana a un lado y se miraba el pelo en un espejo colgado de la pared. El niño, parado en la cuna, se aferraba a la baranda y emitió un gritico y levantó una mano al ver a su padre. Estaba vestido con su mejor ropa y Ángel Callejas lo sacó de la cuna y lo lanzó al aire sin soltarlo del todo, y el niño rio con gana cuando se sintió de nuevo atrapado en las manos firmes de su padre, y el hombre repitió el juego mientras su cara se iluminaba de gozo. Rosa fue a la sala y tomó el abrigo y la cartera que había dejado listos sobre un asiento. Ángel Callejas salió del cuarto sosteniendo de una mano al niño que se esforzaba por mantenerse en pie y que no lo hubiera logrado sin la ayuda de su padre. Rosa se inclinó y moviendo los brazos empezó a llamarlo para darle ánimo en sus pasos inseguros, y cuando llegó a su lado lo abrazó sin levantarlo del suelo. El hombre lo cargó y los tres salieron del apartamento. En la calle, mientras esperaban un taxi, Ángel Callejas estaba inquieto,

con el temor de que algún conocido pudiera sorprenderlos. Rosa lo veía avanzar unos pasos y salirse de la acera, y regresar a su lado cuando el semáforo de la esquina detenía a los vehículos y la calle quedaba vacía. Entonces estiró los brazos y le dijo que le diera al niño, pero él continuó haciéndoles señas a los automóviles sin interesarle la distancia y echándose hacia atrás con un salto cuando un bus se le venía encima. Finalmente un taxi se detuvo, y mientras se acomodaba con Rosa y el niño Ángel Callejas tuvo la impresión de estar escondiéndose, y cuando el auto inició la marcha hacia el lago San Cristóbal experimentó una sensación de libertad. Era un día entre semana y a esa hora había poca gente en el parque, pero de todas maneras Ángel Callejas sabía que en ese lugar y a cualquier hora, inclusive un domingo, no podía descubrirlo ningún conocido. Allí concurrían obreros y habitantes del sur de la ciudad, y la única persona que lo conocía era el hombre que vendía los tiquetes para montar en bote. Cuando el hombre los vio pasar la puerta de la alambrada que cercaba el parque, colocó un número en una boleta y la desprendió del talonario. Ángel Callejas se acercó a la taquilla y lo saludó amigablemente, le extendió un billete que excedía el valor del alquiler del bote y le dejó el cambio, pues el hombre le permitía remar en el lago aunque era prohibido hacerlo con un niño de esa edad. Un muchacho sostuvo la embarcación con las dos manos para mantener la proa en tierra y evitar que se meciera demasiado mientras Ángel Callejas ayudaba a subir a Rosa y le alcanzaba al niño, y luego la empujó con suavidad para separarla de la orilla. Ángel Callejas ya tenía asidos los remos y esperó hasta deslizarse un poco con el impulso que le había proporcionado el muchacho, entonces los hundió en el agua barrosa y densa para impedir alejarse más del borde y dio comienzo a sus ejercicios. Ángel Callejas aprovechaba a veces los paseos con Rosa y el niño para ir a remar al lago San Cristóbal y conservarse en buen estado físico. Rosa lo vio levantar los remos y tomar aire hasta llenar por completo los pulmones, y luego desocuparlos poco a poco mientras los remos caían al agua y empujaban el bote en una acción meticulosamente coordinada. En el pequeño lago sólo había otra embarcación, maniobrada por dos estudiantes que se habían escapado del colegio para ir a remar. Ángel Callejas siguió en el mismo sentido de ellos, cuidando de mantenerse a corta distancia

de la orilla. Rosa contempló su rostro satisfecho como si también él se hubiera escapado de alguna parte para ir a divertirse con ella y el niño. El bote de los estudiantes alcanzó al de Ángel Callejas y al pasar por su lado uno de los muchachos lo empujó con el remo y lo hizo desviarse con un súbito balanceo y chocar contra la orilla. El muchacho pidió disculpas y se golpeó la frente con la mano para ocultar su intención, mientras Ángel Callejas se deshacía de los remos y extendía los brazos para proteger a Rosa y al niño. Ella atrajo al niño contra su cuerpo para aferrarse con la mano libre al travesaño, pero sólo con la reacción de la sorpresa y sin el sobresalto de Ángel Callejas. La mujer lo oyó lanzar una imprecación entre dientes y pasado el temor repentino lo vio remar de nuevo y mirar irritado hacia el bote de los estudiantes. Pero Rosa sabía que el incidente terminaba en ese punto porque Ángel Callejas era un hombre a quien se le podía hacer esa clase de bromas sin ningún riesgo. El sol de las tres de la tarde quemaba con fuerza y después de dos vueltas al lago los rostros estaban sonrosados y brillantes. Ángel Callejas tenía el saco sobre las piernas y se había aflojado el nudo de la corbata. Remaba dándole la espalda a la proa, echando hacia atrás los remos y dejándolos caer con parsimonia en el agua, y para cada impulso utilizaba el mismo tiempo sin perder el compás de la respiración. Sentada frente a él, en el travesaño del otro extremo, Rosa le había puesto un pañuelo en la cabeza al niño para protegerlo del sol. Lo llevaba parado sobre las piernas y él iba muy quieto, como si presintiera algún peligro, pero miraba sin temor el agua y reconocía una experiencia ya vivida. Ángel Callejas transpiraba copiosamente y suspendió su faena, pero mientras el bote no se detuvo del todo dejó los remos entre el agua para impedir con leves maniobras que se deslizara a la orilla o se alejara demasiado. Se enjugó la cara con la manga de la camisa y miró a Rosa con un centelleo de triunfo. Luego se puso a jugar con el niño, sin acercársele, y Rosa los vio sonreír a ambos y hacerse gestos con las manos, y no supo cuál de los dos se estaba burlando del otro. Y tampoco de cuál de los dos se reiría ella, pero sí que lo haría de los tres, de ella misma sentada en un bote en actitud de haber sacado a pasear dos niños. No hubiera imaginado nunca, en los tiempos en que era copera en el café y hablaba con sus compañeras del hombre que le correspondería a cada una como

si ellas pudieran participar en la escogencia, que sólo muchos años después, cuando ya había dejado de ser joven y no tenía la belleza suficiente para que a pesar de la edad continuara de copera nocturna y no la trasladaran al empleo de mesera diurna, mientras perdía el interés en arreglarse el pelo y se olvidaba de que algún día había soñado con alguien que ejerciera con ella una especie de rescate, sin pensar que pudiera existir algo distinto al día siguiente en que debía atender el café que con el tiempo era su propia vida con su olor a desinfectante y a orines envejecidos y con sus trapos para limpiar las mesas y sus pocillos desportillados, no podía haber pensado que sólo entonces aparecería ese hombre y mucho menos que sería un sesentón lleno de mañas.

—Hoy damos nuestro primer paso —dijo el tío Ángel cuando se encontró con su socio a la salida del Ministerio. También Gregorio Camero estaba con el ánimo en su mejor momento luego de haber pensado en el restaurante con una fijación que le ocupó toda la tarde. Los dos hombres caminaron una cuadra y el tío Ángel se detuvo.

—Lo primero que hay que hacer es determinar el sector —explicó y dio media vuelta—. Este sería muy bueno. Está el Palacio de los Ministerios y hay otros edificios en los que trabajan muchos empleados, pero tiene un defecto: los barrios de los alrededores. Nuestro negocio será modesto pero decente, será un lugar limpio y bien iluminado.

En cambio, más adelante había un sitio excelente, ya que arriba quedaban la Universidad Libre, la de La Salle y el Externado de Colombia, y se podía preparar una bandeja popular con tal de que fuera abundante, pues eso era lo que les importaba a los estudiantes. Además, al lado estaba la Catedral y la gente se dejaba influenciar por esas cosas. Volvió a tomar el brazo de Gregorio Camero y los dos siguieron su marcha, avanzando con dificultad por entre la gente que cruzaba en todas direcciones. Ellos iban lentamente y en ocasiones saludaban a algún amigo levantando la mano sin detenerse.

—Algo muy importante es prohibir la entrada a emboladores y vendedores de lotería. No es conveniente poner un letrero en la puerta porque eso da mal aspecto, y al fin y al cabo ellos no saben leer, pero podemos contratar un portero de esos que trabajan por cualquier cosa.

Gregorio Camero retenía cada palabra con la atención de un buen estudiante. El tío Ángel le decía que los precios no podían ser muy elevados porque hoy en día la gente ganaba apenas para comer, pero tampoco podían ser muy bajos porque a la gente le gustaba que le cobraran caro para convencerse que le vendían un

artículo de buena calidad. El tío Ángel levantaba la cabeza mientras Gregorio Camero se inclinaba para oírlo mejor y aprovechaba una pausa para encender con rapidez un cigarrillo y acomodarse el abrigo en el brazo, y al instante estaba de nuevo listo a atender.

—Vamos a arrendar un local que no sea muy pequeño porque nos haría falta espacio, pero tampoco que sea muy grande pues tendríamos que contratar muchos empleados que de pronto nos arman un sindicato y empiezan a ponernos problemas.

Se detuvieron en la avenida Jiménez y el tío Ángel echó una mirada en derredor. Le gustaba ese sector con la Gobernación a un lado y el Banco de la República en la esquina de enfrente y rodeado de otros bancos en los que trabajaban empleados pobres pero decentes. Gregorio Camero observó todos los puntos como si apenas ahora empezara a descubrirlos, y esperó que el tío Ángel lo tomara otra vez del brazo para continuar su recorrido. Pero él no se movió y tampoco dejó de inspeccionar los alrededores.

—Yo había pensado en un segundo piso para librarnos de los pordioseros y de los vendedores ambulantes, pero es poco visible. En último caso conseguimos dos porteros o un vigilante con revólver como hacen ahora en todos los almacenes porque Bogotá está llena de gamines y locos.

Gregorio Camero hizo ademán de seguir adelante pero el tío Ángel se mantuvo en su sitio y le dijo que por hoy era suficiente con que se hubiera hecho una idea de lo que buscaban.

—Es mejor ir despacio pero seguro —aconsejó. Gregorio Camero estuvo de acuerdo pero no lo convenció que esa fuera una razón para suspender el trabajo en el momento en que no había nada más que hacer. Sin embargo tuvo confianza en los conocimientos del tío Ángel, y ya instalado en el bus que lo llevaba a la casa iba seguro, y la inminencia de un cambio de vida lo hizo estremecerse al reconocer en ella la sensación de quince años atrás, cuando intentó estudiar derecho en una universidad nocturna que debió abandonar a los ocho meses ante la dificultad de enfrentarse nuevamente a los libros luego de diez años de receso que utilizó en llevar la contabilidad de una empresa, y fue entonces cuando se empleó en el Ministerio con la esperanza de librarse de la monotonía de los cuadernos rayados. Pero sabía que ahora era diferente, al menos en que no había necesidad de estudiar cinco años para empezar a

ganar dinero, además de que en esta ocasión todo funcionaría bien. "¡Imposible que la vida sea tan ingrata!", pensó apretando los puños con una sacudida que llamó la atención del pasajero de al lado. Al llegar a la casa corrió hacia Emilia y León que estaban sentados en los baldosines del patio y se unió al juego de ellos derrumbándoles las casitas que hacían con unas fichas de dominó, y entre las protestas y las risas de los niños oyó unas voces a sus espaldas. En la sala se encontraban la tía Mercedes y la tía Victoria en compañía de una prima de ellas a quien Gregorio Camero reconoció vagamente, y de una anciana diminuta vestida con un traje largo, tan antiguo como su dueña, en el que se adivinaba una elegancia perdida y cuya carencia de color le daba el aspecto de una camisola de dormir. Tenía sobre los hombros un chal que la tía Mercedes le había prestado en un intento inútil por ocultad su ruindad, y Gregorio Camero no pudo dejar de observar sus arrugas con la impresión de que algún día había sido muy corpulenta y que se había empequeñecido de tal manera que la piel le sobraba por todo el cuerpo. Recordaba haberla visto en otra ocasión, en una de las visitas a las que acompañaba a Ester, y no recordó su nombre pero sí que la llamaban Princesa. Y hubo un momento, más adelante, en que alcanzó a pensar que el único propósito de su presencia era servirle de apoyo a la tía Mercedes en la recomendación de que buscara una vigilancia más adecuada para los muchachos. La tía Mercedes no le ofreció en esta oportunidad un lugar al cual trasladarlos, aunque insistió en la necesidad de hacerlo en nombre de la moral familiar sostenida por las buenas costumbres y los hábitos religiosos. Gregorio Camero le contestó que los muchachos iban todos los domingos a misa con Doris, y la tía Mercedes, dándose una palmadita con una mano en el dorso de la otra sin que se pudiera establecer si su reacción se debía a la respuesta del hombre o a la sensación de bienestar que él conservaba desde que llegó de la calle, repuso que ahí estaba lo malo, pues las sirvientas siempre decían que iban a un sitio pero cogían para otra parte. La tía Victoria y la prima asintieron con la cabeza, mientras la princesa permanecía con la mirada extraviada sin enterarse de lo que sucedía. Emilia y León se perseguían por toda la casa jugando a arrebatarse las fichas de dominó, y en ese momento entraron en la sala, dieron una vuelta ruidosa y salieron sin suspender la

patanería. Las tías y la prima los censuraron con una mirada. Ya la tía Mercedes los había reprendido antes de que llegara Gregorio Camero sin lograr que ellos le prestaran atención, pues después de la muerte de Ester la influencia de las tías había disminuido en los muchachos aunque ellas hubieran previsto lo contrario. Cuando los niños salieron con su alboroto la tía Mercedes miró a Gregorio Camero con más firmeza y le dijo que no hiciera locuras de las que con seguridad se arrepentiría con el tiempo, y luego se inclinó hacia la anciana y le habló fuerte al oído. Por primera vez desde que llegó Gregorio Camero se dio cuenta de que la anciana tenía vida. La princesa volvió hacia el hombre dos ojos muy claros, casi blancos, y una expresión que se aprestaba a contar una historia larga e importante, y Gregorio Camero alcanzó a pensar que la tía Mercedes se valdría de ese cuento para presionarlo, pero luego, cuando la anciana empezó a cuchichear sin que él entendiera del todo y las tías y la prima se hicieron su propia visita prescindiendo por completo de ellos, comprendió que las tías habían encontrado el modo de deshacerse de los dos. La princesa hablaba rápido, mascullando varios idiomas a la vez, y sólo por los gestos de su cara se podía deducir el trágico significado de sus palabras. Gregorio Camero estuvo tratando de descifrar el monólogo y después se incorporó, con suavidad aunque no era necesario porque nada podía perturbar a la anciana, y se dirigió a la cocina. Emilia y León continuaban correteando por toda la casa y Doris servía cuatro pocillos de café.

—La viejita no toma tinto —explicó cuando el hombre llegó a su lado—. He tenido que salir dos veces a comprar té porque están aquí como desde las tres de la tarde.

Gregorio Camero preguntó por Hortensia, y Doris levantó el charol con los pocillos antes de darle la buena noticia.

—Salió con la niña Alicia —dijo—. Vino por ella como a las cinco y media.

La anciana continuaba con su mirada azul hacia donde Gregorio Camero estuviera sentado, hablando al espaldar de la silla, al vacío, con el mismo entusiasmo de antes como si no se hubiera percatado de la ausencia del hombre. Pero cuando él se acomodó de nuevo vislumbró en la anciana una satisfacción momentánea y comprendió que se trataba de una persona a quien ya no le

importaba hablar sola. Doris repartió los pocillos y Gregorio Camero interrumpió a la anciana para preguntarle si deseaba una taza de té. La tía Mercedes le repitió la pregunta gritándole al oído, y aunque la princesa no respondió el hombre miró a Doris afirmando con la cabeza para que saliera a comprar una bolsita. Mientras ella obedecía, Gregorio Camero continuó frente a la anciana, sorbió su café y encendió un cigarrillo sin ofrecerles a las mujeres, que ya estaban enfrascadas otra vez en su propia visita. La anciana suspendió su cuento cuando Doris llegó con el té, entonces la tía Mercedes le hizo una seña a Gregorio Camero para que le pusiera atención a su prima. Ella tomó aliento y al hombre le bastó su expresión devastada para saber lo que iba a escuchar. La mujer hablaba directo a la cara de Gregorio Camero, y la tía Mercedes intervenía cada vez que había una frase a la que era preciso prestarle más atención. A pesar de que Gregorio Camero no podía coordinar la trama del relato supo que debía sentirse culpable de algo que sucedería de todas maneras y de lo que él era de antemano el responsable. Inspeccionó la taza de la princesa con la esperanza de que hubiera terminado el té y convidarla a que reanudara su historia, que le serviría de pantalla ante las tías y la prima, pero ella continuaba bebiendo despacio, sosteniendo la taza con las dos manos sin apartar los ojos de las imágenes deformadas de su propia cara en el vaivén del líquido. La prima finalizó su relato antes de tiempo pues la tía Mercedes intercedió para ampliar una parte que consideraba de más importancia, y las tres mujeres hablaron a la vez y reiniciaron su visita sin contar con Gregorio Camero. Él contempló un rato a la anciana que seguía inclinada sobre la taza, muy lejos del mundo, y salió de la sala y se instaló en el comedor a leer el periódico. Más tarde oyó en el patio los pasos de las mujeres que se marchaban y fue a acompañarlas hasta la puerta de la calle. La tía Mercedes se despidió de él dándole unos golpecitos cariñosos en el brazo, dejándole varias recomendaciones para los muchachos y alegrándose de que Hortensia saliera con Alicia. Antes de cerrar la puerta Gregorio Camero observó una vez más a la anciana, y de pie, perdida en el vestido que le arrastraba por el suelo, le pareció minúscula, y al devolverse por el zaguán pensó: “¡Anastasia!”, recordando el nombre de la princesa.

Cuando Hortensia llegó a la casa Doris se encontraba sentada en

el butaco de la cocina. Al principio había esperado por ella para servirle la comida, pero luego estaba impaciente. Emilia y León ya se habían acostado y en la sala Gregorio Camero le daba vueltas al periódico. Desde la nueve miraba a cada minuto el reloj sin fijarse ya en la hora, y al sentir los golpes en la puerta y los pasos de Doris que se apresuraba a abrir salió de la sala y esperó en el patio a Hortensia. Le acarició la barbilla y con un gesto de alivio le dijo que estaba preocupado, y a la reacción de la muchacha, quien le repuso que no se explicaba por qué si ella ya tenía quince años, se quedó en silencio dispuesto a cualquier sacrificio a cambio de la fortuna de que su hija saliera con Alicia. En la cocina empezaba a chirriar la sartén en que Doris calentaba la comida de Hortensia. La mujer la había dejado a fuego lento y en tanto alistó el plato, la taza para el café con leche y fue al comedor a colocar los cubiertos. Cuando Hortensia la vio en los preparativos se acercó a la puerta y le dijo que ya había comido. Doris se quedó un rato con el cuchillo y el tenedor en la mano, conteniendo una pregunta, los guardó de nuevo en la gaveta y regresó a la cocina. Antes de entrar se dio la vuelta y le preguntó si no iba a comer nada. Hortensia movió la cabeza haciéndole creer que la estaba molestando, y la mujer buscó el modo de acercarse a ella, en parte para averiguar el motivo de su reacción y también para reprenderla, pero se lo impidió la misma actitud de la muchacha. Gregorio Camero supuso que enseguida Hortensia se iría para su cuarto, pero ella aguardó un momento. Luego le dijo que tenía ganas de aprender inglés. Gregorio Camero no pensó que podía equivocarse cuando le preguntó si acaso no le enseñaban inglés en el colegio. Hortensia pareció hacer una mueca de fastidio.

—Ahí no se aprende nada —dijo—, yo digo en el Colombo-Americano.

Gregorio Camero no entendió la preocupación de su hija pero supo que de alguna manera él era el culpable, y cuando se separaron tuvo que pensar en el restaurante para reconfortarse. Hortensia, en su cuarto, recordó la película que había visto con Alicia como si fuera la primera vez que asistía a cine. Por la tarde, cuando pasó a buscarla, Alicia se quedó en la puerta para ganar tiempo y la llamó haciendo una trompeta con las manos. La voz recorrió el pasillo de la entrada y pasó por la sala, donde las

mujeres se callaron de golpe y afinaron el oído para descubrir de quién se trataba, y llegó hasta Hortensia produciéndole un temblor y quitándole las fuerzas. La muchacha salió al encuentro de su prima, y Alicia la apresuró para que se alistara si quería ir a cine. Hortensia se cambió el uniforme del colegio y examinó el vestido que acababa de ponerse y se dio vuelta ante el espejo, y se sintió sin deseos de enfrentarse a su prima. Pero no había tiempo de pensar en nada y escogió el suéter que más le gustaba y abandonó el cuarto y cruzó el patio con tanta prisa que olvidó despedirse de la visita. Al verla pasar la tía Mercedes la llamó para preguntarle adónde iba. Hortensia se devolvió unos pasos y respondió sin dejar ver más que la cara, y antes de terminar la frase las mujeres la vieron desaparecer como una ilusión.

—¿Con Alicia Mahid? —dijo sorprendida la tía Mercedes.

—Seguramente —contestó la tía Victoria.

—¿Y sale sin permiso de su padre y sin decir siquiera a qué horas va a regresar? —continuó la tía Mercedes. La prima reprobó balanceando la cabeza.

—Es una niña —dijo.

—Debería ir a cine el sábado o el domingo —dijo la tía Mercedes mirando a la tía Victoria y a la prima (y a la anciana aunque era inútil)—. Si Ester estuviera viva no sucederían estas cosas. Esta familia va de mal en peor.

Cuando Alicia se enteró de quién se encontraba en la sala se apresuró más y empujó a su prima al interior del automóvil como si se tratara de una fuga. En su cuarto, mientras se desvestía con parsimonia para poder traer los recuerdos de la misma manera, Hortensia pensó en la alegría contagiosa de su prima, en sus ojos que no podían quedarse en un solo sitio, en sus palabras atropelladas al contarle sin ningún orden lo que le había sucedido en esos días en el colegio y el aburrimiento que le producían cada vez más sus amigos. Durante la película, Alicia no cesó de moverse en el asiento ni de hablar pues los letreros que aparecían en la pantalla no traducían el diálogo correcto, entonces le sirvió de intérprete a Hortensia y también de comentarista pese a las protestas de los espectadores que las rodeaban. A la salida de la función el chofer las estaba esperando pero ellas no se marchaban aún para la casa, y Alicia le indicó el sitio en que debía encontrarlas

más tarde. Con las manos bajo la nuca, en la oscuridad de su cuarto, Hortensia recordó el recorrido de varias cuadras por ese sector que le era ajeno, la otra clase de gente y la cafetería italiana que la sustrajeron de la ciudad que ella conocía. Miró el menú, repasándolo como si escogiera con atención un plato, sin atreverse a levantar los ojos y decirle a su prima que no sabía qué pedir. El mesero regresó y Hortensia se sintió más presionada al saber que el hombre de la chaqueta roja y el corbatín negro debía de estar con la libreta y el lápiz en la mano listo a anotar el pedido. Alicia, en cambio, ni siquiera había consultado la carta y ordenó "un sánduche combinado y un té en leche". Entonces Hortensia pidió lo mismo, deshaciéndose de la lista de platos y de precios, y los segundos de silencio que vinieron luego para que el hombre tomara nota, ella los aprovechó en inspeccionar rápidamente las paredes forradas en tela de las que colgaban cuadros con pasajes de la Biblia, las lámparas claras de las esquinas y las tornasoladas del cielo raso, los asientos con el espaldar tallado y los cojines y los manteles vistosos que caían en abundancia, y escuchó la música tratando de reconocer su origen italiano. El mesero hacía trazos largos, moviendo con afectación el lápiz, y antes de retirarse inclinó la cabeza y se cuadró con un saludo militar. Alicia se puso a observar a la gente de las demás mesas, y Hortensia espero un rato, sin atreverse a hacer lo mismo, y aunque temió interrumpir a su prima le dijo lo mucho que le había gustado la película y aprovechó para elogiarle su forma de conocer el inglés. Alicia levantó los hombros como si fuera normal y le preguntó si ella no sabía un poco.

—Lo que me enseñan en el colegio —respondió Hortensia.

—Ahí lo único que le enseñan a una es *my name is Alicia* —dijo ella con sonsonete—, *I am here* —y añadió—: El único modo de aprender inglés es estudiándolo en el Colombo-Americano y después ir a practicarlo a los Estados Unidos.

Aún con las manos bajo la nuca, sintiendo la respiración acompasada de Emilia en la cama de al lado, Hortensia recordó ese momento en que había asentido maquinalmente para confirmar las palabras de su prima. Luego Alicia le preguntó si le gustaba el colegio, y Hortensia estudió el tono de la voz para buscar una respuesta que estuviera conforme con lo que creía su prima, pero

dejó que ella acomodara su silencio como mejor le pareciera. Alicia dijo que por lo general se aburría en el colegio y Hortensia estuvo de acuerdo, y oyó que su prima le pedía que le contara algo de sus compañeras y de sus profesores. Entonces no se le ocurrió nada y trató de recordar lo que del colegio le había referido Alicia para ajustarlo a sus propios cuentos sin imaginarse otra cosa que el poco interés que podían suscitar en su prima. Ella debió insistir una vez más antes de escuchar la voz tímida de Hortensia, de sentir su paulatino entusiasmo al narrarle las historias del colegio, y supo que el deseo de hablar de su prima surgía del interés que ella le mostraba al escucharla, de su acuciosa necesidad de comunicarse con Hortensia, de oír los cuentos con que rescataba una sensación perdida hacía tiempo. Y fue terrible, ya después de haber llevado a Hortensia (que se despedía desde la puerta sin resolverse a entrar), que desapareciera de repente ese momento de sosiego sin que pudiera retenerlo más que en el recuerdo. Al entrar a la casa el único sitio iluminado era el vestíbulo, y en el silencio total Alicia se llenó de ansia y de soledad. Se desvistió en la oscuridad de su cuarto y antes de acostarse cerró la puerta para protegerse de la visita de sus padres en caso de que cuando llegaran ella estuviera aún despierta, y para evitar que entraran a contemplarla si ya dormía. Ellos se encontraban en la casa de Honorio Callejas, quien los había invitado a comer. Nomar Mahid conocía el objeto de la invitación pero ambos eran hombres de negocios y Honorio Callejas no ignoraba que el otro estaba al tanto de su propósito. Ni antes de pasar al comedor ni tampoco durante la comida se habló de la gran industria de textiles colombianos distribuidos por todos los Estados Unidos, sino cuando las mujeres se hicieron a un lado y los dejaron en una esquina de la sala con sus asuntos. Pero Nomar Mahid estaba dubitativo en su respuesta, y ante su gesto Honorio Callejas tuvo que ocultar su enojo momentáneo. Nomar Mahid no encontró nada apropiado para decir pues lo único que le impedía aceptar por lo menos el estudio del negocio era una nueva charla que había sostenido con su tío Solimán al día siguiente de que Honorio Callejas le expusiera su proyecto por segunda vez. Cuando pasó al teléfono y escuchó la voz de su sobrino, Solimán creyó que lo llamaba para saludarlo como acostumbraba a hacerlo o con la intención de consultarle sobre algún negocio que iba a realizar,

pero no el propuesto por Honorio Callejas. Entonces le respondió con calma.

—Hasta ahora te habías reservado muy bien tus capacidades para la terquedad y la tontería.

—He estado pensando en el proyecto —dijo Nomar— y creo que vale la pena conocerlo un poco más a fondo.

—No quiero conocer nada que tenga que ver con la invasión a los Estados Unidos. A mí no se me ha olvidado que son los colombianos los que comen *cheesburger* con
coca-cola
y no los gringos los que comen patacones con sobrebarriga.

Nomar Mahid no alcanzó a decir nada más porque Solimán lo interrumpió, o tal vez era que no había terminado de hablar:

—Claro que tú puedes hacer lo que quieras, el dinero es tuyo. Pero ten la seguridad de que cuando los dos estén en la ruina yo preferiría ayudar a ese tío de tu esposa y no a ti.

De manera que frente a Honorio Callejas no pudo responder con una buena razón y abrió los brazos y movió la cabeza con desconcierto. Honorio Callejas se ocupó durante unos segundos de su trago y de su cigarrillo.

—No has entendido todavía el alcance de mi proyecto —dijo.

—No es eso. Es que es difícil invertir tantos millones en un solo negocio.

—Lo que dices me convence definitivamente de que no has entendido. Varios frentes se abren como un recurso en el momento en que un negocio no ofrezca muchas perspectivas, pero no es este el caso. Por eso yo quería iniciar la industria con el aporte de tu tío, porque la demanda va a ser enorme. Pero si entre los dos podemos respaldarla, tanto mejor.

Nomar Mahid escuchó, como en la ocasión anterior, esas y otras muchas razones, y algunos conceptos tan acertados sobre el ámbito de los negocios, que contuvo su aceptación en el último segundo. Honorio Callejas captó la respuesta afirmativa en la punta de la lengua y la vio enredarse en los dientes, y ante el esfuerzo del otro por retenerla se volvió y le puso atención a la charla de las mujeres como si de golpe algo que había escuchado le interesara más que la industria de textiles. Era el único modo de obrar sin que hubiera nada más que hacer por ahora porque comprendía que Nomar

Mahid había superado sus cálculos. Cecilia y Rosario hablaban en voz baja y la distancia que las separaba de los hombres hacía pensar que se entendían más por señas que con susurros. Honorio Callejas se echó hacia atrás y saboreó el trago a pequeños sorbos que alternó con las aspiradas al cigarrillo, y al contrario de lo que creyera Nomar Mahid no volvió a hablar de la industria de textiles. Más tarde llegó el chofer de los Mahid, quien tenía instrucciones de recogerlos tan pronto como dejara a Alicia en casa. Los hombres se despidieron con un apretón de manos y las mujeres se dieron un beso en la mejilla con una sonrisa que sostuvieron hasta cuando la puerta se cerró tras la visita. Rosario se pasó el dorso de la mano por la frente y se dejó escurrir en una silla. Era la forma de quejarse porque la visita había sido muy larga, y también porque el interesado en ella era Honorio Callejas. Luego de salir de la casa, Cecilia y Nomar Mahid se acomodaron en el automóvil, y en ese momento, al quedarse solos, fue como si se rehusaran la mirada y desconfiaran el uno del otro, y durante el regreso no alcanzaron a comentar más que la hora y una o dos cosas que Rosario le había contado a Cecilia.

Honorio Callejas se despertó con el humor agrio en ese momento en que todo le parecía mal. Sin embargo esa mañana se recuperó más pronto que de costumbre y después de sentarse a desayunar se sintió bajo el dominio de su albedrío. Rosario también se había levantado y estaba en bata y en pantuflas hablando por teléfono. Honorio Callejas la vio en el vestíbulo interior, sentada en una poltrona y accionando como si tuviera a alguien a su lado. El hombre se tomó el jugo de naranja y acercó la cacerola que tenía frente a él, y desbaratando los huevos fritos con el tenedor y el cuchillo le reclamó a la mujer no haber puesto nada de su parte para realizar el negocio con Nomar Mahid. Rosario creyó oír otra voz aparte de la del teléfono y apartó un poco la bocina para mirar a su esposo, pero como lo vio ocupado con el desayuno volvió a la conversación para contestarle a la persona del otro lado que era verdad que Enriqueta había partido hacia los Estados Unidos porque al esposo le había resultado un puesto en New York. Honorio Callejas dejó por un momento la cacerola para hablarle de frente, y enseguida maniobró de nuevo el tenedor y el cuchillo. Rosario tapó la bocina para que la otra persona no pudiera oír.

—He hecho exactamente lo que tú me has indicado —le dijo a Honorio—, pero Cecilia no parece estar enterada de nada.

—No puede ser —replicó el hombre con la boca llena.

—Cada vez que le digo que te he oído hablar con Miami para poner en Estados Unidos una industria de textiles ella me responde que ojalá te resulte.

—¿Eso es todo?

—Le he dicho que tienes intenciones de asociarte con Nomar, pero ella no sabe nada del asunto.

—Eso es imposible —dijo el hombre haciendo sonar los cubiertos contra la cacerola—. El negocio es muy importante como para que no merezca ni un comentario.

—Seguramente no es tan importante para Nomar —repuso ella

—. De lo contrario sería Cecilia la que tendría que presionarme a mí.

Honorio Callejas corrió hacia atrás el asiento y se levantó sin terminar el desayuno y desapareció del comedor con el ardor de la úlcera en la boca del estómago. Durante la mañana visitó sus tres almacenes y al mediodía fue al restaurante en el que debía encontrarse con Nomar Mahid. El día anterior lo había llamado para acordar con él una cita, pero Nomar le confesó que la magnitud de la inversión le había impedido considerar más a fondo las investigaciones que el otro llevara a cabo. Entonces Honorio Callejas le dijo que iba a mostrarle algo que lo haría decidirse de una vez por todas. En el restaurante esperó a que el mesero tomara el pedido y regresara con dos tragos, y luego de saborear el suyo y de encender un cigarrillo le entregó a Nomar Mahid un cartapacio que contenía cincuenta cuartillas escritas a máquina. Él lo abrió y leyó la presentación: *Industria de textiles para satisfacer toda la demanda en el mercado del territorio de los Estados Unidos. Plan General.* Dio vuelta a la hoja, pero Honorio Callejas puso una mano encima impidiéndole ver, ya que era preciso estudiarlo con calma. Nomar Mahid cerró el cartapacio y Honorio Callejas lo vio tentarlo como si quisiera averiguar su valor.

—Ten en cuenta que apenas es el plan general —le dijo—. Puedes hacer cuanta observación y corrección se te ocurra para discutirla —hablaba como si ya Nomar Mahid hubiera aceptado y sólo faltara trazar la línea convenida entre los dos, y le dijo que podía tomarse el tiempo que quisiera para analizarlo. En la tarde, Nomar Mahid intentó dedicarse al documento pero las interrupciones continuas del trabajo, las llamadas a larga distancia, la firma de papeles y el estudio de nuevos proyectos no lo dejaron pasar de las primeras páginas y debió reservarlo para cuando llegara a la casa. En el comedor estaban Cecilia y Alicia, esperando a que la muchacha del servicio terminara de traer las bandejas. Cecilia oyó los pasos del hombre y el saludo a sus espaldas, y adivinó el ademán que le hacía a su hija al ver en la cara de ella la retribución con una sonrisa. Nomar Mahid fue al segundo piso, bajó de inmediato y Cecilia escuchó que la puerta del cuarto de estudio se abría y se cerraba. Entonces sirvió el arroz que humeaba entre ella y su hija y acercó la bandeja de la carne haciéndola sonar con

la del arroz.

—Ojalá tu padre venga pronto —dijo—, después de haberlo esperado tanto.

Alicia no escuchó la voz de su madre.

—El comedor no va a estar en orden cuando la muchacha se acueste —dijo Cecilia. Alicia permaneció con la cabeza inclinada y vio la sombra de las manos de su madre pasar las bandejas de un lado a otro como si no encontrara sitio para colocarlas.

—Sírvete más ensalada y otro poco de arroz —dijo la mujer—, no puedes comer todos los días como un pajarito.

Alicia continuó impasible y se esforzó por retener el coraje que recogiera en la tarde, durante su paseo con Hortensia. Desde la hora del almuerzo había empezado a rescatarlo con la idea de proponerle a su prima que fueran a dar una vuelta. Hortensia, bajo el dintel de la puerta, frente a Alicia que permanecía en la calle con los libros y los cuadernos en la mano, vaciló unos instantes.

—Tengo que ir al colegio —dijo luego, titubeando todavía.

—Yo también —repuso Alicia como una confabulación, sonriéndole con audacia para inducirla. Hortensia se decidió cuando Alicia dio un paso atrás y le insistió con una seña. Se dirigió al interior, cogió los útiles de estudio y se despidió y salió rápido antes de que pudiera arrepentirse y de que le averiguaran por qué se marchaba tan pronto para el colegio. Era lo que le hubiera preguntado Doris, si hubiera tenido tiempo. La mujer se encontraba instalada en el butaco de la cocina, remendando la blusa del uniforme de Emilia, y oyó la voz atropellada de Hortensia que se despedía, sus pasos veloces y el ruido de la puerta que se cerraba con el impulso inicial sin que nadie la contuviera al otro lado. Se levantó presurosa y en un momento ya estaba asomada a la calle mirando para ambas direcciones, pero las dos muchachas ya habían desaparecido. Regresó despacio y se detuvo ante el comedor, sin mirar a Gregorio Camero ni a los niños que terminaban de almorzar.

—No me explico por qué habrá salido de esa manera —pensó en voz alta.

—¿No estaba Alicia afuera? —indagó, afirmando, Gregorio Camero. Doris asintió sin comprender la relación. El hombre le dijo que seguramente darían una vuelta antes de ir al colegio, y la mujer

se retiró sacudiendo la cabeza sin que ella misma supiera si no creía en la explicación del hombre o si desaprobaba la conducta de las muchachas. Gregorio Camero se tomó un café y se fumó un cigarrillo mientras reposaba el almuerzo, y todavía le quedaron unos segundos para lavarse las manos antes de salir hacia la oficina. Sentado ante su escritorio, no pudo resistir la tentación de suspender el trabajo y contemplar desafiante al jefe de sección y calcular el momento, en un día que presentía ya cercano, en que iría hacia él por primera vez con pasos seguros y le diría que iba a retirarse del Ministerio. No le quedaba difícil imaginar la reacción del jefe de sección, su expresión incrédula ante un empleado que renunciaba por propia voluntad mientras los demás luchaban por conservar su puesto. Gregorio Camero continuó observando la cara a través del vidrio que el jefe de sección utilizaba para vigilar la gran sala, y recibió los ojos del hombre que ya se había percatado de su mirada insistente. Entonces captó la presión que traían, la recriminación, el enojo, y los trasladó a ese momento en que sería él el dueño de la situación y los vería azorados cuando pronunciara las palabras liberadoras:

—Haga de cuenta que tiene mi renuncia sobre su escritorio, doctor —y no supo si podría contener un golpecito burlón sobre la mesa y una sonrisa de medio lado, un gesto que le causara al otro desagrado y temor, una mirada vengativa y rencorosa que lo aplastara contra la silla. Pero por ahora era el jefe de sección quien podía mirarlo a él con autoridad, y Gregorio Camero se hundió de nuevo en su trabajo, sin pesar, sin ningún sentimiento de derrota, con la certidumbre de que se preparaba para ese final porque los asuntos del restaurante iban bastante adelantados. Pasó la tarde esperando con avidez la hora de salida en que se encontraría con el tío Ángel, y cuando llegó a la calle aún llevaba en la mano el sombrero y el abrigo como si no le hubiera quedado tiempo de ponérselos. El plan para ese día era delimitar el área en la que iba a quedar situado el local, y como los dos hombres tenían conciencia del trabajo que les esperaba (ese día y el resto hasta cuando empezara a funcionar el restaurante), además de que ya se habían posesionado de su condición de hombres de negocios, se apresuraron y no se detuvieron a hablar sino unas cuadras más adelante. El tío Ángel dio una mirada en redondo y calculó que

estaban más o menos en el centro de los sectores que podían utilizar, tal vez muy arriba, pero más o menos. Gregorio Camero se dejó guiar del brazo al café que les había servido para sus pláticas secretas, y antes de que la mesera les trajera los dos pocillos sin que ellos tuvieran necesidad de hacer el pedido, el tío Ángel no quiso perder tiempo y sacó un papel y un esferográfico.

—Allí queda la calle doce —dijo, señalándola como si dibujara una línea en el aire, y la trazó en el papel—, aquí la carrera catorce, la calle veinticinco y la carrera tercera —al terminar tenía el dibujo de un cuadrado—. Esta es nuestra área, pero hay lugares que es preciso desechar, como este, y este, y este —a medida que los indicaba los iba sombreando con el esferográfico. Examinó laboriosamente su obra para que no se le escapara ningún detalle y miró a Gregorio Camero tratando de descubrirle alguna duda. Él contemplaba atentamente el cuadrado con las zonas negras y las zonas permitidas, y cuando creyó que había comprendido bien asintió con la cabeza y dijo que necesitaba una copia porque no quería equivocarse. El tío Ángel deslizó el dibujo sobre la mesa.

—Yo tengo el plan bien grabado aquí —dijo—. Y aunque tengo plena confianza en mí mismo, quiero hacer una consulta antes de empezar a buscar el local.

Gregorio Camero dobló el papel, con temor pues hubiera deseado guardarlo tal como estaba, y miró al tío Ángel con la actitud de quien espera una orden. Él le propuso tomarse alguna otra cosa, pero no en el mismo sitio, y los dos hombres se dirigieron al café Pasaje. Unos metros antes de llegar apareció ante ellos Amador Callejas, sonriendo con la sorpresa de un encuentro casual. Gregorio Camero y el tío Ángel aminoraron el paso para saludarlo pero no se detuvieron del todo. Amador se hizo a su lado y tomó a Ángel de un brazo.

—Yo no entro —dijo cuando estaban a pocos pasos de la puerta.

—Te invito a un tinto —dijo Ángel. Amador no aceptó y Gregorio Camero entró al café para dejarlos solos. Ángel se dio cuenta del propósito de su hermano.

—Me estabas esperando —dijo.

—Esa es la verdad —aceptó Amador—, y tú sabes que no lo haría si no fuera necesario.

—Yo no sé nada —replicó Ángel—, pero por tu bien, creo que

deberías conseguirte un puesto en vez de andar por ahí en esas condiciones.

—Es que la cuestión de los empleos está difícil, y peor a esta edad.

—No siempre has tenido esa edad.

—Además la falta de techo propio es una vaina, eso de pagar arriendo cada mes me tiene descuadrado. Si no fuera por Mercedes no estaría tan mal.

—Siempre le echas la culpa a Mercedes y en realidad no tienes nada de qué quejarte.

—Nada, aparte de que vivo como un gitano.

—Eso es parte del negocio que hiciste, que a fin de cuentas te resultó bueno. Darle el apellido a tu hijo a cambio de librarte de todas las responsabilidades para con él es algo que no te sucede sino a ti.

—Estoy en la calle y lo dices como si yo hubiera salido ganando.

—No creo que nuestro apellido valga tanto a pesar de que Mercedes te haya echado de la casa.

—Exacto, así me siento, echado de la casa por haber hecho una obra de caridad.

Ángel Callejas se llevó la mano al bolsillo y ladeándose un poco para que su hermano no alcanzara a ver escogió un billete.

—No deberías de quejarte tanto —dijo, mostrándole el billete—. La gente que se lamenta a todo momento es que anda buscando algún provecho de los demás.

Amador Callejas observó la mano que sostenía el dinero pero no lo tomó.

—¿Cuánto vas a prestarme? —preguntó, sin hacer caso del billete que tenía al frente.

—Esto —respondió Ángel, levantando la mano.

—No puede ser —dijo Amador sonriendo con escepticismo—. No me digas que te esperé todo este tiempo por unos centavos.

—Al fin y al cabo son regalados —dijo Ángel moviendo impaciente el billete—. Coge de una vez que tengo afán.

Amador Callejas tomó el billete y Ángel entró al café y buscó el lugar en que se encontraban instalados los amigos. El establecimiento estaba lleno de gente y de humo y se oía el vocerío de los hombres y el tintineo constante de los pocillos contra los

platos. Ángel Callejas pasó con dificultad por entre las mesas y ocupó el asiento que le tenía reservado Gregorio Camero. Saludó a los hombres, pero ellos no le contestaron porque escuchaban con atención a otro que hablaba con un cigarrillo entre los labios y que contaba que su mujer hubiera preferido que a él no lo hubieran jubilado.

—Dice que ahora me la paso en la casa y que no la dejo hacer oficio —agregó el hombre.

—Eso mismo dice Maruja —dijo otro—. Lo mejor es dejarlas solas para que hagan lo que quieran en la casa.

—Lo malo es que uno no encuentra qué hacer —intervino el más viejo de todos chapoteando la voz—. Yo me demoro más de una hora afeitándome para matar el tiempo.

—Eso hago yo —dijo el esposo de Maruja—, y luego salgo y regreso a la casa como si estuviera trabajando.

El tío Ángel codeó a Gregorio Camero y le mostró una sonrisa cómplice para recordarle el significado del restaurante. A su lado, en la misma mesa, otros hombres armaban una conversación sobre política, pero Gregorio Camero y el tío Ángel escuchaban a los primeros.

—Yo vi en una revista que en Holanda tienen un sitio destinado a los caballos viejos —contó el del cigarrillo en la boca—. Es una casa enorme con tantas comodidades como las que necesita cualquier hombre para vivir.

—De manera que hubiera sido mejor ser un caballo holandés que un hombre colombiano —dijo el más viejo de todos.

—Eso depende —intercedió Ángel Callejas—. Yo creo que uno puede dedicarse a otras cosas después de que lo pensionen.

—No digas güevonadas, Callejitas —repuso el más viejo aumentando el chapoteo de la voz—. Si un viejo tiene algo que hacer es porque está ahí desde hace veinte o treinta años, pero cuando lo echan lo único que le queda es esperar una pensioncita.

Gregorio Camero introdujo la mano en el bolsillo para acariciar el papel con el dibujo. Se quedó otro rato escuchando la conversación y después acordó el próximo encuentro con el tío Ángel y se fue para la casa. Emilia y León estaban jugando en la calle y Doris le dijo que Hortensia se encontraba en su cuarto. Antes de situarse en la sala a leer el periódico, se encaminó adonde su

hija. La confianza de que algo iba a sucederle aumentó en Gregorio Camero al ver el rostro de Hortensia, y aunque quiso continuar a su lado y se sintió impelido a enterarla de los planes del restaurante y pedirle que le contara el motivo de su dicha, prefirió retirarse a la sala antes de decir algo que pudiera modificar las cosas. Hortensia volvió a poner los ojos en el cuaderno que tenía en las manos, pero había permanecido así desde que llegó a la casa sin poder leer una línea, entonces se tendió en la cama a esperar que Doris le avisara que la comida estaba lista. Aún conservaba la rebeldía que le había dejado su encuentro con Alicia, el paseo de ambas en uniforme de colegio, con los libros y los cuadernos en la mano recorriendo desafiantes los lugares por los que transitaba más gente y entrando a los almacenes sin interesarles que alguien pudiera sorprenderlas. Hortensia experimentó al principio un miedo que la hizo protegerse contra las paredes y caer en la tentación de devolverse, pero cuando vio a su prima marchar libremente y se dio cuenta de que se mostraba adrede a los ojos de los demás, se dejó seducir y las dos pudieron deambular la tarde entera, mirar los sucesos de la calle y detenerse en alguna cafetería y en todas las vitrinas, y fue una lástima tener que separarse en ese momento en que el atardecer parecía una fiesta, en que había más gente en la calle, en que apartándose de la multitud se sentía el ambiente apacible y se iba la atmósfera pesada con el ocaso y el aire fresco y puro y daba nuevos bríos para seguir paseando.

El hombre ablandaba la carne con un mazo y a su lado las cocineras preparaban la comida y alcanzaban los pedidos por una ventanilla. El niño se acercó y habló a sus espaldas.

—Hay un señor que dice que la carne está dura y la ensalada vieja.

El hombre dio un golpe fuerte con el mazo.

—Dile que no pague, pero que no vuelva —dijo sin voltear la cara. El niño salió y el hombre lanzó una maldición espantando las moscas con un limpión que tenía en el hombro y les ordenó a las cocineras sacar a la calle la basura y los desperdicios. Seguía golpeando la carne cuando oyó la voz a sus espaldas.

—Dice que paga, pero que no vuelve.

—Entonces es que vuelve —dijo el hombre. El niño salió y regresó al momento.

—Papá, hay dos señores que lo necesitan.

El hombre aumentó la fuerza de su brazo y el niño añadió:

—No están comiendo, acaban de llegar y dicen que quieren verlo.

—Si no son policías, diles que no estoy.

—No son policías —aclaró el niño hablando aún detrás del hombre—. Uno es alto y el otro pequeño como dos tipos de película cómica.

—Pregúntales si vienen a pagar o a pedir prestado —dijo el hombre, pero no esperó a que el niño regresara y se asomó a la puerta. Cuando lo vio, Ángel Callejas se aproximó unos pasos. El hombre reconoció al cliente que venía a veces en compañía de una mujer y de un niño de brazos. Desde el otro lado del mostrador Ángel Callejas le presentó a Gregorio Camero. Él estiro la mano y el hombre le mostró la suya, cerrada y manchada de sangre para que el otro lo tomara del antebrazo. Ángel Callejas se sobó las manos como si le fuera a dar una buena noticia.

—Venimos a que nos haga un favor —dijo. El hombre se echó

un paso atrás. Ángel Callejas le aclaró que sólo iban a pedirle un consejo, pero eso no quería decir que el hombre podía desprevenirse.

—En este momento estoy muy ocupado —dijo. Ángel Callejas le pidió a Gregorio Camero el dibujo y lo colocó sobre el mostrador.

—No le quitamos más de un segundo —dijo, y le contó lo que querían que les aconsejara y le explicó el objeto de las zonas rayadas y de las zonas blancas que veía en el área escogida. El hombre miró el papel sin tomarlo, y sin entenderlo, pero era que tampoco había entendido la mayor parte de lo que le había dicho el otro. Repasó el dibujo como si no quisiera equivocarse en la respuesta y movió la cabeza negativamente. Ángel Callejas no lo dejó hablar.

—¿No le gusta el sitio? —preguntó señalando el papel.

—Esto ya no es negocio en ninguna parte —dijo el hombre—. A no ser que vaya a poner el restaurante en el hotel Tequendama.

—Yo creo que es un buen negocio —dijo Ángel Callejas, y se volvió para mirar las mesas—. La gente viene a comer desde temprano.

—Casi todos van a pedir que les fíe —dijo el hombre—. En estos negocios los únicos que ganan son los clientes. Aparte de que no pagan, se roban las cosas. Mire —el hombre le mostró una cucharita agujereada—, hay que hacer esto para que no se las roben, y sin embargo se las roban. Y mire —le indicó a Ángel Callejas para que observara al otro lado del mostrador—, este cajón está lleno de vales que con seguridad no van a cancelar nunca.

—Lo que hay que hace es seleccionar la clientela —aconsejó Ángel Callejas. El otro cerró con un golpe el cajón.

—Todas las personas con hambre son iguales —dijo. Se retiró unos pasos para dar una orden en la cocina y otra a uno de los empleados y para prohibirle la entrada a un lustrabotas, y luego volvió a pegarse al mostrador y observó a los otros dos con una mirada llena de experiencia—. No me digan que ahora van a ser ustedes los que van a enseñarme cómo se maneja esta vaina.

Gregorio Camero había escuchado cada palabra del hombre y en medio del barullo de los clientes, del jaleo de los empleados transmitiéndose las órdenes, del humo y del olor a manteca quemada que salía de la cocina, miró el dibujo y lo encontró sin

ningún valor. Cuando abandonaron el restaurante iban en silencio y el tío Ángel esperó hasta alejarse media cuadra y volvió la cabeza para comprobar que el hombre no los veía.

—Pura envidia —dijo—. A nadie le gusta que le hagan competencia.

Gregorio Camero aún llevaba el papel en la mano, sin saber si valía la pena guardarlo. El tío Ángel se dio cuenta de que pasaba algo.

—No hay que perder el ánimo por lo que le dice a uno un mal amigo —dijo—, eso significa que uno va bien. ¿No te fijaste cómo miraba nuestro plano? Su envidia confirma que vamos bien encaminados.

—No trates de engañarme —repuso Gregorio Camero—, ni siquiera le paró bolas al dibujo.

—Eso es lo que yo digo. Seguramente a él le va mal en su negocio y no quiere que a otros les vaya bien.

—Tú dijiste que ningún restaurante marchaba mal.

—Eso depende. ¿No viste cómo gritaba delante de todo el mundo? ¿No oíste cómo le contestó a esa señora porque le preguntó un precio? ¡Así no se trata a una dama!

—¿Y los vales? Todos los clientes le quedan debiendo.

—La misma presentación de un lugar selecciona la clientela. ¿No te diste cuenta de la suciedad, del olor a orines, de las moscas? Es un lugar perrateado.

Gregorio Camero contempló el papel y lo guardó, aceptando de una vez por todas su propio engaño, si era que también el otro trataba de engañarlo. Le propuso al tío Ángel que fueran a almorzar en su casa, pero él debía hacer una diligencia más en el centro, de modo que quedaron en encontrarse más tarde en el café Pasaje. Al separarse, el tío Ángel le dio ánimo a Gregorio Camero mostrándole el puño cerrado, aunque captara el resquemor del otro ante la posibilidad de una nueva treta. Luego buscó un teléfono público y llamó adonde sus hermanas, y cuando María contestó él le dijo que no iría a almorzar a la casa. María apartó la bocina para repetir la razón y Mercedes pasó al teléfono.

—¿Por qué avisas a esta hora? —dijo—, ya el almuerzo está preparado.

—Guárdamelo para esta noche.

—Y después dices que la comida está recalentada.

—Yo nunca he dicho eso, Merceditas.

—Pero lo piensas, yo sé que lo piensas.

Después de la conversación Ángel Callejas se dirigió al apartamento. Rosa se encontraba en compañía de la señora Carmen y de otra vecina y el niño jugaba por el suelo. El hombre se agachó, le quitó los trebejos con que se divertía y los escondió a sus espaldas, y la señora Carmen y la otra amiga los observaron jugar a quitarse los trebejos y miraron a Rosa ladeando la cabeza con una sonrisa. Al rato las vecinas se marcharon y Rosa fue a la cocina a echar más agua en la sopa y a alistar el aceite para fritar unas tajadas de plátano. Regresó a la sala con una taza de café y un cigarrillo encendido y se puso a cantar los boleros que se oían en el radio mientras el hombre perseguía por todo el apartamento al niño que gateaba veloz para no dejarse atrapar. Después del almuerzo Rosa y Ángel Callejas fueron con el niño al apartamento de la señora Carmen, en el que se reunían en ese momento varias mujeres con otros niños de todas las edades, algunos que se orinaban por el suelo y otros que ya se daban trompadas. Apretujado entre dos señoras, en un sofá cuyos resortes chirriaban a cada movimiento, Ángel Callejas permaneció en silencio todo el tiempo, oyendo a las mujeres conversar sobre el cuidado de los niños y sobre cómo tratar a los hombres. Cerca de las cuatro de la tarde se despidió de las mujeres que sólo entonces parecieron acordarse de su presencia. Rosa lo acompañó hasta la puerta y le preguntó si regresaría a comer. Él contestó negativamente y pensó: "¡Cómo se pondría Mercedes!" Cuando llegó al café calculó que Gregorio Camero debía llevar un buen tiempo en compañía de los amigos, pues frente a él había dos pocillos vacíos. Se acomodó a su lado y lo alegró ver el tono con que hablaba, y se figuró que había estado examinando el dibujo y que su comportamiento era el resultado de su análisis. En parte era cierto, pero no del todo, pues Gregorio Camero había tratado de olvidar el asunto del restaurante por lo menos durante ese día. Mientras almorzaba, en compañía de Emilia y León porque Hortensia estaba con Alicia, ya había llegado a la conclusión de que la inexperiencia del tío Ángel era tan grande como la suya, pero como había sido el otro el de la idea era justo dejarle el tejemaneje con todas sus vicisitudes. Luego del almuerzo hizo una siesta y al

levantarse sintió el cuerpo en buena forma, y se quitó el saco y el pantalón y cerró la puerta del cuarto, pero aunque no se hubiera desvestido hubiera cerrado porque tenía plena conciencia de que iba a parecer grotesco. Se llevó las manos a la cintura, tomó aire y al tiempo que desocupaba los pulmones dobló las piernas lentamente hasta quedar en cuclillas, se irguió, repitió el ejercicio varias veces y después ensayó a tocarse las puntas de los pies con los de las manos. Cuando salió de la casa, Doris se encontraba planchando la ropa y colocando a un lado la que debía remendar, y luego, en su butaco, enhebrando con parsimonia la aguja, cosiendo los botones de las camisas y reparando los huecos de las medias, estaba llena de placidez. Tenía el recuerdo permanente de Ester como si sostuviera con ella un diálogo secreto, había visto al hombre salir de buen talante, había puesto en la puerta a los niños para que fueran a jugar y, antes, había estado cerca de Hortensia cuando Alicia vino a invitarla a almorzar. Mientras Alicia esperaba en la sala, observando los enseres y las chucherías que adornaban las repisas y que eran iguales a los que su madre tenía archivados en un baúl, y mientras deducía que eran herencia de su abuela y miraba el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús semejante al que colgaba en su casa y en todas las casas que conocía, Doris le indicaba a Hortensia las prendas que mejor la vestían y las desplegaba ante sus ojos apremiándola para que se decidiera, y no comprendió cómo la muchacha eligió una blusa y una falda cualesquiera y con un suéter en la mano se fue al encuentro de su prima. En la casa de Alicia no había nadie y Hortensia creyó que pronto empezarían a llegar los amigos de su prima. Sin embargo, Cecilia bajó las escaleras y luego de saludar a Hortensia con un beso ordenó servir el almuerzo y les dijo a las dos muchachas que pasaran a la mesa. Era como si tuviera prisa por despachar un asunto, pero en todo momento se mostró afectuosa y ella misma ayudó a traer las bandejas. Nomar Mahid llegó al comedor cuando su mujer y las dos muchachas empezaban a servirse. Pareció contento de ver a Hortensia y le preguntó por los de su casa, nombrándolos uno por uno y asintiendo a cada respuesta de la muchacha. Ella contestaba con frases cortas, sin levantar del todo los ojos hacia Nomar ni hacia Cecilia, quien también participó en las preguntas y que a cada pausa decía: “Así que todos están bien”,

sonriendo complacida. El almuerzo transcurrió con una cordialidad que alivió a Hortensia cada vez que se pasaban las bandejas y los frascos de los condimentos. Ella podía en ese desorden momentáneo librar los ojos del plato y encontrarse con los de Nomar o con los de Cecilia y retirarlos sin demora porque había que alcanzar algún utensilio. Cuando estaban terminando, Cecilia acercó una de las bandejas a Hortensia rodándola suavemente sobre la mesa.

—Coge más, nena —le dijo.

—Gracias, tía —repuso Hortensia con una sonrisa.

—Coge, nena, no seas boba —insistió la mujer sin separar los dedos del borde la bandeja.

—Gracias, tía, ya estoy bien.

—Coge, nena —dijo obsequiosa Cecilia para desinhibir a la muchacha—, coge que en la cocina hay más.

Entonces Hortensia tuvo que servirse otro poco de cada bandeja, comer sin ganas y alargar el almuerzo que ya le parecía interminable. Más tarde, Cecilia y Nomar Mahid salieron de la casa. Durante el trayecto el hombre estuvo hojeando el plan que le entregara Honorio Callejas mientras Cecilia miraba por la ventanilla con indiferencia. Pero Nomar Mahid creyó oír un suspiro de resignación cuando el automóvil se detuvo. Al trasponer la puerta vino al encuentro de ellos la esposa de Solimán formando una alharaca de recibimiento, le tomó las manos a Nomar y las mejillas a Cecilia, los besó a ambos con los aspavientos que utilizaba en los funerales y en los matrimonios y se hizo entre los dos para conducirlos al interior, y dejó que el hombre se fuera por su lado mientras ella guiaba a la mujer a un salón. Antes de llegar, Cecilia oyó la algarabía de mujeres árabes, y luego, con un dulce de almendras y una galleta de ajonjolí que le habían obligado a recibir, estaba instalada entre dos matronas que ladeaban la cabeza para poder decirse jeroglíficos frente a su cara. Nomar Mahid fue al salón en el que se reunían los hombres. Solimán se encontraba arrellanado en una poltrona, frente a los demás como si presidiera la sesión. Nomar le entregó el proyecto y permaneció de pie a su lado. Solimán leyó el título y levantó los ojos a su sobrino, volvió a bajarlos a los papeles y le preguntó maravillado a Nomar si los había escrito él. Nomar Mahid negó y Solimán dijo:

—Ah, el tío de su esposa —y pasó las hojas como si las barajara

—. ¿Lo traes para que yo lo lea?

—Es algo que de verdad vale la pena —dijo Nomar Mahid con ademán de acercar una silla para discutir el proyecto, pero Solimán lo contuvo.

—Yo lo leo con calma —y sonrió como si anticipara la reacción de la lectura. Nomar Mahid fue a sentarse en el sitio que le hacían dos hombres. Todos habían bajado la voz mientras Solimán estaba ocupado y la alzaron de nuevo para que él alcanzara a oírlos. Uno de ellos, que podía ser el más viejo de todos si no fuera por Solimán, pero que también se encontraba repantigado en una poltrona con aire de patriarca, decía en ese momento que de todas maneras remordía la conciencia que mientras acababa de pasar la guerra de los seis días ellos continuaran negociando con el enemigo. Pero otro dijo que no sacarían nada con no negociar.

—Si nos debilitamos, más fácil van a ganarnos la guerra —agregó.

—Además, ellos negocian con nosotros —intercedió un tercero, quien, sin embargo, dejaba ver en el tono que no estaba en total desacuerdo con el otro patriarca—. La guerra no es aquí y aquí no tenemos enemigos.

—No se trata de amigos ni de enemigos —dijo Solimán—. Los negocios se hacen con quien tenga dinero. Nosotros importamos y exportamos y ellos hacen lo mismo, ellos producen y consumen y eso es lo que nosotros hacemos. Es fácil.

—Nosotros vivimos en Colombia y la guerra es allá —dijo otro.

—Es una cuestión de moral —dijo uno, solidarizándose con el otro patriarca.

—Más inmoral sería dejarles el camino libre a ellos —repuso Nomar.

—¿Y adónde dejamos nuestros principios? —dijo el otro patriarca lleno de empuje.

—No los dejamos en ninguna parte —dijo Solimán—, pero no estamos en la frontera del Líbano e Israel y es allá donde se están echando bala. Las cosas hay que dejarlas transcurrir sin tratar de cambiarles el destino.

—Entonces a la hora de la verdad ni ellos son judíos ni nosotros somos nada —protestó el otro patriarca.

—Esto es una conversación, no una discusión —dijo Solimán—.

Además, casi todos los que están aquí nacieron en Colombia y eso quiere decir que son colombianos, aunque no deban olvidar la solidaridad.

—Cuando las cosas se calmen allá los que no vamos a tener solidaridad somos nosotros, ni tampoco los judíos que andan por aquí haciendo negocio a costa de la guerra.

—Dejemos las cosas como están sin necesidad de discutir. Esta es una conversación para pasar el rato.

Nomar Mahid pasó toda la tarde en la casa de Solimán y antes de salir le recomendó que leyera con atención el plan general de la industria de textiles. Solimán acarició los papeles.

—Voy a leerlo y a releerlo —contestó—. Esto no me lo pierdo por nada del mundo.

Nomar le retribuyó con una sonrisa, y ya en el automóvil pensaba en la sorpresa que iba a llevarse su tío cuando leyera el documento. En cambio Cecilia iba desmadejada en el asiento y al llegar a la casa no contuvo más el mal genio. Fue de un lado a otro para comprobar que todo estaba en orden, las cortinas bien cerradas, los tapetes alineados correctamente y los baños relucientes. Alicia, en su cuarto, no se alteró y se sintió con ánimos para salir al encuentro de su madre. Cecilia pasó de largo por su lado y luego se volvió para preguntarle por lo que había hecho durante la tarde. Se lo preguntó como si le echara la culpa de algo, y cuando Alicia le respondió Cecilia pareció renegar de nuevo y fue a la cocina a ordenarle a la muchacha del servicio que pusiera la mesa para la comida. Alicia permaneció arriba, esperando a que su madre regresara, dispuesta a llevarle la cuerda pacientemente. Se encontraba serena luego de haber pasado la tarde con Hortensia oyendo música y mirando fotografías. Hortensia observó primero las de la pared, en las que aparecía su prima durante sus vacaciones en los Estados Unidos. Alicia le dijo que ella no quería ponerlas ahí, pero que su madre se había empeñado. Y mientras Hortensia las contemplaba, su prima le decía los nombres de los sitios y de los amigos que estaban a su lado, y luego sacó un álbum con una secuencia de fotos de cuando tenía un día de nacida, un mes, un año, de las fiestas infantiles, de la primera comunión, de las vacaciones, de las compañeras de colegio cada vez que finalizaba un año, de las fiestas en los clubes, y sobre cada foto tenía una

historia que contarle a Hortensia. Ella la oía con fervor, llenándose los ojos antes de apartarlos del papel brillante, de las personas que no conocía, de su prima que se destacaba ante los demás por su belleza o porque Hortensia no podía quitarle la mirada. Observó también los juguetes que había en el cuarto dispuestos como recuerdos físicos, un osito de felpa sobre la cama, un payaso colgado de la pared, una pequeña marimba en el tocador, un pájaro pendiente del techo, un cascabel detrás de la puerta y un hada madrina pegada al vidrio de la ventana. Luego, mientras oían música, Alicia le habló de los discos y de los cantantes explicándole con detalle el origen de cada uno, sus mejores canciones, su momento de éxito, y la vio dedicarle toda la atención al escucharla, así como la había visto poner todo su amor cuando observaba las fotos y los objetos del cuarto.

Antes de levantarse Gregorio Camero esperó hasta convencerse de que no era sólo una pesadilla del sueño el tener que ir al mediodía adonde el rector del colegio de León. El día anterior, cuando llegó a almorzar, el niño le dijo que el rector lo había devuelto a la casa por no haber cancelado aún la pensión del mes. Gregorio Camero le mandó a decir que a finales le pagaba, pero por la tarde León le contó que el rector no le había permitido entrar al salón.

—Dice que no me deja presentar exámenes hasta que no le pague, y que puedo perder el año. Hoy no me dejó presentar al examen de dibujo.

El hombre se quedó en silencio, buscando una respuesta. Sentado frente a él el niño la esperó inútilmente. Al cabo, Gregorio Camero se apartó de su lado.

—Ya veremos —murmuró, y más tarde, cuando ya León se había metido en la cama, se le acercó como si hubiera aguardado hasta el último instante en busca de la solución, y ante el fracaso, cuando ya no podía esquivar ese recurso, le dijo que al otro día irían a hablar con el rector.

—No te preocupes —añadió—, podrás presentar tus exámenes.

Y al día siguiente, luego de llegar de la oficina con la zozobra de poder regresar a tiempo, se dirigió con León al colegio. Quedaba a diez cuadras de distancia pero el paradero del bus que le servía estaba alejado, de modo que hizo el trayecto a pie, con pasos largos, mientras el niño corría a sus espaldas y él lo observaba de cuando en cuando para comprobar que lo seguía. Luego de unas cuadras León empezó a aminorar la velocidad y por momentos se quedaba rezagado, entonces su padre se volvía para animarlo con la mirada. Pero más adelante el niño caminaba por inercia, sin que el aliento le respondiera para ir más rápido. Gregorio Camero lo ayudó tomándolo de la mano (sin que en su prisa se diera cuenta de que durante el resto del recorrido el niño se prendía de él no sólo para emparejar su paso sino para no caerse en ese trote que superaba sus

fuerzas) y cuando llegó al colegio lo oyó respirar con ahogo. Dejó que su rostro se descongestionara un poco, y aunque ya no fuera necesario, lo guío otra vez de la mano y se encaminó con él a la oficina del rector. Desde la puerta vieron al hombre escribir sobre unos papeles, sin que se percatara de su presencia sino hasta cuando Gregorio Camero saludó con una voz que no quería interrumpir. Gregorio Camero esperó a que el rector levantara los ojos, entonces se despojó del sombrero con un gesto visiblemente cortés. El rector bajó la cara y mientras terminaba de escribir una frase cabeceó dos veces en señal de que podían entrar. Cuando sintió que estaban frente al escritorio se despegó unos centímetros de la silla e intercambió un saludo con Gregorio Camero al tiempo que lo invitaba a sentarse. León se paró junto a su padre, con el rostro menos encendido, pero con los cabellos adheridos a la frente húmeda. El rector comprendió al momento que el padre no traía el dinero, pues de lo contrario estaría de más la presencia del niño para conmoverlo. Se recostó en el espaldar de la silla, como si interrumpiera su trabajo sólo para descansar un rato, y abrió los brazos en actitud de espera. Gregorio Camero había calculado ese instante infinidad de veces.

—No puedo pagarle por ahora —dijo—, pero antes de finalizar el mes le cancelo todo.

—Para entonces ya se habrán terminado los exámenes —dijo el rector desde el espaldar de la silla.

—Antes de que pasen los exámenes le pago lo que le debo.

—Además —continuó el rector—, aquí los pagos se hacen del primero al cinco de cada mes, y con mayor razón en época de exámenes.

—He tenido dificultades —dijo Gregorio Camero—. Necesito sólo unos días de plazo.

—Sería una irregularidad. Aquí todo el mundo paga del primero al cinco de cada mes.

Gregorio Camero guardó silencio, no porque titubeara, sino para familiarizarse con ese momento que ya había previsto.

—Por eso le pido el favor de que me conceda unos días —dijo.

—Aquí todo funciona como un engranaje —explicó el rector—. Llega el dinero de los estudiantes e inmediatamente se utiliza en pagar profesores, en cancelar las cuentas de los servicios, en

comprar tiza, en adquirir nuevos implementos de deporte y de estudio. Ese es el engranaje que moviliza la maquinaria del colegio.

—Usted tiene razón, sólo que, como le decía antes, he tenido dificultades.

—Todos tenemos dificultades —la voz del rector se endureció—, pero hay que hacer un esfuerzo.

—En este caso se trata de un imprevisto.

—Los imprevistos son lo que hay que evitar. Por ejemplo, usted ha debido prevenir esta situación desde el principio del año y buscar para su hijo una escuela pública, no un colegio privado.

—Lo hice, pero no había cupo. De mil estudiantes que solicitaron admisión recibieron sólo a cuarenta.

—Entonces la culpa es de su hijo —dijo el rector sin dejarse conmover—. Por qué no estuvo entre los cuarenta.

—Es una cuestión de suerte —repuso Gregorio Camero—, y de influencias.

—Eso es una disculpa —dijo el rector. Dejó pasar un momento y separó las manos—. En fin, no sé qué podemos hacer. ¿No tiene usted un pariente que lo ayude?

Gregorio Camero negó y el rector se quedó callado esperando a que el otro solucionara el problema. Gregorio Camero no podía acudir a otra salida.

—Yo le pido el favor de que me dé un plazo —dijo, y no le importó su acento, pero sí los latidos que a cada petición le llegaban de su hijo—. Le aseguro que antes de que terminen los exámenes le traigo el dinero.

El rector se mantuvo en suspenso.

—Está bien —accedió por fin—. Pero prefiero una fecha fija porque aquí las cuentas hay que llevarlas cabalmente. Digamos, dentro de ocho días.

—Gracias —dijo Gregorio Camero, y sintió que al mirar al rector con unos ojos que no consiguieron ningún brillo, las pulsaciones de su hijo aumentaban. El rector le preguntó a León cuántos exámenes no había presentado, pero él no pudo contestar y tuvo que intervenir su padre.

—El de ayer y el de esta mañana.

—Está bien. Puede quedarse y presentarlos ahora.

Gregorio Camero se volvió hacia su hijo, por primera vez desde

que llegaron, y descubrió en sus ojos unos deseos incontenibles e impotentes de salir corriendo. Se levantó y esperó a que el rector lo despidiera y abandonó el lugar perseguido por la mirada de León. Se detuvo en una cafetería con la intención de comer algo, pero volvió la vista al colegio y pensó que no tenía derecho a hacerlo mientras su hijo se encontraba presentando dos exámenes a una hora inaudita, con una angustia que no le correspondía, y calculó que de todas maneras ya no le quedaba tiempo. Al salir del trabajo el tío Ángel lo estaba esperando en la puerta, y a pesar de que Gregorio Camero tenía prisa por llegar a la casa a hablar con León, se sobrepuso para no descuidar los trámites del restaurante. Se encaminó hacia el tío Ángel sin poder ocultar los estragos de la falta de sueño y de comida, la tensión acumulada desde la mañana y que aún no empezaba a descargarse. En los días anteriores los dos hombres se habían dedicado a visitar los restaurantes localizados en el área demarcada en el dibujo para comprobar que iban por la vía correcta, y ahora entraban a una de las etapas finales. Se situaron en una esquina y el tío Ángel explicó el procedimiento que debían seguir.

—Tú coges por aquí hasta la otra esquina y doblas a la derecha, mientras yo subo por este lado y doblo a la izquierda, o sea que nos encontramos en la esquina del otro lado. Tenemos que anotar los datos de los locales que estén desocupados, pero de los que no sean ni muy grandes ni muy pequeños. Tú sabes perfectamente lo que buscamos.

Gregorio Camero se quedó inmóvil ante la responsabilidad que le caía en las manos y necesitó que el tío Ángel lo instara para iniciar el recorrido. Examinaba cada local vacío acercándose y alejándose en actitud sospechosa, y al anotar la dirección en el papel lo hacía lleno de dudas. Cuando iba a comenzar la inspección de la segunda cuadra el tío Ángel vino a su encuentro y le preguntó a qué debía su demora.

—No sé si estoy haciendo bien las cosas —confesó Gregorio Camero. El tío Ángel le tomó la mano en que tenía el papel.

—Está correcto —dijo—, la dirección y el teléfono.

—Eso está bien, pero no sé si los locales que escogí son los que nos sirven.

—Voy a acompañarte esta cuadra para ver cómo lo haces. Anota

lo mismo que en la anterior, según tu criterio.

Gregorio Camero no se sintió mejor con la presencia de tío Ángel y le costó trabajo empezar. Al descubrir un local vacío lo observó con más atención que antes y también más inseguro, y se volvió hacia el tío Ángel.

—Este sirve —afirmó.

—No me consultes, haz como te parezca sin pensar que estoy a tu lado.

Gregorio Camero reanudó su tarea con el tío Ángel marchando detrás de él, por el borde de la acera. Al llegar a la esquina había notado los datos de dos locales. Le estiró el papel al tío Ángel, pero él lo rechazó.

—No hay necesidad de que me muestres, lo vi todo, has agarrado muy bien la idea y podemos continuar.

Después de inspeccionar varias manzanas suspendieron el trabajo de ese día y el tío Ángel se hizo cargo de los papeles en que estaban anotados los teléfonos y las direcciones.

—Tenemos que averiguar por los locales para después decidirnos por uno según el precio y la ubicación —dijo. Palmeó a Gregorio Camero y lo tomó del brazo para dirigirse al paradero del bus. Durante el recorrido Gregorio Camero le reveló que le preocupaba la cantidad de locales desocupados que habían descubierto, lo que quería decir que los negocios habían fracasado.

—Además —añadió—, nos vamos a demorar mucho en hacer las averiguaciones y ya me está entrando afán.

El tío Ángel le calmó las preocupaciones y le despejó las dudas, hablando con tal insistencia que el otro se dio cuenta que era él mismo quien quería convencerse. Al llegar a casa la inquietud no había desaparecido de Gregorio Camero y sólo cuando vio a León se acordó de él y del colegio. Le preguntó por el resultado de los dos exámenes y León le contó que aunque no estaban bien del todo eran suficientes para pasar la materia, y Gregorio Camero lo felicitó y para congraciarse con él le dijo que después de la comida iría con Emilia a ver televisión. En la mesa estuvo temeroso, pues al saludar a Hortensia la había visto iniciar un ademán que no llegó a su final, muy leve, pero muy revelador. Seguramente León la había enterado del desenlace de su situación en el colegio y Hortensia venía dispuesta a reclamarle algo sin que luego se atreviera. Cuando

Emilia y León estaban listos a salir con Doris, y Hortensia se fue para su cuarto, Gregorio Camero se tomó un café y se fumó un cigarrillo. Y mientras tanto oyó varias veces los pasos de Hortensia que se acercaban, se detenían indecisos y se devolvían. Abandonó el comedor y en la sala se puso tras el periódico, y escuchó de nuevo las pisadas suaves que se aproximaban, que se perdían enseguida y que luego regresaban para volver a desvanecerse vacilantes. Fue a su cuarto, encendió el radio y se recostó en la cama a releer el periódico, y sintió vagamente el ir y venir de los pasos dudosos, y cada vez levantaba los ojos a la puerta esperanzado en que su hija no se decidiera a entrar. Pero por fin Hortensia apareció bajo el marco y Gregorio Camero aguardó sin ocultarse más tras el papel. Antes de arrepentirse otra vez, la muchacha le dijo que había pensado en buscar un empleo. Gregorio Camero captó la sutileza del reclamo.

—Soy yo el que debo encargarme de los colegios —dijo. Pero Hortensia repuso que no se trataba de eso y procuró mostrarle a su padre que su tono estaba libre de todo reproche. Sin embargo no pudo explicar la razón. No hubiera sabido cómo decirle lo que sentía al no poder hacerle ninguna invitación a Alicia y que se contraía cada vez que su prima pagaba las cuentas de las cafeterías mientras ella la observaba con los ojos agachados. El día anterior Alicia había pasado por ella después de las cinco de la tarde para invitarle a cine, y a la salida estuvieron en la cafetería italiana. Y al día siguiente, como ya habían comenzado los exámenes en el colegio y les dejaban las tardes libres para estudiar, pudieron dedicarse a una sesión de música, a dar una vuelta por los alrededores y a tomarse un refresco en un salón de té. Al separarse acordaron el próximo encuentro, y sin que ninguna de las dos quisiera partir se prometieron verse todos los días. Alicia se marchó para su casa sintiendo que sus momentos de sosiego alcanzaban una duración mayor, y al saludar a su madre no le dio importancia a la recriminación que le hacía por haber dejado su cuarto en desorden. Luego se dirigió a su padre, que hablaba por teléfono y que daba la impresión de estar tratando un asunto muy serio. Nomar Mahid llevaba unos minutos comunicado con Solimán, pero aún no habían entrado a cambiar opiniones sobre la industria de textiles. Sólo al rato, Nomar le preguntó a su tío si ya había leído el proyecto.

—Claro que sí —contesto Solimán—. Lo leí dos veces.

Nomar Mahid esperó a que le diera su juicio.

—Es un tratado muy interesante —dijo Solimán—. Muy, pero muy interesante.

—Eso mismo pensé yo —dijo Nomar—. Y creo que podemos llevarlo a cabo.

—Tú haz lo que se te dé la gana. Yo, por mi parte, me divertí más que con *Las mil y una noches*.

Mercedes Callejas se despertó en el momento preciso en que debía dejar de dormir. Apoyó las manos en la cama y se incorporó hasta quedar recostada en el espaldar, se dio la bendición y al murmurar el *amén* entró María con un pocillo de café. Mercedes se lo bebió entre la cama acompañándolo con un cigarrillo, se levantó y sustituyó la veladora consumida que estaba frente a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús por una nueva y se arrodilló a decir unas oraciones. Pasó un trapo sobre la mesita de noche, el tocador, la cómoda y los parales de la cama, y abrió un momento la ventana para sacudir el polvo del trapo. Salió al cuarto de baño y al regresar colocó en la cama la ropa que iba a ponerse, se vistió tomando cada prenda que estaba ordenada según la fuera necesitando, y cuando terminaba de calzarse se presentó de nuevo María. Entre las dos mujeres le dieron vuelta al colchón y Mercedes hizo la cama, abrió la ventana y colgó la toalla en el quicio. Al abandonar el cuarto también Victoria salía del suyo. En el comedor ya la mesa estaba puesta y Julia ocupaba su sitio. Victoria se sentó pero Mercedes permaneció de pie con las manos apoyadas en el espaldar del asiento. Esperó a que María trajera las tazas de café con leche y le ordenó avisarle a Ángel que el desayuno estaba servido. Las tres hermanas se mantuvieron inmóviles frente a la cacerola hasta cuando Ángel Callejas llegó al comedor. Mercedes comenzó el desayuno.

—Te estábamos esperando —dijo. Ángel se disculpó y le entregó un billete a María para que fuera a comprar el periódico. Cuando terminaron de desayunar, Julia se instaló en la sala y Mercedes y Victoria se pusieron a hacer el oficio de la casa. Ángel se colocó junto a las escaleras, como en los días anteriores, con el periódico extendido, confiando en que en algún momento ninguna de sus hermanas se encontrara arriba. Pero ellas se alternaban al subir y bajar, y transcurrió más de una hora antes de que él las viera descender a ambas. Entonces fue al segundo piso, llamó por

teléfono a una de las agencias de arriendo, y sin que lo oyeran en la casa preguntó el precio del alquiler del local. Ya marcaba otro número cuando vio a María aparecer por las escaleras. Efectuó la operación despacio, dándole tiempo a la mujer para que se perdiera en el baño con el balde y el trapero, y luego alcanzó a hacer otras tres llamadas. Victoria subió y se dedicó a trajinar a su lado, y como ya le había ocurrido en los días anteriores, que era probable que su hermana no se desocupara pronto, prefirió salir de la casa. Se encaminó a un teléfono público y logró comunicarse sólo con dos agencias, pues las demás líneas estaban ocupadas y la gente que esperaba turno le reclamó su demora. Fue a buscar otro teléfono pero tuvo dificultades en obtener las monedas para las llamadas, y luego no consiguió más que una comunicación. El teléfono público de la tienda siguiente no funcionaba y Ángel Callejas terminó por contrariarse del todo. Guardó el papel con la lista de los locales y se dirigió al apartamento. Al verlo, Rosa supuso que se había tropezado con un hombre más grande que él o que el chofer del bus le había cerrado la puerta antes de tiempo, y creyó que su disgusto sería pasajero. Pero Ángel Callejas estuvo paseándose por el pequeño espacio del apartamento, asomándose a veces a la cuna para ver dormir al niño. Sacó el papel, revisó las llamadas que había efectuado y lo guardó con enfado. Le avisó a Rosa que iba a salir y ella suspendió el tarareo de una canción para preguntarle si vendría a almorzar. El hombre ya se encontraba fuera.

—Claro que vengo a almorzar —respondió como un desafío. Se apresuró en regresar a la casa y tan pronto como entró fue a buscar el teléfono, hizo rodar el disco con más fuerza de lo normal y habló sin interesarle que lo oyeran en toda la casa. Cuando terminó, Victoria lo observaba, Mercedes subía las escaleras y abajo, desde la sala, formando sin interrupción los nudos del tejido, Julia aguzaba el oído. Ángel se dispuso a marcar otro número y Victoria dio un paso adelante y le preguntó para qué estaba buscando un local. Ángel no respondió al momento y luego, al vacilar de nuevo, perdió las fuerzas y dijo que era para un amigo.

—Me pidió el favor de que le averiguara —agregó.

—¿Y por qué no averigua él? —dijo Mercedes—. ¿Acaso tú eres su mandadero?

Ángel se apartó del teléfono y se encaminó a las escaleras.

Mercedes le preguntó para qué necesitaba su amigo el local. Ángel ya se encontraba varios escalones abajo y sin volver la mirada contestó que no sabía. También Mercedes bajó unos escalones.

—¿Ni siquiera sabes para qué lo necesita? —dijo. Ángel no respondió y salió de la casa con una exclamación de censura de Julia a sus espaldas. Mercedes llegó al primer piso.

—Ángel deja que se aprovechen de él —dijo. Victoria siguió a su hermana.

—Seguramente el otro quiere ahorrarse lo de las llamadas —dijo. Luego las dos mujeres continuaron el oficio de la casa. Al mediodía recibieron la visita de Honorio Callejas. María abrió la puerta y se retiró para anunciarlo compartiendo anticipadamente el alborozo de sus señoras. Victoria descendió del segundo piso, Mercedes dejó de ordenar los cachivaches del aparador y Julia suspendió por dos segundos su tejido. Se formó un alboroto alrededor de Honorio Callejas, y mientras se instalaban en la sala le ofrecieron un poco de ensalada que ya estaba preparada, un jugo que estaría listo en un momento, un pedazo de carne que no demoraría en fritarse, pero él accedió a tomarse un café. Luego de terminarlo, sacó unos papeles de un bolsillo y se dirigió al comedor. Mercedes lo siguió y se sentó a su lado. El hombre le enseñó el total de las ganancias obtenidas con las acciones durante el último mes, le dedujo el pago del arriendo de la casa y la donación al orfanato y le entregó el dinero que correspondía al saldo final. Enseguida de escuchar los consejos de su hermano, ambos regresaron a la sala. Honorio Callejas no se sentó pero se bebió otro café para completar la visita, yendo de un lado a otro, y en cada ida y venida averiguaba por algún pariente que sus hermanas veían con frecuencia. Escuchaba lo que ya sabía que iban a decirle, sin mirar a quien le respondía y haciendo sonar unas monedas en el bolsillo del pantalón, y después se marchó sin prestar atención a las mujeres que le insistían que se quedara a almorzar. Al llegar a la casa le tenían la razón de que Nomar Mahid lo había llamado por teléfono. Sin embargo él pareció indiferente al recado que le daba Rosario, y fue al cuarto de estudio sin que ella pudiera advertir el cambio de su expresión. Cuando regresó se puso a hojear el periódico ante la mirada de su esposa.

—¿Me entendiste? —dijo la mujer—. Te llamó Nomar. Debe ser

para el negocio.

El hombre continuó detrás del periódico.

—Seguramente —dijo, descubrió la cara—. Ahora que estoy un poco indeciso porque pienso meterme en otra clase de empresa —volvió a ponerse el periódico ante los ojos y lo golpeó con el dorso de la mano—. ¿Si leíste? Más disturbios en Estados Unidos. Lo que yo digo, si no fuera por los negros y los judíos, el mundo viviría en paz —caminó hacia el teléfono y marcó el número sin interés, pero sintió lo que siente un jugador que va a jugarse su última carta. Nomar Mahid le dijo que ya había leído el plan de la industria de textiles.

—Y le hice algunas anotaciones que quiero que discutamos —añadió.

—Claro —dijo Honorio Callejas sin apartar los ojos del periódico —. Seguramente yo le agregaré otras.

—Me gustaría que lo estudiáramos conjuntamente para sacar el plan definitivo.

Honorio Callejas hizo una pausa, no porque repasara el periódico, sino para respirar mejor.

—Entonces, ¿estás decidido?

—Sí, y creo que hay que dar el primer paso pronto.

—Sería cuestión de diez minutos. Bastaría una llamada telefónica a Miami.

—Según el plan, se requiere algo más que un simple local. Se trata de un espacio tan amplio como una manzana. Por eso prefiero que hagas las cosas personalmente.

—Está bien, no voy yo, pero mando a quien tengo de candidato para que nos maneje el asunto mientras yo puedo instalarme allá. Para no perder tiempo, podemos dedicar esos días a estudiar el plan.

—Correcto. Si quieres empezamos esta noche, o mañana.

—Como tú digas.

—Esta noche me doy una pasada por tu casa para que tratemos los aspectos generales.

Luego de que Nomar Mahid colgara el teléfono, Cecilia escuchó el ruido de unos papeles al ser ordenados, la voz del hombre que le comunicaba a la muchacha del servicio que no iba a quedarse a almorzar y sus pasos hacia la puerta de la calle. Más tarde, Alicia

regresó del colegio y subió directo a su cuarto, escogió unos discos del estante en que los tenía ordenados y los colocó en el piso, y esperó a que su madre la llamara para pasar a la mesa. Pero transcurrió un tiempo sin que Cecilia le avisara nada. Entonces fue adonde ella y le dijo que quería almorzar porque Hortensia iría esa tarde a la casa. Cecilia se encontraba ante el tocador de su cuarto.

—Por fin te acuerdas de que yo existo —se lamentó—. Almuerza tú, yo no tengo hambre.

Cuando Hortensia llegó, Alicia ya había separado todos los discos y los bafles de la radiola estaban dispuestos estratégicamente para que se apreciara en su mejor forma el estéreo de las grabaciones. Hortensia se sintió en un ambiente que ya le era del todo familiar, con los objetos ordenados tal como ella hubiera querido al suponer que no existieran en ese momento (sin que tuviera ningún reparo que hacer), con la alfombra que cubría todo el piso del cuarto y sobre la cual se sentaban a oír discos. Alicia los tenía catalogados según los cantantes y las orquestas, y le preguntó a su prima cuál quería escuchar primero. Pero ella lo dejó al criterio de Alicia, permitiendo que la guiara en los conocimientos de la música. Alicia escogió el disco, le dio las instrucciones necesarias a Hortensia y mientras lo escuchaban hojearon algunas revistas de actores de cine, de modas y de maquillajes, y después, cuando ya Hortensia se había marchado, Alicia, en su cuarto, del que no quiso salir hasta la mañana siguiente, se sentía oprimida. Ella había padecido la espera de las vacaciones del colegio, las había visto acercarse contando las horas, y ahora que estaban tan próximas, cuando ya creía realizado su deseo de encontrarse todos los días con su prima sin que hubiera otras obligaciones de por medio, se enteraba de que nada de esto sería posible. Antes de marcharse, como si fuera consciente de que debía esperar hasta el último momento, Hortensia le dijo a su prima que iba a trabajar durante las vacaciones. No comprendió entonces el asombro de Alicia, ni luego, mientras le explicaba que era en el almacén de la mamá de una compañera del colegio, su expresión incrédula, ni tampoco su gesto cuando le decía que podían verse todos los días después de las siete y a cualquier hora los domingos. Alicia trató de convencerla de que las vacaciones eran para disfrutarlas y para olvidarse de todos los deberes, le insistió que por su propio bien tenía que descansar,

que podía enfermarse, y en un arranque de orgullo y de amargura que supo ocultar, terminó por despedirla con algo que hubiera podido ser una ofensa si su prima no considerara que nada de lo que decía Alicia podía ser malo, y ya después Hortensia recordó que estuvo a punto de acceder y que lo único que la mantuvo firme fue pensar en las invitaciones que le haría a su prima y en el regalo que le daría el día de Navidad, y se dijo que llegado ese momento, cuando Alicia la quisiera tanto como Hortensia a ella, le contaría que lo había hecho para que la quisiera más. Ya en su casa, Hortensia le dijo a Doris que no quería comer, pues todavía estaba llena con las onces que le habían dado en la casa de Alicia, y se puso a estudiar para el último examen del colegio. Se encontraba en el comedor ante los libros y los cuadernos cuando llegó su padre. Gregorio Camero apareció en el patio con una nueva manera de caminar, delatando en la agilidad de sus movimientos que traía una alegría escondida. Luego, mientras comía frente a su hija, ella le vio un gesto desconocido que aparecía en ocasiones en los labios del hombre y que alternaba con cada bocado al tiempo que cabeceaba levemente como si no creyera algo que le habían contado. Gregorio Camero apenas si podía creer la historia del tío Ángel y la existencia de Rosa y el niño, y más que eso el que los hubiera ocultado durante tanto tiempo y el que hubiera podido hacerlo. Cuando salió de la oficina el tío Ángel lo estaba esperando para continuar la labor que habían llevado a cabo durante los días anteriores. Le mostró los papeles y le dijo que ya tenía muchas cosas en claro, pero que iban con demasiada lentitud.

—Lo que pasa es que se me han presentado algunas dificultades —agregó manoteando los papeles sin que Gregorio Camero entendiera su disgusto, que había venido acrecentándose con las llamadas clandestinas que hacía desde la casa y con la dificultad de comunicarse desde los teléfonos públicos. Los dos hombres se dirigieron a las manzanas que les quedaban por inspeccionar. Al concluir la primera, Gregorio Camero captó el ademán del tío Ángel por decirle algo, pero lo vio arrepentirse en el último momento. Luego de la segunda manzana, el tío Ángel le recibió el papel sin mirar las anotaciones y Gregorio Camero advirtió que estuvo a punto de arrepentirse de nuevo cuando le decía que iba a confesarle un secreto, y después, mientras caminaban despacio, el esfuerzo que

hacía para no echarse otra vez para atrás. El tío Ángel lo enteró de la existencia de Rosa y el niño, contando la historia de tal manera que daba la impresión de no poder inventar bien una mentira. No contó los detalles, pero al cabo, luego de convencerse de que era cierto y con una sonrisa que parecía aprobar la ocurrencia del otro, Gregorio Camero sospechó una parte, y ya en el apartamento supo otro poco y adivinó el resto. Cuando los dos hombres entraron, Rosa preparaba la comida y cuidaba al mismo tiempo de que el niño, acostado en una silla de la sala, a espaldas de ella, se tomara el tetero. Al sentir la puerta el niño volvió la cara, le sonrió a su padre y miró con curiosidad al extraño. Ángel Callejas corrió hacia él y le hizo cosquillas. El niño rio, dejando que el tetero le chorreara por una mejilla y por el cuello. Sin suspender su tarea en la cocina, Rosa le dijo al hombre que no lo molestara porque ya debería estar dormido.

—Cada vez duerme menos —añadió.

—Este es mi hijo —dijo Ángel Callejas. Gregorio Camero lo vio señalar al niño, pero Rosa se lo imaginó hablando solo.

—Estás loco —murmuró. Ángel Callejas la llamó y le dijo que le iba a presentar a un amigo. Rosa esperó, sin alterarse. Se limpió las manos y salió de la cocina. Era la primera vez que un conocido de Ángel Callejas venía al apartamento. Gregorio Camero tenía el sombrero en la mano y permanecía junto a la puerta. Ángel Callejas los presentó pronunciando los nombres y los apellidos de cada uno. Ellos se dieron la mano y sonrieron (para completar el saludo y también para celebrar la euforia de Ángel Callejas) y luego de un momento en que se estudiaron mutuamente, se sentaron. Ángel Callejas señaló a Gregorio Camero y le dijo a Rosa que ese era su sobrino. La mujer lo miró con calma.

—Pueden ser hermanos —dijo.

—¿Por la edad o porque nos parecemos? —dijo Ángel Callejas—. No se te olvide que hay sobrinos mayores que los tíos —rio. Estaba feliz y descontrolado. Tomó al niño y acercándolo a Gregorio Camero le indicó como debía saludarlo y lo estimuló para que le mostrara otras gracias que le había enseñado. Gregorio Camero le acarició la cabeza y mientras los dos hombres jugaban con él Rosa fue a la cocina por dos pocillos de café. A Gregorio Camero le bastaron pocos minutos para empezar a admirar a la mujer. La

había visto saludarlo impasible, estirar la mano segura a pesar de que era la primera vez que iba a estrechar la de un familiar de Ángel Callejas, y luego acomodarse con gran propiedad en la silla, dueña de la situación. La oyó preguntar sobre su trabajo y pedir aclaraciones del verdadero parentesco entre él y Ángel Callejas como si estuviera en el derecho de hacer averiguaciones y no fuera ella la que debiera ser investigada, y vislumbró en sus ojos, cuando observaba al niño o aspiraba el cigarrillo o sorbía el café, una firmeza inflexible. Descubrió su prevención y su seguridad, y se dio cuenta de que hubiera podido tratarlo con indiferencia si hubiera sido necesario. Entonces sintió admiración y envidia, y se sintió inferior. Al terminar el segundo cigarrillo Rosa cogió al niño y fue a acostarlo a pesar de las protestas de Ángel Callejas. Gregorio Camero se levantó y anunció que se iba. Rosa ya estaba en el cuarto.

—Si quiere quédese a comer —le ofreció sin asomarse. Gregorio Camero contestó que tenía que irse a la casa y la mujer vino a despedirse.

—Puede volver cuando guste —dijo cordial, sin bajar la guardia. Gregorio Camero sintió que debía ser amable y agradeció con una sonrisa. Salió del apartamento y el tío Ángel lo siguió y lo detuvo en el primer piso. Quería saber su opinión sobre Rosa, y mientras venía la respuesta vio a Gregorio Camero mirarlo con sinceridad.

—Es una gran mujer —contestó él. El tío Ángel lo cogió del brazo como si le retribuyera un favor.

—¿Verdad que sí?

—Estupenda.

—He pensado en casarme —dijo mirando los ojos de Gregorio Camero para no perder lo mínimo de su reacción. Él se dio cuenta de que antes de ese día el tío Ángel lo había pensado vagamente, pero supo que lo haría.

—Ya deberías estar casado —le dijo para darle su respaldo, y fue en ese momento que inició ese gesto en que no siempre podía controlar los labios para impedir que lo vieran sonriendo. Ni siquiera en el bus en que viajaba a la casa, ni mucho menos cuando el tío Ángel, antes de bajarse, le dijo que iba a reconciliarse con Mercedes porque hoy, por primera vez, había almorzado fuera de la casa sin avisar, ni cuando se encontraba sentado ante la mesa,

comiendo frente a Hortensia. Ella levantaba fugazmente los ojos y se percataba del rostro renovado de su padre. Más tarde, Gregorio Camero entró a la sala y encendió un cigarrillo y cerró los ojos en actitud de reposo. Sabía que la apertura del restaurante era inminente y que sería poco lo que le restaría por sobrellevar. Doris y los niños vinieron a desearle las buenas noches, y al rato también Hortensia fue a acostarse y Gregorio Camero se sintió mejor. No quería que nadie estuviera despierto cuando llegara el pariente, y por eso le había pedido que lo visitara a esa hora. La casa estaba en completo silencio y los golpes en la puerta sonaron fuertes. Al abrir, Gregorio Camero tuvo que pedirle al pariente que calmara su saludo porque podía despertar a alguien. Los dos hombres entraron a la sala. Mientras se sentaban, Gregorio Camero le ofreció al otro un cigarrillo y se disculpó por no poder brindarle nada más. Enseguida señaló el aparato. Estaba sobre una silla, envuelto en un papel periódico.

—Este es el radio —dijo. El pariente no lo miró y le preguntó por la familia. Gregorio Camero le respondió y tomó el radio, pues el otro era un pariente lejano a quien hacía mucho no veía y quien se había enterado por otro pariente de lo que él estaba vendiendo. Sin embargo el pariente continuó:

—¿Cuántos son los tuyos?

—Tres —dijo Gregorio Camero. Luego le estiró el radio—. Está en perfectas condiciones.

—Ya me acuerdo —dijo el pariente—. Todas mujeres, creo.

—Dos mujeres y un varón —contestó Gregorio Camero con el radio en vilo y el cigarrillo en la boca.

—Claro —dijo el pariente con una actitud de olvido fugaz. Gregorio Camero le puso el radio sobre las piernas.

—Está sonando como recién comprado —dijo. El pariente le quitó los periódicos.

—Es un radio muy viejo —se quejó. Gregorio Camero ya sabía eso.

—Pero es mejor que los nuevos —dijo.

—Tú tienes las mismas ideas de mi mamá —repuso el pariente.

—Los radios de ahora no duran diez años, en cambio éste aguanta otros veinte.

El pariente se levantó y buscó un enchufe, encendió el aparato y

esperó a que se calentara. Luego se quejó de nuevo, esta vez de que ya le estaba sintiendo un ruidito. Gregorio Camero permaneció sentado. El radio sonó y el pariente sintonizó varias emisoras escuchando cada una durante algunos segundos. Luego le dio la vuelta al aparato, y sin apagarlo le quitó la tapa de atrás y lo examinó laboriosamente. Al cabo encontró la causa del ruidito que impedía la nitidez del sonido.

—Ven y te das cuenta —le dijo a Gregorio Camero—. Comprueba tú mismo. El tercer tubo de izquierda a derecha, el diodo que controla la dirección de la corriente, no está funcionando bien. Ni el de más atrás tampoco. ¿Si ves? Y aquel embobinado está dañado —miró otro rato el interior del aparato, con la cabeza de Gregorio Camero a su lado. Lo apagó y le puso la tapa—. Eso es grave porque los tubos son difíciles de conseguir y el embobinado tiene que hacerlo uno mismo, ya no los venden para radios tan viejos.

Los dos hombres no volvieron a sentarse. El pariente envolvió el cordón alrededor del aparato y preguntó su precio, y al oír la respuesta reaccionó exactamente como Gregorio Camero sabía que iba a reaccionar, exactamente como reaccionaron los otros parientes que habían estado viniendo y que salían con un reloj de pared, una porcelana o una cuchara de plata, y que luego le entregaban el dinero como si llevaran a cabo el acto diario de caridad.

Detrás del mostrador estaban la dueña del almacén, dos empleadas, Hortensia y su compañera del colegio. La dueña manejaba la caja registradora, una de las empleadas miraba hacia la puerta, la otra atendía a un cliente y Hortensia hacía lo mismo mientras la compañera la vigilaba para luego señalarle los errores que cometiera y darle algunas indicaciones. Hortensia y el tío Amador se miraron antes de que él entrara y fuera a pararse al lado del mostrador. El hombre observó los estantes combados, la cinta transparente que remendaba los vidrios quebrados de las vitrinas y los baldosines desteñidos del piso. La empleada que se encontraba desocupada se acercó a entenderlo. Él le dijo que venía a visitar a su sobrina. Hortensia convenció a su cliente y lo despidió agradeciéndole su compra y lo invitó a que regresara otro día al almacén, pronunciando las palabras con la amabilidad que le enseñara la compañera del colegio. El tío Amador se aproximó a las dos muchachas y las saludó con una sonrisa en la que la compañera descubrió que no se trataba de un cliente. Él le hizo una mueca cariñosa a Hortensia.

—Así que aquí es donde trabajas —le dijo, y repasó de nuevo la mercancía de los estantes—. Es un almacén muy surtido.

—Sobre todo en ropa para niño —dijo Hortensia. A pesar de la sorpresa que le había ocasionado la visita del tío Amador, hizo ademán de retirarse para recibir a una persona que entraba en ese momento. El tío Amador la vio despreocuparse de él sin que hubiera otra causa, pero estaba seguro de que debía existir alguna que en todo caso no era el que Hortensia supiera que él no había entrado ahí por azar. El tío Amador tenía razón, ya que la idea era que ella adquiriera experiencia al hacerse cargo de todos los clientes que le fueran posibles. Una de las empleadas se dirigió al que acababa de entrar porque el tío Amador le pidió a la muchacha que se quedara.

—Me da alegría verte —dijo—. Da gusto ver cómo te estás

haciendo una mujer.

Hortensia guardó silencio esperanzada en que el tío Amador terminara de saludarla y se marchara, porque la primera condición que le había puesto la dueña era que le quedaban prohibidas las visitas. Una señora entró nuevamente y el tío Amador detuvo a Hortensia, entonces la compañera de colegio debió acudir al encuentro de la mujer. Hortensia miró de soslayo a la dueña, que ya empezaba a darse cuenta que el hombre no era un cliente, y le dijo al tío Amador que tenía que trabajar y fue a reunirse con la compañera. El tío Amador le hizo una seña para que se acercara un momento. Hortensia accedió, sin aproximarse del todo, guardando la misma distancia entre el hombre y la compañera del colegio y haciendo que él notara su intención. El tío Amador se reclinó sobre el mostrador.

—Necesito que me hagas un favor —dijo—. Préstame diez pesos hasta esta tarde.

Hortensia no se movió para contestarle.

—Yo lo único que tengo es lo del bus.

El tío Amador ya había previsto la situación.

—Puedes hacer un vale de caja —dijo, y le explicó cómo se efectuaba la operación. La dueña se acercó a ellos y le preguntó al hombre qué se le ofrecía. El tío Amador se irguió.

—Soy el tío de la niña —dijo. El rostro de la dueña se suavizó un poco y el hombre le contó que le acababan de robar la billetera con el dinero y con los papeles, y que tenía que ir a la policía a poner el denuncio. Y le contó también que necesitaba diez pesos para el taxi. La dueña comprendió y se retiró. Amador Callejas la siguió hasta la caja registradora.

—La niña no tiene diez pesos —le dijo— y yo le he pedido que haga un vale.

La mujer dejó una pausa antes de protestar.

—Pero si apenas lleva cuatro días trabajando aquí.

—Es un caso de urgencia —dijo Amador Callejas con el mismo tono de la protesta, no más fuerte, con amabilidad, pero tampoco menos impositivo—. Más que un favor es un acto de solidaridad.

Un cliente se acercó a la caja registradora con un billete y con un tiquete de compra. La dueña timbró el tiquete y le dio el cambio al cliente, y cuando él se fue por la mercancía la mujer llamó a

Hortensia y le preguntó si estaba de acuerdo en hacer el vale.

—¿Sabes de qué se trata? —le dijo—. Yo te doy los diez pesos ahora y tú firmas un papel en el que autorizas que se descuenten de tu sueldo. Si tú se los prestas a tu tío, eso es cosa tuya.

Hortensia asintió, sin saber si estaba de acuerdo con el cambalache, pero supo que era el único modo de que el tío Amador se marchara de una vez. Hicieron lo convenido y el hombre les agradeció el favor y salió presuroso. La muchacha volvió al lado de la compañera del colegio y ante su vigilancia continuó su labor. Ya no se equivocaba en la manera de recibir a los clientes, de mostrarles más de lo que ellos solicitaban, de convencerlos sobre la mejor mercancía y de decirles algunas palabras mágicas para que regresaran, pero sentía que el propósito de su trabajo se había perdido. Un día antes de ingresar al almacén, Alicia le dijo que en adelante no podrían volver a verse, y al día siguiente, cuando Hortensia la llamó a las siete de la noche para invitarla a dar una vuelta, su prima le contestó que acababa de llegar y le inventó una historia de lo que había hecho con sus amigos. Hortensia le preguntó si quería que se vieran al otro día y Alicia le dijo que haría todo lo posible por pasar por su casa después de las siete. Hortensia esperó en vano ese día y los siguientes, y ahora pensaba que la amistad con su prima había terminado, o que tal vez no había existido nunca, y se la imaginaba rodeada de sus amigos y pensaba también en el engaño en que la había mantenido hasta ahora para luego desaparecer como un sueño que no deja más que la nostalgia de un buen recuerdo. Estaba atendiendo a un cliente, arrumando en el mostrador camisas y mamelucos de niño, y no advirtió la presencia de la tía Mercedes y de la tía Victoria. Las mujeres no tenían buen semblante y se quedaron en la puerta como si no se atrevieran a seguir. Antes de salir de la casa, Ángel Callejas las enteró del lugar al que se dirigían, un chofer las informó sobre el bus que debían tomar y luego los transeúntes las fueron guiando por esas cuadras de viejos edificios de oficinas, de locales de comercio, de restaurantes y puestos de fritanga, por las que entre los empleados y los clientes transitaban carteristas y raponeros, camorristas malhablados, cachifos sin oficio, mercachifles de la calle doce, esmeralderos de la catorce, piperos de la carrera trece, putas de poca monta, jugadores de dado, tahúres de billar, gamines

patoteros, serenateros trasnochados, chulos de copera, cafres patilludos, camajanes descamisados, vendedores ambulantes, revendedores de joyas, detectives sospechosos, anunciadores de ungüentos, culebreros alharaquientos, timadores de bolita, calanchines de timadores, echadores de suerte, politiqueros sin puesto, traficantes de chucherías, cascareros atarvanes, cantantes de la calle, pregoneros de felicidad, compradores de botellas y cuchilleros camuflados. Hortensia envolvió una camisa y un mameluco, sonrió, y al tiempo que veía al cliente darse vuelta, vio a la tía Mercedes y a la tía Victoria. A medida que se aproximaban las dos mujeres examinaron todo a su alrededor sin dejar que nada se les escapara, y cuando estuvieron frente a su sobrina la miraron ocultando su pesar y a la vez haciéndoselo conocer para darle su respaldo moral. La tía Mercedes la saludó con un beso y ella miró a la dueña que por fortuna se ocupaba en ese momento de la caja registradora. También la tía Victoria quiso darle un beso pero como el mostrador era demasiado ancho para su cuerpo le acarició las manos. Hortensia ya estaba turbada y las tías no cuidaron de disfrazar más su sentimiento.

—Hay que tener valor —le dijo la tía Mercedes—. Es bueno que aprendas de una vez que la vida es dura.

Hortensia alcanzó a mirar dos veces a la dueña. La tía Mercedes le preguntó por el horario de trabajo, y aunque ya conocía la respuesta reaccionó con asombro.

—¿Y alguien te acompaña por la noche al paradero del bus? —le preguntó. Hortensia le contó que su papá había venido algunas veces, pero la tía Mercedes consideró que debía venir siempre. La dueña dejó pasar otro rato y se acercó a las mujeres sospechando que Hortensia no atinaba con lo que solicitaban y que su hija no creía conveniente intervenir todavía, pero también debía sospechar otra cosa porque no utilizó su habitual cordialidad para ponerse a sus órdenes. Cuando supo que eran tías de Hortensia regresó a la caja registradora sin ninguna sorpresa. Mercedes Callejas fue hasta donde ella y sin que la dueña entendiera al principio de quién se trataba le dijo que le recomendaba a la niña.

—Ojalá usted pueda acompañarla todos los días al paradero del bus para que no corra peligro —le pidió luego. La dueña no comprendió, pero de todas maneras no le gustó la recomendación.

Las tías estuvieron otro rato con Hortensia y cuando salieron a la calle Mercedes se contrarió.

—No sé qué le pasa a ese hombre para poner a una pobre niña a trabajar en un lugar como este.

Las dos mujeres regresaron en taxi a la casa.

—Una ya sabe en lo que va a terminar esa niña —continuó Mercedes—. Y él ni siquiera la espera a la salida.

—Tal vez es cierto eso de que tiene una mujer —dijo Victoria. Ya en la casa Mercedes llamó por teléfono a Rosario y le contó en qué condiciones estaba trabajando Hortensia.

—Y Gregorio no va por ella a la salida del almacén —le contó también.

—Pero si él nunca ha cuidado bien de sus hijos —dijo Rosario.

—Aparte de eso —continuó Mercedes—, parece que ahora mantiene a una mujer.

—Entonces es cierto algo que nos contaron a Honorio y a mí.

Mercedes le recomendó que comentara con el hombre lo que acababan de hablar a ver qué podían sacar en claro, y Rosario le dijo que lo haría tan pronto como él saliera del cuarto de estudio, si es que salía, porque cuando se encerraba ahí no lo abandonaba ni para comer. Ese día Honorio Callejas había empezado a trabajar desde muy temprano. Tenía en un maletín el contrato de arrendamiento del local en Miami y se pasó gran parte de la mañana corrigiendo la redacción de su contrato con Nomar Mahid y haciendo un esbozo de la papelería que iban a utilizar. Sólo cuando estuvo todo listo salió de la casa y se dirigió a su almacén principal. Al presentarle la relación de lo que había acontecido durante su ausencia una de las empleadas le dijo que un hermano que ella no conocía había venido a buscarlo, y sin que tuviera tiempo de reaccionar Honorio Callejas vio a Amador frente a él. Momentos antes, enterado de que Honorio estaba ausente, Amador entro al almacén y procurando que dos o tres empleados lo oyeran preguntó por su hermano. Luego fue a una esquina a esperar que llegara y al verlo bajarse del automóvil lo siguió, aguardó a que le hicieran la relación y se deslizó con agilidad a la oficina y se paró entre él y la empleada para que ella no distinguiera el gesto de su patrón. Honorio Callejas se quedó en silencio y extendió unos papeles sobre el escritorio. La empleada salió y él se levantó a abrir la puerta y

convidó a su hermano a que saliera. Amador le preguntó si ni siquiera deseaba saber a qué había venido. Honorio señaló la puerta.

—Eso es fácil adivinarlo —dijo. Amador Callejas rio volviendo la cara como si quisiera que lo oyeran afuera. Honorio se encaminó de nuevo al escritorio.

—Tengo mucho trabajo —dijo.

—No vengo a pedirte un favor —dijo Amador para que su hermano no se propasara en sus modales.

—De todas maneras estoy muy ocupado —repuso Honorio, y se dedicó a revisar los papeles. Amador alcanzó a pasearse por la oficina antes de que su hermano le dijera que lo iba a hacer sacar a la fuerza, entonces sonrió, y desapareció en el momento en que el otro extraía un revólver de un cajón. Honorio Callejas dejó escurrir el arma, cerró con un golpe el cajón y llamó a una secretaria para que le pasara en papel sellado y con copia el contrato con Nomar Mahid. La secretaria cumplió la orden y Honorio Callejas guardó todos los papeles en el maletín. Al mediodía, desde su casa, llamó a su socio y le contó que había redactado de nuevo el contrato en base al borrador que habían elaborado entre los dos con la participación de sus abogados.

—Consúltalo otra vez con tu abogado —le dijo— y si no está de acuerdo lo volvemos a redactar.

—Si no modifica al borrador, es el definitivo.

—Lo tengo aquí a la mano y me gustaría que lo leyeras para llevarlo a la notaría.

—Si quieres nos vemos después del almuerzo.

—Yo paso por tu casa y de una vez te dejo el contrato de arrendamiento del local en Miami.

Antes de despedirse, Honorio Callejas le dijo que no colgara porque Rosario quería hablar con Cecilia. Rosario esperaba que la otra mujer le hiciera algún comentario de Gregorio Camero, pero la conversación transcurrió sin que el hombre fuera mencionado. Al cabo, Rosario le preguntó si sabía algo de su cuñado, y como Cecilia no estaba enterada le contó lo que había oído. Cecilia se comunicó inmediatamente con la tía Mercedes y quiso saber toda la verdad.

—No me oculte nada, tía —le pidió.

—Nada, hija —contestó ella como si quisiera ocultarlo, y le

relató de nuevo la historia. Cecilia le reclamó que no la hubiera llamado a ella primero y le preguntó cómo lo había sabido.

—Ay, hija —suspiró la tía Mercedes—, desgraciadamente esas cosas siempre se saben.

—Es el colmo —dijo Cecilia—. ¿Es que no le bastó con irrespetar a mi hermana cuando estaba viva?

—Me perdonas que te lo diga, pero la culpa fue de tu padre por haberla dejado casarse con él.

—Hay que hacer algo, tía.

—Por ahora cuéntaselo a Nomar —aconsejó la tía Mercedes—. Ya veremos qué hacer.

Regresó al comedor contagiada de la reacción de su sobrina.

—Pobre Cecilia —dijo—. Está furiosa.

—Pobres los niños —dijo Victoria. Julia asintió en silencio y Ángel esperó un momento.

—Yo conozco a Gregorio —dijo tímidamente— y no creo que eso sea cierto.

—¿Quieres más pruebas para convencerte? —dijo Mercedes—. Lo que pasa es que ustedes los hombres se defienden unos a otros.

Ángel Callejas no replicó. No quería deteriorar las buenas relaciones que había venido cultivando con su hermana Mercedes. Durante los últimos días no faltó a almorzar ni a comer una sola vez, permaneció en la casa el mayor tiempo posible y una tarde acompañó a Mercedes y a Victoria a hacer una visita. Ya tenía todo preparado y no podía permitir que sus planes se estropearan el día que había escogido para llevarlos a cabo. Terminó de almorzar evitando cualquier intervención en la charla de sus hermanas, si no era para corroborar una afirmación de Mercedes, y en silencio compartió con ellas los minutos siguientes mientras se fumaban un cigarrillo. Esperó a que Mercedes se levantara para dar así por finalizado el almuerzo, elogió el arreglo de unos floreros y la limpieza de los pisos, y con una seriedad que se salía de los límites de su propio tono, le dijo que regresaría enseguida porque necesitaba comunicarle algo muy importante. En la puerta del Ministerio tuvo que esperar unos minutos a Gregorio Camero. Él se detuvo indeciso.

—No podemos hablar ahora, a no ser que quieras que me echen antes de tiempo.

—Sólo quiero recomendarte algo —dijo el tío Ángel sacando un papel que vibró en el pulso alterado—. Tenemos que decidirnos por alguno de estos tres locales. Muchos de los otros ya los arrendaron y quizá existan algunos nuevos, pero éstos se ajustan a lo que necesitamos.

Gregorio Camero recibió el papel y esperó la recomendación.

—Cuando salgas esta tarde resuelve tú el que debemos tomar —dijo el tío Ángel. Gregorio Camero se asombró de que le soltara tal responsabilidad. Pero la aceptó sin miedo.

—¿Y tú no vas a acompañarme? —preguntó.

—Tú sabes perfectamente el que debes escoger —respondió el tío Ángel, y dejó una pausa—. Ojalá puedas ir por Hortensia a las siete, aunque no alcances a visitar los locales.

—Claro que alcanzo —dijo Gregorio Camero, sin entender el súbito interés del tío Ángel porque él pasara a recoger a su hija. Y mientras se despedían vio que el otro se inquietaba más. El tío Ángel estuvo a punto de hablarle a Gregorio Camero, se arrepintió y dio media vuelta para marcharse, se detuvo decidido y volvió a arrepentirse en el momento en que ya no pudo evitar la reacción. Entonces le contó que esa tarde iba con Rosa adonde Mercedes. Hubiera preferido continuar llevando las cosas sin que nadie las supiera, pero luego estaba más tranquilo y al llegar al apartamento sus nervios se encontraban aplacados en el respaldo que le diera Gregorio Camero. Esperó a que Rosa terminara de arreglarse, y como si quisiera persuadir por anticipado a Mercedes (aunque sin tener absoluta lucidez de que lo hacía, como tampoco de que sus nervios se comportaban de nuevo a su antojo), se repetía lo que iba a decirle para convencerla de que en esta ocasión el niño iba a ser su sobrino legítimo. Rosa salió del cuarto cargando al niño y los tres abandonaron el apartamento. Ángel Callejas no sintió temor de que lo sorprendieran al lado de la mujer y del niño, y por primera vez no tomó taxi cuando estaba en la calle con ellos. Rosa había permanecido en silencio todo el tiempo, con una calma que hacía resaltar los movimientos de Ángel Callejas. No le permitió cargar al niño a pesar de que en el bus debió hacer parte del trayecto de pie, y desdeñó la actitud del hombre que parecía manifestar la importancia de que ella viera a sus hermanas. Y mientras recorrían las cuadras que los separaban del paradero del bus a la casa se

sintió ofendida, al tiempo que los nervios de Ángel Callejas no resistían la proximidad del encuentro y lo obligaban a adelantarse a sus pasos y a caminar a uno y otro lado de ella. Entonces la mujer se detuvo.

—Si no quieres no vamos —dijo—, a mí no me importa. Pero si vamos a ir es mejor que no le des tanta importancia, estás que no puedes ni hablar por algo que no vale la pena. Esto es idea tuya y yo te sigo la corriente, pero ten la seguridad de que no me importa.

Ángel Callejas oyó la voz como algo que no estaba dentro de sus cálculos. Se quedó en silencio y tomando a Rosa de un brazo continuó su camino. Ahora se sentía sin valor y tenía la certeza de que si la mujer hubiera hablado antes de salir del apartamento la visita no se hubiera llevado a cabo. Si no se devolvió fue porque no encontró el modo de hacerlo, y sin embargo, ante la puerta, adquirió conciencia del momento que vivía y se llenó de coraje. Cuando entró tenía una sonrisa desubicada que no concordaba con su mirada, como si perteneciera a otra cara. Julia se encontraba en la sala y Victoria apareció al escuchar la cerradura de la puerta. Ángel condujo a Rosa hasta una silla. Julia, a esa distancia, alcanzó a distinguir el perfil de la mujer y al niño que parado en sus rodillas dirigía hacia todas partes una mirada de novedad. Rosa lo sentó en las piernas dejando que las de él colgaran a lo largo de las suyas. Victoria aguardó. Ángel le preguntó por Mercedes y fue a buscarla al segundo piso. Julia y Victoria observaron un momento a los dos extraños, a la mujer que sujetaba por la cintura al niño que les lanzaba sonidos de asombro. Victoria quiso preguntar algo pero la expresión de Rosa, sin ser desafiante, no aceptaba diálogos. Ángel y Mercedes llegaron a la sala. Mercedes miró a su hermano, examinó a la mujer y se ofendió con el brillo de igualdad que proyectaban sus ojos. Se volvió hacia Ángel y le preguntó quién le había encargado una muchacha del servicio y le advirtió que no creía que la recibieran en ninguna parte con ese niño. Seguramente Rosa no alcanzó a oír, pero Ángel Callejas no la miró y le pidió a Mercedes que regresaran al segundo piso. Rosa se mantuvo serena. A su lado, pese a la distancia, Julia sentía demasiado cerca a la mujer, y cada vez parecía tenerla más próxima y se turbó poco a poco hasta que lo único que quedó funcionando en ella debidamente fueron las agujas de tejer. Arriba, sentados los dos en la cama de Mercedes, Ángel

enteró a su hermana de la identidad de Rosa y del niño. Victoria estaba situada entre el cuadrado de la puerta como si cubriera la entrada al cuarto. Mercedes se sujetaba una mano con la otra y las apoyaba en el regazo.

—Cómo se te ocurre decir esas cosas —dijo, verdaderamente impresionada de que a Ángel se le ocurriera decirlas.

—Por eso vine con ellos —dijo él. Mercedes echó un poco para atrás la cabeza y le pidió que no repitiera la historia. Ángel Callejas no había previsto que le tocara convencerla de eso.

—Era lo que quería contarte —dijo—. Y también que voy a casarme.

—¿Tú? —Mercedes sonreía, ya con recelo—. ¿Y con esa mujer?

—Son mi mujer y mi hijo —repuso Ángel sin parpadear para que Mercedes le creyera.

—¿Pero le has visto la cara? Nadie puede creer ese cuento.

Ángel Callejas lo contó de nuevo y Mercedes se irritó.

—Esa mujer te dio algún bebedizo —dijo—. Un hijo tuyo no podría tener esa cara.

Ángel quiso replicar pero ocultó los ojos. Mercedes trató de calmarse y se le aproximó para pasarle un brazo por las espaldas.

—No te preocupes —le dijo—, yo no voy a permitir que esa mujer te engatuse con un niño que debe ser hijo de otro.

Ángel Callejas levantó un poco la cara.

—Quédate tranquilo —continuó Mercedes—, si es necesario le pedimos a Honorio que nos preste su abogado o llamamos a la policía. De alguna manera nos deshacemos de ellos, tú no tienes ninguna obligación.

Cuando Ángel alzó del todo la cabeza Mercedes no pudo saber si debía reforzar su ayuda o si era preciso retirar el brazo de la espalda. El hombre se fue incorporando poco a poco, y cuando estaba totalmente erguido medía dos metros. Duró así un rato, y Mercedes y Victoria lo vieron adquirir lentamente su tamaño normal. Entonces bajó a la sala. A Rosa le fue suficiente su presencia inmediata para saber con qué mirada debía recibirlo, y en la calle cargó con un brazo al niño y con la mano libre se apoyó en el hombre. Por un rato Mercedes no pudo reaccionar. Luego se levantó de un salto y bajó las escaleras. Victoria la siguió con esfuerzo. Mercedes abrió la puerta de la calle y contempló a su

hermano y a la mujer con el niño hasta perderlos de vista. Cuando se volvió estaba sofocada. Fue de un lado a otro sin saber dónde detenerse, mirando a sus hermanas para que le dieran una solución. Julia no entendía lo que sucedía y se ocupó con más atención de su tejido para evitar los ojos de Mercedes. Ella logró quedarse quieta un momento.

—¡Hay que llamar a Honorio! —dijo y subió de nuevo al segundo piso. Victoria pudo seguirla hasta la mitad de las escaleras. Mercedes hizo rodar el disco una y otra vez y por fin consiguió los teléfonos desocupados. En el almacén principal le contestaron que Honorio Callejas acababa de salir. Mercedes le pidió a la persona del otro lado que fuera a alcanzarlo.

—Es de parte de la hermana —dijo—, dígale que es muy urgente.

La empleada se dejó convencer por el anhelo de la voz y corrió a la puerta a buscar a Honorio Callejas, pero cuando llegó no vio el automóvil. Parado en una esquina, Amador Callejas lo había visto alejarse. No debió esperar mucho desde que empezó a sitiar el almacén hasta el momento en que salió su hermano. Media hora antes estaba en la plaza de comercio de San Victorino dando vueltas por entre los toldos de fritanga, los puestos de revistas, las casetas de ruanas y zapatos, las vitrinas de lentes oscuros y llaveros de cobre, los vendedores de ungüento chino y radios de contrabando. Luego de algunas averiguaciones encontró a un vendedor de cuchillas de afeitar que podía facilitarle un cheque. El hombre le preguntó de qué banco lo quería.

—Del más barato —contestó Amador Callejas. El vendedor de cuchillas le dijo que por el momento no había de esos.

—Son los que más se venden —agregó y le ofreció uno del banco de Bogotá que valía tres pesos pero que lo recibían en cualquier parte. Amador Callejas aceptó y el vendedor de cuchillas le indicó que lo esperara en el mismo sitio. Cuando regresó, Amador se inclinó y simulando examinar las cuchillas de afeitar acercó subrepticiamente los billetes a su mano y recibió el cheque que se escurría hacia sus dedos. Se alejó del lugar y buscó en qué apoyarse para poder llenar el cheque, lo firmó con la otra mano y le trazó dos líneas. Después de que Honorio Callejas desapareció, Amador entró en el almacén y preguntó por él, y a la respuesta negativa se

asombró.

—Tengo una cita con mi hermano a esta hora —dijo haciendo saber que no le gustaba su ausencia—. Me aseguró que nos encontraríamos aquí.

—Seguramente regresa enseguida —dijo la empleada detrás de la caja registradora.

—No puedo esperar. Tengo urgencia de cambiar este cheque —repuso Amador colocándolo al lado de la empleada—. Está cruzado. Él sabía eso desde esta mañana.

La empleada llamó a una compañera y le explicó el caso para que fuera con el cheque al escritorio del administrador. Luego se acercó el hombre con el cheque en la mano y quiso saber lo que ocurría.

—El señor es hermano del señor Callejas —respondió la empleada—. Viene a que el señor Callejas le cambie el cheque.

—¿Usted lo conoce? —le preguntó el hombre a la empleada. Amador hizo un gesto para que los otros se enteraran de la inutilidad de la pregunta.

—Esta mañana estuvo aquí con el señor Callejas —dijo la empleada.

—Entonces cámbiele el cheque —dijo el administrador poniéndole al respaldo la firma y el sello que autorizaba el canje. Amador recibió el dinero moderando su disgusto. Más tarde Honorio Callejas regresó al almacén. En la oficina sacó del maletín el contrato del negocio con Nomar Mahid. Ya Nomar lo había leído y Honorio Callejas se encargó de hacer autenticar en una notaría el documento original y la copia. Guardó con los demás papeles la copia, y al original le adjuntó la cédula de Nomar Mahid para que un mensajero se los llevara a su oficina. Una empleada entró con la lista de las personas que lo habían llamado por teléfono y con otra de las que habían venido a buscarlo, y le dijo que su hermana Mercedes lo había llamado varias veces.

—Dice que es urgente —advirtió la empleada—. Si quiere lo comunico con ella.

Honorio Callejas negó sin quitar los ojos del papel. La empleada esperó a que se enterara de su contenido.

—Tampoco anoté ahí que vino a buscarlo su hermano —dijo entonces. Honorio Callejas alzó la cara.

—¿Cuál hermano?

—El que vino esta mañana.

Honorio Callejas se enderezó en la silla.

—¿Qué quería?

—Que le cambiara el cheque.

Honorio Callejas se levantó.

—¿El cheque? —y salió apresurado de la oficina y fue a la caja registradora. La encargada sacó el cheque y se lo entregó. Honorio Callejas lo golpeó con la otra mano.

—Y usted se lo cambió sin mi autorización —dijo. La empleada sabía que la responsabilidad no recaía sobre ella.

—Él dijo que habían hablado de eso esta mañana —repuso—. Y además el cheque tiene el sello que autoriza el cambio.

—Conque eso era lo que buscaba —murmuró Honorio Callejas —. ¡Grandísimo hijueputa! —se guardó el cheque en el bolsillo y salió a la calle—. Le voy a echar a toda la policía encima —se dirigía al automóvil cuando sintió que lo detenían de un brazo y que pronunciaban su nombre. Se volvió. Tuvo tiempo de ver la cara de un hombre de bigote y gafas oscuras, con un sombrero calzado hasta las cejas, pero no vio el revólver que apuntaba al lado izquierdo de su pecho.

Alrededor de Rosario y de Mercedes se apretujaban los parientes que habían logrado entrar a la sala de espera, mientras los demás se alineaban a lo largo del corredor formando dos filas en cada pared. Los médicos y las enfermeras transitaban con dificultad y encontraban obstaculizada la entrada a los cuartos que los parientes dejaban libres, agrupándose a los lados de las puertas cuando debían despejar el campo. Era la cuarta intervención quirúrgica que se le efectuaba a Honorio Callejas. Las operaciones se habían llevado a cabo en la cabeza del paciente, a causa de una contusión que sufriera en la caída. El disparo del revólver, y el asombro del ruido, empujaron con violencia el cuerpo hacia atrás, y el cráneo se fue libremente contra el pavimento. La bala no había conseguido más que perforar el pulmón y quebrar una costilla, ya que Honorario Callejas tenía el corazón a la derecha.

—Esas son las cosas que me hacen dudar de la existencia de Dios —susurró Amador callejas. A su lado Ángel no contestó. Ya antes Amador había ensayado crear una complicidad entre los dos pero Ángel había rechazado todos los intentos, y su hermano terminó por decirle—: Lo mío fue hace veinticinco años, cuando estaba joven, pero lo tuyo, no hay derecho, estás convirtiéndote en un viejo verde —y dijo algo más a pesar de que Ángel continuaba en silencio, recostado en la pared del corredor como cualquier otro pariente. Después del atentado a Honorio Callejas estuvo en la clínica dos días al lado de sus hermanas, sin alejarse de allí una sola hora, y al cabo regresó con ellas a la casa por recomendación del médico que las mandó descansar y que les comunicó que debía efectuarse una tercera operación. En la mañana del día siguiente, cuando salían muy temprano para la clínica, Ángel les dijo a sus hermanas que más tarde se reuniría con ellas. Entonces se terminó la armonía que había venido con la tragedia repentina. Mercedes acertó en su sospecha.

—No me digas que vas adonde esa mujer.

Ángel Callejas no necesitó responder. Mercedes le exigió que le dijera que no era cierto.

—No me pidas eso —contestó él con un esfuerzo que sobrepasaba la capacidad de su carácter, pero que también iba más allá de cualquier tono conciliador—. Ya lo tengo resuelto.

—No puedes cometer una estupidez de esa naturaleza, y menos ahora que nuestro hermano nos necesita.

Ángel Callejas volvió a guardar silencio y Mercedes quiso insistir. Observó otro rato al hombre, plantado sobre sus propios pies, y lo único que pudo hacer fue alejarse de él dándole la espalda. Ángel esperó a que se detuviera y luego dijo que se marchaba. Mercedes tuvo intención de pedirles ayuda a Victoria y a Julia, pero enseguida ellas dos y Ángel le vieron repetir la postura de veinticinco años atrás (como una estatua que ni siquiera ha cambiado de lugar, que ha soportado el sol y la lluvia sin cubrirse de moho), no más vieja ahora porque conserva la misma energía, con un brazo extendido, más llena de desconsuelo, de pena y de sorpresa, pero igualmente tenaz. Le dijo a su hermano que si no salía con ellas para la clínica no volvería a entrar a la casa. Ángel Callejas no tuvo que comportarse con agresividad para irse decidido. Mercedes no podía creerlo. No necesitó de los segundos de silencio que siguieron al ruido de la puerta para convencerse de la realidad, pero los utilizó en bajar lentamente el brazo y en mirar a sus hermanas. Ellas esperaron sin corresponder a la mirada, preparándose para la reacción. Sin embargo Mercedes se contuvo y durante un rato ordenó los acontecimientos en su cabeza como si hiciera cálculos.

—No nos queda más que un hermano —murmuró—. No nos queda sino Honorio, Dios mío, date cuenta de eso.

En la calle, Ángel Callejas sintió el sol suave de las siete de la mañana. Caminó unas cuadras librándose del suspenso de los últimos días que le tenía los nervios y el estómago estropeados. La mañana le parecía luminosa y el hombre sonrió como un íntimo reconocimiento por haber sido capaz de realizar un esfuerzo mayor. Dejó pasar una hora y luego fue a la casa con una camioneta de trasteos, se ocupó hasta el mediodía en instalarse en el apartamento, y por la tarde se dirigió a la clínica. La operación resultó un éxito pero el médico anunció que era necesaria una más.

Esa noche, por primera vez, Ángel Callejas no durmió en la casa de sus hermanas, y al día siguiente (de nuevo con los nervios descompuestos por la falta de sueño) —luego del trasteo de la mañana anterior permaneció de pie toda la tarde en la clínica y después trató de organizar un poco el apartamento, de modo que al acostarse su cuerpo estaba tan magullado (además de la alteración ocasionada por el cambio de vivienda) que no pudo dormir sino a intervalos y en total no más de dos horas— y por el sobresalto de despertar en un lugar que no correspondía con la hora en que lo hacía siempre y del cual tomó conciencia sólo unos instantes después en los que alcanzó a pensar en lo que le diría a Mercedes) fue a pararse contra la pared del corredor de la clínica como un pariente más de la familia.

—Esto se pone monótono —dijo Amador. Llevaban esperando desde las seis de la mañana y sólo seis horas después sacaron a Honorio Callejas de la sala de cirugía. Al fondo del corredor apareció la camilla de ruedas impulsada por una enfermera. De las cuatro filas de parientes se levantó un rumor y luego todos contuvieron el aliento. Al lado de la camilla marchaba otra enfermera sosteniendo un frasco de suero que se comunicaba con el brazo del paciente. El médico debía caminar detrás de las enfermeras porque no encontró espacio para ir al lado de Honorio Callejas. A medida que la camilla avanzaba, los parientes formaban en el sitio que quedaba libre un tumulto y un murmullo que se unía con el que venía de más atrás. Al terminar el recorrido el médico se adelantó, abrió la puerta del cuarto y cuando la camilla entró no permitió que nadie la siguiera. Rosario se recostó en el marco de la puerta y Mercedes la ayudo a mantenerse firme. Después de media hora apareció el médico que cerró rápidamente tras él sin ceder a las súplicas de Rosario y de Mercedes para que las dejara entrar. El hombre le dijo a Rosario que necesitaba hablarle a solas, y los parientes que estaban cerca dejaron de respirar. El médico tomó a Rosario del brazo y seguidos por Mercedes los dos atravesaron el corredor y llegaron a un vestíbulo. El médico hizo sentar a las dos mujeres y él se acomodó al lado de ellas. Por la esquina de una pared aparecieron varios ojos. El médico dijo que no había necesidad de más operaciones y que se atrevía a asegurar que el paciente estaba fuera de peligro. Rosario sollozó para agradecerle y

Mercedes le besó las manos.

—Pero la recuperación va a ser lenta —continuó el médico, con acento muy suave—. Inclusive puede transcurrir un mes sin que recobre el conocimiento, lo que es mejor porque se encuentra en reposo total. Después debe dejar a un lado cualquier clase de actividad por un buen tiempo —hizo una pausa y prosiguió—: Dadas las circunstancias, yo le aconsejo que busque una persona de mucha confianza para que en tanto se haga cargo de los negocios de su esposo. Por unos seis meses, quizá —dejó una nueva pausa—. Otra cosa: la policía me dijo que quería hablar con usted nuevamente.

Mercedes protestó a favor de la tranquilidad de Rosario. El médico insistió en que no debía preocuparse.

—Además —continuó—, ha venido insistentemente aquel hombre que estuvo aquí la primera vez. Me dijo que de esa entrevista no había sacado nada claro, porque usted estaba muy ofuscada.

—Dígale que mañana hablo con él —accedió Rosario.

—Bien —sonrió el médico acariciándole la mano—. Como su esposo estará inconsciente no tiene objeto que usted entre a verlo. Pero si quiere puede hacerlo dentro de tres días. Antes no, porque voy a someterlo a un tratamiento intensivo y minucioso.

Rosario lo miró con un ligero temblor. El médico sonrió con delicadeza.

—No se trata de otra intervención quirúrgica —aclaró—. Es sólo una terapéutica indispensable.

Mercedes observó a Rosario para imitar su reacción. El médico volvió a tomarle la mano.

—Ya todo está bien. Ni siquiera es necesario que su hija venga de los Estados Unidos. Lo mejor que puede hacer por su esposo es tranquilizarse y buscar quien le maneje los negocios.

Mercedes sugirió el nombre de Nomar Mahid cuando ya Rosario había pensado en él. El médico se encargó de comunicarle la decisión al hombre. Nomar Mahid la confirmó con Rosario y se dirigió inmediatamente para su casa. Se puso en contacto con el abogado y el contador de Honorio Callejas, con quienes acordó una cita para empezar a trabajar esa misma tarde. Se disponía a salir al encuentro de ellos cuando recibió una llamada telefónica de

Solimán. Su tío estaba deslumbrado con la notoriedad del tío de Cecilia en los círculos de comerciantes e industriales.

—Desde que lo hirieron han aparecido algunas noticias en la prensa —le dijo a Nomar—. Muy pequeñas, pero salen. Lo que se ve muy confuso son las investigaciones de la policía.

—Todavía no tienen nada en claro —dijo Nomar—. Ni siquiera han podido hablar con Cecilia.

—En el periódico hablan de varias pistas, pero no dicen cuáles.

—Me imagino que la policía se reserva el resultado de sus investigaciones.

—Ojalá esto no tenga nada que ver con la invasión a los Estados Unidos.

Nomar Mahid guardó silencio y Solimán esperó un rato.

—No lo tomes a mal —dijo entonces—. Al contrario, te felicito, ese tío de tu esposa merece recuperase. Pero las últimas noticias que tengo no son muy buenas.

—Esta mañana le hicieron la última operación —dijo Nomar Mahid—, y ya está fuera de todo peligro.

Después de la conversación con su tío salió de la casa. El chofer lo dejó en el lugar de la cita y regresó con las instrucciones de recoger a Cecilia para llevarla a la clínica. La mujer se fijó en que todo estuviera en orden, enderezó un florero de encima de la chimenea y llamó a Alicia para que se alistara. Desde su cuarto la muchacha le contestó que no iba a acompañarla a la clínica. Cecilia fue hasta donde ella.

—Tienes que ir a ver a tu tío —le dijo.

—De todas maneras no podrá verme —replicó Alicia.

—Pero va a verte Rosario.

Alicia se obstinó hasta que su madre se dio cuenta de que estaba irritada. La muchacha se tendió en la cama y permaneció inmóvil un largo rato. Al frente se encontraban los discos y a un lado las revistas que evitaba ver y que al mismo tiempo buscaba con la mirada. Se sentó y pensó en llamar a sus amigos pero se arrepintió antes de incorporarse. Ya lo había ensayado sin obtener ningún resultado. Caminó por el cuarto y fue a pararse ante la ventana, sin ver lo que ocurría en la calle. Imaginó el vacío del día mientras llegaban las siete de la noche, y a partir de ese momento el ansia porque sonara el teléfono y porque la voz de Hortensia preguntara

por ella. Sería fácil dejar acabarse otras horas inútiles si supiera que todo se acabaría con la tarde. Pero Hortensia no la llamaría a las siete. Las veces que lo había hecho Alicia le contestó que no podían verse, y el domingo, luego de esperar en vano que Hortensia apareciera o la llamara por teléfono, Alicia fue a su casa y le dijeron que había salido con unos amigos. Desde la ventana el movimiento de la calle transcurría sin que Alicia lo viera. Se movió por el cuarto con la precisión de un sonámbulo y se dejó caer a lo ancho de la cama. Los minutos se iban con una calma exasperante y Alicia no tenía la ilusión de que al final ocurriera algo. Luego se presentaría la noche y después del sueño azaroso llegaría otro despertar en el que tendría que tragarse el momento más agónico de un nuevo día, que no significaría más que la prolongación del vacío. Regresó al lado de la ventana y pensó en Hortensia con un odio intenso, y se apartó súbitamente y salió a la calle. Hortensia la vio aparecer en la puerta del almacén, y el papel con que envolvía un par de medias crujió bajo el repentino estremecimiento de sus manos. Alicia se detuvo un momento y las dos muchachas intercambiaron una mirada. Hortensia logró concluir su trabajo y decirle algo amable al cliente. Alicia se aproximó al mostrador sin corresponder del todo a la leve sonrisa de Hortensia. Ella tenía la cara esquiva, pero tampoco Alicia se mostraba más segura de sí misma. Al saludarse las dos muchachas se miraron sin verse directo a los ojos, y mientras Hortensia se desplazaba para separarse de la compañera del colegio que ya no la vigilaba con tanta atención, Alicia esperó como si deseara que fuera su prima la que le hiciera la pregunta. Pero como era ella la que había ido a buscar a Hortensia, finalmente le dijo que con su comportamiento de los últimos días parecía que no quisiera volver a encontrarse con ella.

—Eres tú la que no quieres —replicó Hortensia. Alicia aguardo, en vano, que dijera cualquier otra cosa, sin importar el tono ni la intención, algo más que le recompensara en parte el acto de haber ido a buscarla al almacén. Hortensia se alejó otros centímetros de la compañera del colegio, pero fue todo lo que hizo. Alicia no se movió de su sitio.

—Pasé a verte el domingo pero es difícil encontrarte en tu casa —dijo. Hortensia le contestó que también a ella era difícil encontrarla. Las dos primas se hicieron otros reproches, mientras

desde la caja registradora la dueña del almacén empezaba a observarlas. Al principio las había visto sin interesarle más que el resultado del diálogo de Hortensia con su cliente, pero después se dio cuenta de que no era tal relación. Se encaminó hacia ellas y llegó en el momento en que Alicia le decía a su prima que no quería que trabajara más en el almacén. Y Hortensia, bajando la voz, le contestó que no quería irse de ahí. A Alicia no le interesó la presencia de la mujer.

—Este no es un lugar en el que tú debas estar —dijo. Hortensia guardó silencio. La dueña se dirigió a Alicia para averiguarle su identidad y le pidió que repitiera lo que había dicho. Alicia no respondió y la mujer miró a Hortensia.

—Yo también creo que este no es un lugar para usted —le dijo, y detuvo el ademán de Hortensia—. Sin una palabra. Ya he tenido muchos problemas con usted —levantó la barra para dejar libre el paso del mostrador y le dio unos leves empujones a Hortensia—. Vamos, de una vez. Si hacemos cuentas es usted la que me sale a deber a mí, con los diez pesos que le di a su tío y con lo que ha aprendido aquí, que es como una profesión.

Hortensia se resistía a abandonar el almacén. Alicia ya estaba afuera y la esperó hasta cuando fue a reunirse con ella. La dueña volvió a la caja registradora, y un minuto antes de las siete de la noche vio en la puerta al hombre con el abrigo en el brazo y el sombrero de alas anchas tratando de encontrar a su hija. Al no descubrirla, Gregorio Camero volvió al lado del tío Ángel.

—Debe de estar dentro —dijo—. Seguramente buscando una mercancía en el depósito.

Mientras esperaban, los dos hombres hablaron sobre el local que habían decidido tomar. Esa tarde habían estado en la agencia de arrendamientos averiguando las condiciones del alquiler y retirando el formulario de solicitud para efectuar el contrato. Con seguridad el local sería tomado, y si la operación no se efectuaba de inmediato era porque el tío Ángel debía hacer una nueva diligencia.

Doris arrumó los platos para llevarlos a la cocina y regresó con un pocillo de café. Gregorio Camero encendió un cigarrillo, Emilia y León salieron a jugar al patio y Hortensia se dirigió a su cuarto. Estaba lista para encontrarse con Alicia pero dejó pasar unos minutos más. Después de su retiro del almacén se habían visto todos los días, y Hortensia se sentía segura al lado de su prima. Pero cuando se separaban empezaba el temor de que el próximo encuentro fuera diferente. La noche que se alejaron del almacén, Hortensia enteró a su prima del propósito de que se hubiera empleado, y Alicia se conmovió y le secó los ojos aunque no se habían humedecido tanto como para eso. Hortensia correspondió a la reconciliación mientras Alicia le decía que lo único que debía hacer para que la quisiera más era verse con ella todos los días. Y a la tarde siguiente, durante el programa que Alicia le había preparado a su prima y que comprendía un almuerzo, un descanso sobre el césped del jardín interior de la casa, una sesión de música que superaba a las anteriores por la innovación de discos —así como había sido renovado el estante de las revistas y ampliada la variedad de bombones y caramelos—, una ida a cine, un refresco en una cafetería más lujosa que la italiana y un paseo nocturno, Hortensia oyó a su prima referirse al almacén sin medir su menosprecio, y en algún momento se sintió obligada a unirse a sus sarcasmos, y la oyó decir que no permitiría que una amiga suya trabajara en un sitio como esos. Entonces Hortensia se identificó con el almacén y reconoció lo que Alicia podría decir de ella en cualquier momento, y recobró la conciencia de su condición frente a su prima, y al separarse de ella venía la duda y no podía controlar un sentimiento de rabia. Hortensia salió de la casa en el momento en que en la sala Gregorio Camero encendía el tercer cigarrillo. El hombre esperaba a que fuera más tarde para ir al café Pasaje a terminar de pasar allí el día, pero sobre todo con la esperanza de encontrar allí al tío Ángel. Desde la sala oía a los niños jugar en el

patio, y escuchó los pasos de Doris ir y venir sin interrupción por el corredor de la entrada. Cada vez sentía el ruido de la puerta que se abría para cerrarse al cabo de unos segundos en que la mujer asomaba la mirada a lo largo de la cuadra. En una ocasión oyó los pasos de Doris seguidos por los de Emilia, y al regreso la voz de la niña que se quejaba porque la señora Raquel no llegaba aún a la casa. Gregorio Camero no entendió el nombre de la persona a quien esperaban, y sin ver a Doris ni a Emilia, pero cuando calculó que podían oírlo con facilidad, quiso saber de quién se trataba. Doris entró a la sala acompañada de la niña.

—De la señora Raquel —respondió. Gregorio Camero no recordaba ese nombre. Doris le dijo que era la modista de la esquina. Gregorio Camero sonrió.

—No creo que ella pueda hacer algo de lo que usted no sea capaz —dijo. Doris miró a Emilia.

—¿No le has contado a tu papá?

Emilia negó con la cabeza y Gregorio Camero le hizo una caricia y le preguntó por lo que debía contarle. La niña le dijo que la señora Raquel iba a enseñarle a hacer ojales y a remallar medias. Gregorio Camero miró a Doris y ella volvió a bajar los ojos hacia Emilia.

—¿No le has contado nada a tu papá?

Emilia negó de nuevo.

—Entonces cuéntale.

Emilia dijo que quería aprender a hacer ojales y a remallar medias para poder ir todos los días con León a ver televisión. Doris sonrió para celebrar la ocurrencia, Emilia también sonrió como si se tratara de una picardía, y Gregorio Camero se agarró a la silla y se lamentó por dentro “ay, carajo”, y pensó intensamente en el restaurante. Salió de la casa y fue al centro. En la mesa de los amigos del Pasaje no estaba el tío Ángel. Gregorio Camero se sentó con ellos y se dedicó a fumar sin descanso al tiempo que miraba a la puerta. Luego les preguntó a los amigos por Ángel Callejas. Uno de los hombres le contestó que como iba a casarse estaba en luna de miel.

—Callejitas siempre ha hecho las cosas al revés —agregó el hombre. Gregorio Camero esperó otro rato sin dejar de vigilar la puerta, creyendo ver al tío Ángel en cada hombre que entraba al

establecimiento. Cuando terminó el tercer pocillo de café resolvió ir a buscarlo al apartamento. Al llegar permaneció indeciso ante la puerta, escuchando los golpecitos de una puntilla al ser clavada. Dio unos toques suaves, y después debió tocar más fuerte. Le abrió el tío Ángel. Se encontraba en mangas de camisa y tenía un martillo en la mano. Cerca de una pared se veía un butaco, en el que segundos antes estaba parado colgando una cortina. El tío Ángel esperó un instante, y saludó a su socio con una sonrisa que hacía sospechar del resultado de la última diligencia. Luego contuvo un ademán para guiarlo del brazo hasta una silla. Gregorio Camero se instaló mientras el tío Ángel permaneció de pie.

—Como ves —dijo el tío Ángel—, estoy dedicado a los oficios caseros.

Gregorio Camero miró la cortina colocada sobre el sofá y las puntillas que iban a sostenerla. El tío Ángel le preguntó si quería un café.

—No falta sino calentarlo —dijo y entró a la cocina antes de que el otro hubiera aceptado. Gregorio Camero oyó el ruido de los trastos de aluminio y de loza. Ya se había convencido del carácter de la noticia. Preguntó por Rosa y el niño. El tío Ángel no se dejó ver. Le contó que estaban en otro apartamento con unas amigas. Después vino con el pocillo de café, y los dos hombres se quedaron en silencio mientras Gregorio Camero le mezclaba el azúcar a la bebida. El tío Ángel lo observó hasta cuando levantó la cara.

—He estado estos días arreglando el apartamento —dijo y miró en rededor—. No he avanzado mucho porque voy todas las tardes a la clínica.

Los dos hombres hablaron de la salud de Honorio Callejas, pero era evidente que Gregorio Camero no se interesaba mucho por ella porque había algo que lo inquietaba de verdad. Dejó el pocillo, encendió un cigarrillo y le preguntó al tío Ángel por el restaurante. El tío Ángel se mantuvo en silencio, apoyó las manos en las rodillas para levantarse con un movimiento que no cuadraba con su cuerpo ligero y fue a asomarse a la ventana. A su propia zozobra se sumó la de Gregorio Camero que le llegaba como algo físico a sus espaldas.

—Las cosas pueden demorarse un poco más —dijo volviéndose lentamente, pronunciando la última palabra al tiempo que se ponía de cara a Gregorio Camero y al tiempo también que los dedos del

otro se crispaban contra el cigarrillo. El tío Ángel tenía que enfrentarlo de una vez—. En todas las empresas se presentan problemas, pero eso no quiere decir que nosotros no sigamos adelante.

Gregorio Camero captó la falsedad del optimismo.

—Tú nunca has tenido ese dinero —dijo con calma porque aún guardaba una esperanza—. Me has estado tomando el pelo, o como dicen por ahí, me has estado mamando gallo.

El tío Ángel reviró con una actitud dignificante.

—Es cierto que no tengo el dinero pero en ningún momento te he engañado —dijo—. Voy a conseguirlo, ya casi lo tenía en las manos.

Gregorio Camero no terminaba de convencerse.

—Por lo menos dime de dónde ibas a sacarlo.

El tío Ángel volvió a la silla mientras le contaba que se trataba de un préstamo.

—Ya iban a dármelo pero no llené todos los requisitos. Se necesitan dos fiadores muy ricos y les pareció muy baja la pensión mensual que recibo —le hizo falta un suspiro para concluir la explicación—. Estoy buscando quién haga el préstamo por mí, eso es lo que ha demorado las cosas.

—Las puede demorar mucho —dijo Gregorio Camero.

—Sí, pero no para siempre —repuso el tío Ángel sin que el brazo le respondiera para ser enérgico.

—Pueden demorarse tanto que quizá no lleguen a realizarse —continuó Gregorio Camero. El tío Ángel inició una protesta que se quedó en suspenso. Gregorio Camero interrumpió la pausa—. Dilo de una vez. Ya no podemos poner el restaurante.

El tío Ángel se deslizó en la silla.

—Esa es la verdad —dijo con la cabeza inclinada y evitó presenciar el momento más miserable en la vida de un hombre. Cuando levantó la cara vio que la de Gregorio Camero se había transformado. Le puso una mano en la rodilla y se sintió capaz de mirarlo a los ojos—. No es culpa mía, yo hice todo lo posible. Para mí es más duro que para ti, sufrí la misma desilusión que tú y aparte de eso no sé cómo pedirte excusas. Por eso no te había dado la cara.

Gregorio Camero dejó pasar un buen silencio. Vio al tío Ángel

recostarse en el espaldar y eludir de nuevo sus ojos, y lo vio soportar su mirada y sintió los deseos del otro por desaparecer. Pero no se contuvo.

—Eres un idiota —le dijo con mucha tranquilidad, y respiró profundo—. Y yo soy más idiota que tú. Eso somos. Tenemos que estar diciéndonos mentiras para mantenernos de pie.

El tío Ángel no alzó los ojos. Oyó las palabras pausadas que se compadecían de ambos y luego vino otro silencio antes de que Gregorio Camero se levantara.

—Tú no tienes la culpa de nada —dijo—. Por lo menos no eres más culpable que yo. Eso nos pasa por ponernos a pensar pendejadas —se quedó parado con las manos entre los bolsillos del abrigo—. De lo que sí tenemos la culpa es de que necesitamos llegar a viejos para comprender que en este país se necesita mucha honestidad para sobrevivir sin matar a nadie.

El tío Ángel debió echar hacia atrás la cabeza para mirar la cara de Gregorio Camero. La vio muy alta, con las facciones originales recobradas bajo el sombrero de alas anchas, y le pareció que sonreía.

—No vale la pena que por esta tontería dejes de colgar la cortina.

Pero cuando Gregorio Camero abandonó el apartamento, Ángel Callejas no pudo seguir trabajando. Dobló la cortina, y junto con las puntillas y el martillo la guardó en el cuarto. Tenía previsto hacer algunos arreglos antes de salir a la clínica, asegurar la baranda de la cuna del niño, clavar una pata de la mesa de la cocina, templar un resorte del sofá y cambiar la resistencia del reverbero. Subió al otro apartamento a avisarle a Rosa que iba a visitar a su hermano. Cuando llegó a la clínica creyó que se había equivocado de piso. El corredor estaba desierto y Ángel Callejas debió mirar un número para comprobar que se hallaba en el lugar correcto. El corredor parecía más largo que antes y menos acogedor, y al fondo se distinguía una figurita sobre una silla. Ángel Callejas se apresuró hacia ella. Rosario se encontraba con el cuerpo inclinado a un lado, la cabeza descolgada, las manos abandonadas en el regazo y tenía el color de un maniquí envejecido. Ángel Callejas le habló, pero ella continuó inmóvil, sin parpadear. Él quiso ponerle una mano en el hombro como se despierta a una persona para no asustarla pero

temió que el peso la hiciera perder el equilibrio y se quebrara contra el suelo. Se dirigió al cuarto de Honorio y leyó en la puerta el letrero que prohibía las visitas. Trató de entrar pero se lo impidió el seguro de la cerradura. En la recepción del piso averiguó por el médico que atendía a su hermano y siguió las instrucciones de la enfermera. El médico visitaba a algunos pacientes y antes de encontrarlo Ángel Callejas alcanzó a invocar a Dios. El médico dedujo por el rostro del otro que iba a escuchar una mala noticia. Ángel Callejas preguntó por su hermano y el médico esperó unos instantes que aceleraron su corazón.

—Está bien —dijo examinando la expresión que se alteraba a cada momento—. En estos casos la recuperación es lenta, pero hasta ahora ha reaccionado perfectamente.

Ángel Callejas trató de descubrir la mentira en el médico y lo interrogó sobre sus hermanos y sobre los demás pacientes. El otro lo único que sabía era que ese día no había ido nadie.

—Es raro —dijo—, es un paciente al que se le prohíben las visitas y es más visitado que los otros. Pero aparte de la esposa, hoy ha estado totalmente solo.

Ángel Callejas volvió al lado de Rosario, pero debió salir de la clínica sin resolver la confusión. No se atrevió a ir a la casa de sus hermanas y decidió dirigirse a la de Nomar Mahid. La muchacha del servicio lo miró con desconfianza cuando él preguntó por su patrón, y cerró sin hacerlo seguir. Luego Nomar Mahid le indicó que pasara adelante. Desde la sala le llegaron a Ángel Callejas varias voces entreveradas en un alboroto de dos idiomas que él no podía descifrar.

—Están algunos familiares aquí —explicó Nomar Mahid—, pero si quieres puedes seguir a la sala y te los presento.

Ángel Callejas no se movió del vestíbulo de la entrada y repuso que sólo venía a averiguar lo que sucedía. Nomar Mahid esperó una aclaración.

—No hay nadie en la clínica —dijo Ángel Callejas—. Creí que Honorio se había muerto.

Nomar Mahid le preguntó si no sabía nada de lo sucedido y Ángel Callejas pensó que el médico lo había engañado.

—El médico me dijo que estaba recuperándose —dijo. Nomar Mahid esperó un momento. Eso no era suficiente.

—Se ve que no sabes nada —dijo entonces, y llevó a Ángel Callejas al cuarto de estudio. Se sentó detrás del escritorio e hizo que el otro se acomodara frente a él—. En fin —suspiró como si no fuera a comenzar el cuento sino como si ya lo hubiera terminado. Ángel Callejas lo vio echarse hacia delante y apoyar los brazos en el escritorio—. Tú sabes que me responsabilicé de manejar los negocios de Honorio mientras él se recuperaba —dejó una pausa y con voz lenta dijo que con el contador y el abogado de Honorio Callejas se había dedicado ante todo a hacer un balance de sus asuntos—. Sacamos todos sus papeles, con un trabajo enorme los pusimos en orden, hicimos la relación de las deudas, y cuando íbamos a hacer la relación de los haberes no encontramos nada —dejó otra pausa para que Ángel Callejas iniciara su nueva reacción, y le contó que en los almacenes no tenía gran cosa, que toda la mercancía estaba respaldada por letras que no pagaba al día y que los demás negocios ya no existían—. No puedo contarte todo con detalles porque sería largo, pero basta con decirte que lo único propio son la casa y el carro. En una palabra, Honorio no tiene un centavo —esperó a que los colores terminaran de desaparecer de la cara de Ángel Callejas, y aunque supo que el otro no resistiría más pormenores sacó unos papeles del escritorio—. ¿Ves esto? Es un contrato de arrendamiento de un local en Miami. Por la mañana hice una llamada telefónica a larga distancia y supe que el local no existe, el contrato es falso —Nomar Mahid se dio cuenta de que Ángel Callejas tenía la mirada hacia donde escuchaba la voz pero que no veía nada. Se quedó en silencio y le dio algo de beber mientras lo dejaba descansar un rato. Después lo acompañó hasta la puerta y antes de que se marchara le dijo que su hermana Mercedes estaba enferma—. Anoche me llamó el contador para informarme que había tenido un altercado con ella, pero yo no sé bien lo que sucedió.

Ángel Callejas estuvo vagando sin rumbo hasta cuando sintió que ya no podía estar más tiempo solo, entonces se encaminó a la casa de sus hermanas. Victoria y Julia estaban escondidas en sus cuartos y un médico y una enfermera acompañaban a Mercedes. Ella se encontraba tendida en la cama con los brazos a lo largo del cuerpo y los ojos abiertos. El médico se dirigió a la puerta para impedir que Ángel Callejas entrara. Él se sintió ofendido.

—Soy su hermano —dijo.

—No importa, es mejor no perturbarla —el médico no se movió del hueco de la puerta—. Aunque es difícil que algo la perturbe en este momento.

Ángel Callejas avanzó un paso, conteniéndose para no seguir adelante, y sin poder apaciguarse le preguntó al médico por lo que había sucedido.

—Su hermana sufrió una conmoción —respondió el médico—. Fue muy fuerte y es imposible saber cuánto tiempo permanecerá en ese estado. Puede reaccionar en cualquier momento, y en ocasiones las reacciones se presentan con violencia. Para decirle la verdad, casi siempre se presentan de ese modo.

Ángel Callejas dio otro paso y le pidió al médico que la llevaran a una clínica. El médico lo tomó de un brazo.

—Daría lo mismo —respondió—. No se trata de atención médica sino de dejar que pase el tiempo.

—Pero cuánto tiempo —protestó Ángel Callejas.

—Ya le dije, quizá un día, o un año.

—Se le puede aplicar un electrochoque.

—En ese caso tendrían que buscar otro médico. Yo prefiero convencerla de que el mundo existe.

Ángel Callejas se retiró hacia el cuarto de Julia. La llamó varias veces sin que nadie le respondiera y en la calma de adentro creyó oír el ruido de las agujas de tejer. Pasó donde Victoria y ahí el silencio era absoluto. Entonces bajó al primer piso y le pidió a María que le contara lo sucedido, pero ella sabía tan sólo que no podía dejar entrar a las visitas a la casa y vio tan perturbado al hombre que le ofreció un vaso de agua. Cuando se había calmado un poco, Ángel Callejas regresó al segundo piso y fue a su cuarto, y encontró la puerta clausurada con un candado como el que impedía la entrada al cuarto de Amador. Se asomó de nuevo al de Mercedes y obedeciendo la orden del médico la contempló sin aproximarse a ella, y supuso que su conmoción se debía a las noticias que había tenido sobre Honorio y sospechó que Victoria y Julia habían pasado por un golpe similar. Pero después supo que la noche anterior había estado en la casa el contador de su hermano. Mercedes lo mandó llamar porque no creía lo que dijera Nomar Mahid de los negocios de Honorio. El contador corroboró la información, y como Mercedes

Callejas se empeñaba en negarla sin más pruebas que su palabra, el hombre sacó de un maletín algunos papeles con los resultados de la investigación. Mercedes no se detuvo a examinarlos.

—Esos papeles son falsos —dijo e hizo caer algunos de las manos del contador.

—Yo no voy a discutir eso —dijo él guardando los papeles—. Cada uno es libre de pensar lo que quiera.

Antes de que el hombre cerrara el maletín Mercedes le pidió que le devolviera las acciones. Él las sacó y las puso sobre la mesa.

—Si quiere la informo de las diligencias que alcancé a hacer —dijo.

—Naturalmente —dijo Mercedes—, dejemos las cuentas como deben ser, y de paso me dice cuánto le debo.

El contador alistó papel y lápiz para dejar las cuentas claras.

—En lo que va corrido del mes ha ganado con las acciones esto —dijo anotando una cifra, y luego otra que era el cálculo de las ganancias hasta el último día. Le restó lo del arriendo de la casa y la donación al orfanato y obtuvo una nueva cifra—. Es un dato aproximado, pero la dejo enterada para que sepa cuánto debe recibir a finales de mes.

Mercedes se asombró al ver el resultado. El contador se molestó con el modo con que sondeaba las cuentas.

—Es más o menos lo que deben entregarle —le dijo haciendo sonar la cerradura del maletín—. No me interesa que no me crea.

Mercedes no dejó de observar el papel.

—No puede ser —susurró. El contador dio un golpecito en la mesa.

—Hágalas revisar de nuevo para que se dé cuenta —dijo. No podía entender el hechizo que las cifras producían en Mercedes Callejas.

—No puede ser —dijo ella susurrando aún. El contador se sorprendió. La mujer alzó los ojos hacia él—. No puede ser tanto.

—Eso es. Hice bien los cálculos.

—¿Subieron las acciones?

—Muy poco. En otros meses han producido más.

—Debe haber un error —dijo Mercedes. El contador estaba desconcertado.

—¿No recibe usted siempre las cuentas?

Mercedes repasó de nuevo la cifra.

—Esto es el doble de los otros meses.

—Es lo mismo —dijo el contador presentándole un papel que había adjuntado a las acciones—. En la empresa me dieron estos saldos. Yo los pedí porque las cuentas con mis clientes me gustan claras.

Mercedes tomó temblorosa el papel. El contador la vio examinarlo varias veces y vio que cada vez que levantaba la cara para luego revisarlo sus ojos adquirían un tamaño mayor, y la vio dejar quieta por fin la cabeza con los ojos muy abiertos, intensamente perplejos, la vio iniciar un gesto con las manos y la vio alcanzar a separarse unos milímetros del asiento antes de quedar inmóvil del todo.

Gregorio Camero apuró el paso por el corredor y alcanzó al compañero de trabajo cuando salía a la calle. El compañero sintió la palmadita en la espalda y se volvió sin detenerse. Gregorio Camero se puso a su lado y le preguntó si llevaba prisa.

—Yo tengo que coger dos buses para ir a la casa —contestó el compañero sin darle la cara— y dos para regresar.

—Necesito que me hagas un favor.

—El que quieras —el compañero pareció apresurar más el paso —, pero nada que tenga que ver con dinero.

—Era eso.

—No tengo un centavo.

—Nadie tiene —Gregorio Camero iba al lado del compañero de trabajo con la impresión de que lo perseguía. El compañero mantuvo su paso.

—¿Y nadie sabe cuándo pagan? —preguntó.

—Cuando haya plata —repuso Gregorio Camero—. Eso dicen.

El compañero levantó la mano para despedirse y dobló la esquina. Gregorio Camero se fue para la casa y antes de que Doris sirviera el almuerzo estuvo rodando por su alcoba, y después Hortensia lo vio recorrer la casa y salir sin que quedara satisfecho con lo que había encontrado. Ella se dirigió para su cuarto y oyó a Doris ordenarles a Emilia y a León que se cambiaran de ropa si iban a jugar a la calle. Escuchó el ruido de los platos al ser lavados y colocados en el escaparate y los pasos de Doris por el corredor. Luego la casa se quedó en silencio. Seguramente Doris estaba en su butaco remendando ropa. Hortensia permaneció más tiempo en el cuarto a pesar de que ya tendría que estar en la casa de Alicia. Sabía que su prima debía de estar asomada en la ventana, esperando a que apareciera por la esquina. Hortensia contuvo sus deseos de salir y antes de hacerlo pensó otro rato en su prima. Alicia la contempló atravesar la cuadra, y a pesar de que podía calcular el momento en que estuviera ante la puerta, no fue a

abrirle. Antes lo hubiera hecho, pero ahora esperó a que entrara para bajar a recibirla. Y le dijo que por poco no la encuentra, ya que se disponía a salir a la calle, y se quedó en silencio hasta cuando Hortensia accedió a darle una explicación. Luego las dos primas se dirigieron al cuarto. Tal como Hortensia había presumido, el osito de felpa ya no estaba sobre la cama de Alicia. El día anterior Hortensia había comentado que no le gustaba y Alicia lo había hecho desaparecer esa misma noche. Pero en su lugar colocó un león, también de felpa y tan llamativo como el oso. Las dos muchachas se sentaron a oír discos y de los que Alicia tenía escogidos escucharon unos pocos. Los demás serían arrumados en un rincón sin que nadie volviera a acordarse de ellos porque a Hortensia no le habían agradado del todo, así como varias revistas irían a parar al fondo de la cómoda. Pasaron otro rato en el cuarto y después decidieron ir a dar una vuelta. En el primer piso de la casa, Nomar Mahid hablaba por teléfono y Cecilia esperaba a que lo desocupara para también hacer algunas llamadas. Las muchachas se despidieron de la mujer con un beso y de Nomar Mahid con una sonrisa para no interrumpir su charla. Él les correspondió, pero al momento retiró la cara para contestarle a Solimán.

—Nadie sabía nada —le dijo—, a nadie le dejaba conocer más de lo que le convenía.

—Ese tipo es un genio —dijo Solimán—. No merecía que le hicieran eso.

—Lo malo es que cuando se recupere va a preferir haberse muerto —dijo Nomar—. Por fortuna la recuperación va a ser más lenta de lo previsto porque lo tuvieron que trasladar a la clínica de los Seguros Sociales.

—Pero tú me dijiste que el esposo de su hija lo estaba ayudando.

—Hasta donde le es posible, que no es gran cosa. Lo único que ha hecho es darle el pasaje a Rosario para que se reuniera con Enriqueta en Nueva York. Enriqueta no quiso venir a pesar de que a Rosario le costó trabajo no enfermarse de verdad.

—Quizá lo lleve también a él a vivir allá.

—Lo meterán en la cárcel tan pronto se recupere —dijo Nomar —. Cada día aparecen nuevos acreedores que hasta el momento de enterarse de las cosas pensaban que eran los únicos.

—Estoy por creer que ese tipo hubiera sido capaz de invadir a

los Estados Unidos —dijo Solimán—. A ti, por ejemplo, te salvó el tiro que le pegaron a él. Pero eso no quiere decir que no te haya estafado.

Cuando Nomar terminó la conversación, Cecilia llamó a algunas amigas. Luego marcó el número de la casa de Mercedes e intentó una vez más comunicarse con sus tías. Al otro lado el teléfono sonó sin que nadie levantara la bocina. Victoria y Ángel se miraron y Julia continuó tejiendo. A través de los lentes los ojos se veían hinchados y rojos. Amador no estaba porque había salido después del almuerzo. Ángel, en cambio, acababa de llegar. Hasta ahora había ido todas las tardes a visitar a sus hermanas, pero ya no había mucho de qué hablar. Ni siquiera de lo que podía hacerse por Mercedes. Ella había reaccionado a los pocos días. El médico, sentado a su lado, sintió de pronto que su respiración era más profunda y que sus ojos empezaban a ver. Mercedes permaneció tendida así varias horas, como si terminara de volver al mundo, y luego se incorporó lentamente. El médico pasó una semana buscando un nuevo logro, pero ya se había enfrentado a casos similares y sabía que era inútil abandonar la atención de otros pacientes para dedicarse sólo a este. Desde entonces sólo iría a la casa a hacer las visitas reglamentarias, tantas como podía pagarle la familia Callejas, que no eran muchas dada la calidad del especialista. Mercedes dormía muy poco y a veces con los ojos abiertos, se despreocupó del cuidado personal y deambulaba por la casa como si inspeccionara cada uno de sus objetos, y no hacía caso de ninguna voz y en su mirada se veía un constante recelo. El médico dijo que era lento lo que podía hacerse por ella y que nada aseguraba que recuperaría sus facultades. Entonces hubo que hacer algunos cambios. En adelante, Ángel manejaría las acciones de Mercedes, que, de común acuerdo entre los hermanos, pasaron a nombre de Victoria. Según la ley, ateniéndose a la jerarquía de edades, debía ser Amador quien se responsabilizara de los papeles, pero él concedió el traspaso a su hermana a cambio de que lo dejaran regresar a la casa. De todas maneras Victoria iba a proponérselo, así como le pidió Ángel que volviera al lado de ellas, esta vez en compañía de Rosa y del niño. Pero Rosa no aceptó.

—Hubiera preferido que la invitación fuera por lástima —le dijo a Ángel. Sin embargo el mismo día que desapareció el candado de

la puerta de Amador, se abrió también el cuarto de Ángel. Él almorzaba a veces en la casa de sus hermanas, luego de avisarle a Rosa que no iría al apartamento, y hacía una siesta antes de salir. Por ese entonces empezaba a echar de menos la premura por telefonear a Mercedes a la casa, el afán de pasar por el apartamento, la prisa por llegar a comer a la hora justa donde sus hermanas. Ahora era como si el tiempo le alcanzara para todo. Y esa tarde, ya en el café Pasaje, sintió también que le hacía falta mirar constantemente el reloj para salir a la seis menos cuarto y llegar a la puerta del Ministerio cuando apareciera Gregorio Camero. A esa hora no resistió la tentación y fue a buscarlo. Tenía ganas de invitarlo a un café y de hablar con él paseando por la carrera Séptima. Los empleados ya estaban saliendo y Ángel Callejas miró por encima de ellos a lo largo del corredor. Al principio los empleados abandonaron en tropel el Ministerio, después la aglomeración disminuyó y surgieron en grupos grandes, enseguida en grupos de cinco y seis y por parejas, y Ángel Callejas observó el corredor que iba quedándose vacío y en el que por último sólo aparecía un hombre poniéndose el abrigo sin detenerse o una mujer presurosa buscando el dinero del bus entre la cartera. Ángel Callejas se acercó al portero y le preguntó si conocía a Gregorio Camero. El otro hizo un gesto por el que Ángel Callejas se enteró de que lo conocía de sobra. Entonces le preguntó si lo había visto salir.

—Quizá lo haya visto pero no me he dado cuenta —contestó el portero—. Aquí todo el mundo corre para que no se le escape el bus.

Ángel Callejas alcanzó a consultar el reloj tres veces antes de saber que era inútil esperar más tiempo. Gregorio Camero vio introducirse por la ventana los últimos resplandores del día que se convertían en una penumbra amarilla al confundirse con la luz de los bombillos: en el amplio salón de techo alto y manchado de goteras, de paredes cuarteadas, impregnado de humo de cigarrillo, no quedaba más que el desorden de papeles arrugados, gavetas a medio cerrar y escritorios de mal aspecto. Bajó al primer piso y en la puerta se encontró con el portero, un hombre a quien hacía quince años había visto encanecer al tiempo que él. Se alejó del Ministerio y tomó por una calle estrecha y atiborrada de diferentes

comercios y puestos de comida. Al llegar a la esquina se detuvo y acarició por encima del abrigo el pequeño estuche que llevaba en el bolsillo del saco. Fue un gesto de ternura, pero no de arrepentimiento ni de duda. Caminó hasta el sector de las prenderías e hizo un recorrido buscando en el interior de los locales al prestamista que tuviera mejor cara y el negocio en el que hubiera menos gente. Miraba de reojo para disimular su atención, pero pensó que podían confundirlo con un asaltante o con un detective, y se decidió por la Compra y Venta Agudelo en la que sólo había un cliente negociando con el prestamista. Se instaló en la acera de enfrente, a la hora en que levantaban los restos del mercado del día y los niños corrían tirándose desperdicios, y desde ahí vio a los dos hombres charlar de buenas maneras como si no trataran asuntos de dinero. Acarició de nuevo el estuche, pero esta vez sólo para sentir que estaba en su sitio. Se trataba de un prendedor que había pertenecido a Ester y al que Gregorio Camero recurría ahora luego de haber buscado en cajones y cómodas algún otro objeto de ese valor, fácil de llevar y cuya desaparición no perjudicara en nada a los muchachos. Hubiera querido esperar a que saliera el cliente de la prendería, pero un grupo de perros empezó a husmear a su alrededor y unos hombres cargados de jotos pasaban delante de él obstaculizándole la mirada. Entonces cruzó la calle y entró al local. El prestamista y el otro hombre estaban separados por un mostrador sobre el cual había un reloj. Gregorio Camero se puso a observar la mercancía apeñuscada en anaqueles y escaparates, eludiendo, en una actitud de pudor, que le vieran la cara. El prestamista y el otro hombre se quedaron en silencio apoyados sobre el mostrador. Luego el prestamista se irguió y retiró el reloj con las puntas de los dedos.

—Veinte —dijo, y fue a atender a su nuevo cliente.

—Está bien —dijo el otro hombre. El prestamista tomó el reloj, elaboró las facturas y le entregó el dinero. Cuando volvió ya Gregorio Camero sostenía el estuche en la mano. El prestamista lo interrogó con un movimiento de cabeza y él le estiró el estuche. El prendedor era de oro y tenía engastada una pequeña esmeralda. El hombre lo examinó con ojos expertos, dándole vueltas entre los dedos y alejando y aproximando la mano. Lo colocó de nuevo en el estuche y lo dejó en el mostrador. Gregorio Camero esperó, pero el otro no propuso nada. Entonces Gregorio Camero le preguntó

cuánto daba. El prestamista miró el estuche y levantó los ojos lentamente a los de su cliente para darle a entender que ese no era el modo de negociar.

—La alhajita es suya —dijo. Gregorio Camero iba a ponerle precio pero creyó conveniente advertir primero que era una joya fina. Las facciones del prestamista no se alteraron en lo mínimo. No miraba el prendedor ni la cara del otro.

—No mucho —miraba a una mujer que pasaba por la calle.

—Vale más de seiscientos —dijo Gregorio Camero—. Deme doscientos.

—¡Está loco! —exclamó el prestamista con deliberada incredulidad.

—No vengo a empeñarlo sino a venderlo.

—Yo no soy reducidor.

Gregorio Camero se sintió ultrajado.

—El prendedor no es robado.

—No estoy diciendo eso, digo que yo empeño cosas, no compro.

Gregorio Camero esperó un momento antes de preguntarle de nuevo cuánto estaba dispuesto a ofrecer. El prestamista observó el prendedor sin tomarlo, con una mirada que daba la impresión de que estaba a gran distancia del objeto. Luego miró a Gregorio Camero para medir la necesidad de su cliente, y rechazó el ofrecimiento y fue a sentarse en un escritorio situado al fondo del local. Gregorio Camero lo dejó acomodarse.

—Deme ciento sesenta —dijo. El prestamista no respondió y se dedicó a transcribir en un cuaderno los números de una factura. Sabía que el silencio no demoraría mucho y sabía también la cifra que iba a escuchar.

—Ciento treinta.

El prestamista sumaba con rapidez sin equivocarse con los resultados y elaboró otra operación antes de suspender el trabajo. Alzó los ojos sin erguir la cabeza.

—Todavía es mucho —dijo. Gregorio Camero guardó silencio.

—Cien —dijo luego. En ese momento entró una mujer que se hizo a su lado. Él dio un paso atrás y mientras simulaba observar unos vestidos trató de descifrar el cuchicheo de la mujer y el prestamista. Después escucho los pasos fuertes de la mujer que se dirigía a la puerta maldiciendo entre dientes. Cuando volvió al

mostrador el prestamista estaba de nuevo trabajando en los cuadernos, anotando atentamente las cifras como si su cliente no permaneciera ahí.

—Cien —repitió Gregorio Camero. El prestamista se levantó a mirar el prendedor y sin decir nada regresó al escritorio. Era como si se le hubiera olvidado la apariencia del objeto. Gregorio Camero veía al prestamista sentado debajo de su mirada.

—Noventa —dijo, y dejó pasar unos instantes para agregar decidido—: Ochenta, ni un centavo menos —vio al prestamista incorporarse y lo esperó con firmeza. Pero el prestamista se encaminaba hacia dos clientes que acababan de entrar. Sin embargo se acercó al estuche como haciéndole una concesión. Esta vez parecía que ni siquiera lo estaba mirando y lo empujó suavemente con las puntas de los dedos.

—Sesenta —dijo, y se dirigió a sus nuevos clientes. Gregorio Camero identificó la sensación de impotencia.

—Está bien —dijo. Cuando salió había oscurecido del todo y un ventarrón bajaba desde los cerros y se metía por entre las calles. Caminó con las manos en los bolsillos y no sintió el sudor entre los dedos que apretaban los billetes sino al librarlos para buscar el paquete de cigarrillos. Encendió uno y aspiró el humo con fuerza, como le gustaba hacerlo, y lo chupó varias veces con intervalos muy cortos, y al terminarlo encendió otro con la colilla del primero. Ya en ese momento el episodio del prendedor le parecía un trastorno pasajero. Sintió deseos de pasar por el café, pensando que quizá aún era tiempo de encontrar al tío Ángel y llevarlo a que conociera a Margarita. Se dirigía hacia allí cuando alguien lo tironeó del abrigo y lo llamó, pero entre el tumulto y los vendedores ambulantes que anunciaban manzanas de California e incienso mágico de Arabia Gregorio Camero creyó que era un empujón más de la calle. Entonces el tío Amador lo detuvo de un brazo.

—Hola, viejo —le dijo— ¿*Quo Vadis*?

Gregorio Camero siguió adelante y el tío Amador dio un brinquito para ponerse a su lado.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó. Gregorio Camero levantó los hombros.

—Voy al Pasaje —dijo. El tío Amador le pidió un cigarrillo con una seña. Gregorio Camero se dio cuenta de que había recobrado

del todo el humor pues se lo ofreció sin que le molestara ese gesto.

—¿Sales del trabajo? —le preguntó al tío Amador. Él le hizo otra seña para pedirle un fósforo.

—¿Qué tal tus relaciones con el ministro? ¿Progresan? —dijo, no porque intentara devolver la burla, sino porque no podía abstenerse de colocar una broma a las que estaba acostumbrado con sus amigos. Luego se aproximó más a Gregorio Camero—. ¿Sabes?, me dijeron que el nuevo ministro es marica.

—¿Marica? —dijo Gregorio Camero revelando en el tono que el nuevo ministro era todo lo contrario—. Maricas somos nosotros que llegamos a viejos sin un peso.

—Parece que te estuvieras quejando —dijo el tío Amador—. Tú por lo menos tienes un trabajo y eso en este país es como ganarse la lotería.

—Debes estar contento de no habértela ganado —repuso Gregorio Camero—. Cuando te entregan el premio la única sensación que te queda es la de que te han estafado.

—Pero tú tienes la ventaja de que te faltan pocos años para jubilarte. Después recibes tu pensión y aparte de eso buscas otro puesto.

—Yo ya estoy muy viejo para eso.

—¿Viejo? Tú no tienes más de sesenta años. Y además uno es joven hasta cuando se le da la gana.

—En este país la gente empieza a sentirse vieja a los cuarenta, y en ningún sitio lo aceptan para trabajar.

—En parte estoy de acuerdo contigo, aunque no creo que las cosas estén tan mal.

—Están peor de lo que parecen.

—Sin embargo hay quienes dicen que Bogotá es el mejor vividero del mundo.

—Tú estás más jodido que cualquiera en este país y te pones a defenderlo.

—Porque lo quiero —dijo el tío Amador.

—Yo también lo quiero, pero no lo defiendo —dijo Gregorio Camero—. Eso sería jugarle sucio a la propia desgracia.

El tío Amador observó a Gregorio Camero. Le pareció demasiado trascendental.

—¿Sabes, Gregorio? —le dijo—. Tú eres un hombre chistoso.

—Todos los hombres son chistosos —dijo Gregorio Camero—. Lo que sucede es que a unos se les nota más que a otros.

Caminaban con el paso lento de quien se dedica a dar un paseo nocturno. Sin embargo Gregorio Camero lo aminoró más, casi hasta detenerse, y el tío Amador lo cogió hábilmente del brazo y lo obligó a seguir adelante. Fue un gesto inútil pues lo único que pretendía Gregorio Camero era abrirse un poco el abrigo. El tío Amador lo guío unos pasos más y reanudó la conversación como si fuera necesario para poder continuar a su lado.

—Claro que en este país las cosas no están bien del todo —dijo —, pero hay que tener en cuenta varios factores. A veces el verano es tan fuerte que no deja cosechar, y a veces el invierno destruye las cosechas.

Gregorio Camero ya había oído ese cuento. El tío Amador prosiguió:

—¿Oíste el último discurso del presidente? ¡Es que el trópico es una vaina, viejo! No se puede luchar contra los elementos.

—Me parece que estás viendo televisión más de la cuenta —dijo Gregorio Camero—. Yo ese programa ya me lo sé de memoria.

—Quizá el gobierno podría hacer una buena obra si la gente no lo criticara tanto. Piensa en las grandes empresas que se han llevado a cabo, industrias, carreteras, piensa en los parques, en los centros de beneficencia, en los monumentos.

—A mí no me ha servido nada de eso. Y a ti tampoco.

—Mira a tu alrededor —continuó el tío Amador—, avenidas, edificios.

Gregorio Camero sonrió. No se convencía de que el otro hablara en serio.

—Eso hay que hacerlo por obligación —dijo—. O es que quieres que le pongan una bomba a lo que ya está hecho para poder decir que este gobierno no sirve para nada.

Estaban a poca distancia del café. Caminaron en silencio hasta allí y cuando se encontraban a unos pasos de la puerta el tío Amador se detuvo y dijo que se marchaba. Gregorio Camero lo convidó a entrar pero el tío Amador repuso que tenía prisa. Gregorio Camero le estiró la mano y el tío Amador se la tomó sin fuerza, y se la retuvo unos instantes como si todavía no fuera tiempo de separarse. Aún después de que se la soltó dejó de pasar

otros segundos antes de decirle que necesitaba que le hiciera un favor. Gregorio Camero no creyó que fuera cierto. Sintió rabia.

—Tú siempre tienes que dañarlo todo —dijo.

—Eso es lo amargo de la necesidad —repuso el tío Amador—, dañar los buenos momentos.

—No creo que tu necesidad sea tan grande como para eso.

—No es muy grande, pero sí urgente —dijo el tío Amador—. Necesito que me prestes unos pesos hasta mañana, mientras me pagan un trabajo que hice hoy.

Gregorio Camero no respondió. El tío Amador esperó un rato.

—No es mucho —dijo luego. Gregorio Camero parecía estar pensando.

—El problema es que tengo un billete de quinientos —dijo.

—¡Quinientos pesos! Vamos a cambiarlo.

—No voy a cambiar un billete de quinientos sólo por prestarte unos pesos.

—De todas maneras tendrás que cambiarlo.

—Pero no ahora —dijo Gregorio Camero e intentó avanzar cuando ya el tío Amador se había interpuesto en su camino. La calle estaba llena de gente y de los gritos de los muchachos que vendían prensa y lotería. Gregorio Camero dio un paso a un lado y de nuevo el tío Amador estorbó su movimiento.

—No es justo que me dejes sin un centavo mientras tú llevas ahí un billete de quinientos.

—Eso no es nada comparado con los gastos que debo hacer.

—Lo único que te pido son unos pocos pesos.

Gregorio Camero dio un paso hacia el lado contrario. El tío Amador lo dejó libre.

—No pienso pedírtelo más porque parecería que te estuviera rogando —le dijo—. Pero deberías hacerlo, aunque sea porque ya sabes que mañana no me pagan ningún trabajo.

Gregorio Camero no avanzó más de medio metro. Pareció dudar y se volvió. Sabía que podía ser un recurso del tío Amador, pero aunque no lo fuera accedió sin temor a cobrarle su sinceridad.

—Lo difícil es cambiar un billete de quinientos pesos —dijo.

—En cualquier almacén grande te lo cambian.

—Tiene que ser en un sitio donde lo conozcan a uno.

—A ti te conocen en muchas partes.

—A mí no me conocen sino en el Pasaje.

—Prefiero que no sea ahí —dijo el tío Amador—. No quiero hacer pública mi necesidad.

Como tampoco Gregorio Camero tenía intenciones de efectuar la operación en el Pasaje aceptó ir a otro lugar. No pensó mucho para proponerle al tío Amador el café al que podían dirigirse. Ya en la puerta, el tío Amador dijo que lo esperaba afuera, pero a Gregorio Camero no le pareció correcto.

—Tenemos que tomarnos algo —dijo—. No se puede llegar a ninguna parte sólo a pedir un favor.

—Yo no tengo ni para los tintos —dijo el tío Amador, sin abandonar su decoro en cada ocasión en que podía hacer manifiesta su penuria. El lugar estaba lleno pero Gregorio Camero logró una mesa ubicada a su gusto, en la que él quedara colocado de frente a la puerta de la calle. Pidió dos cafés dobles y le ofreció un cigarrillo al tío Amador. Él lo observó satisfecho y atónito. Bebió un buen sorbo de café que paladeó antes de pasarlo y aspiró fuerte el cigarrillo.

—¿A quién conoces aquí? —preguntó al tiempo que el humo le salía copiosamente por la boca y la nariz.

—Al cajero.

—Esa es la persona más importante —dijo el tío Amador mirando al hombre situado detrás de la caja registradora. Sin dejar de asentir con la cabeza volvió los ojos a Gregorio Camero—. Eso es lo bueno de los amigos, lo sacan a uno de aprietos. Y uno tiene el gusto de ayudarlos cuando es necesario.

Gregorio Camero hizo un esfuerzo para no replicar. Asintió también, en silencio, y bebió su café casi hasta desocupar la taza, soportando el ardor de líquido hirviente y la quemazón de no poder decir lo que quería.

—Un día yo le serví de testigo en una pelea que hubo aquí —dijo aludiendo al cajero—. Si no hubiera sido por mí lo meten en la cárcel.

El tío Amador no necesitaba de esa prueba para darse cuenta de que Gregorio Camero no sabía mentir. De pronto sintió que tenía enfrente a una persona distinta. A alguien de cuidado. Lo más refinado de su intuición le previno que debía concluir de una vez con el asunto. Esperó en silencio hasta cuando ambos consumieron

el café y el cigarrillo. El alboroto de las voces y la música del traganíquel se le hicieron azaradores.

—Tengo prisa, Gregorio —le dijo—. Me esperan en un sitio lejos de aquí.

Gregorio Camero se percató de la inquietud del otro y procuró dominar la suya.

—Es un gasto muy pequeño para un billete tan grande —dijo. Le pidió a la mesera otros dos cafés dobles y le ofreció un nuevo cigarrillo al tío Amador. Él lo aceptó con recelo. No se explicaba lo que sucedía, pero sospechó que Gregorio Camero no le daría el dinero. Sospechó que le había mentido durante todo el tiempo.

—No hay necesidad de que cambies el billete —le dijo—. Me basta con que me prestes unas monedas para el bus.

—De todas maneras tengo que cambiarlo para pagar los tintos —repuso Gregorio Camero. Levantó su taza para beber un sorbo y el tío Amador lo imitó. No sintió el gusto agradable del café. Se sintió atrapado en una situación precipitada que le exigía un tipo de relación diferente que era necesario cambiar a su favor. No sabía cómo hacerlo y prefirió resignarse a que todo se redujera a que Gregorio Camero pagara los cafés.

—No puedo esperar más —dijo. Se notaba su afán por huir del lugar. Gregorio Camero se lo impidió.

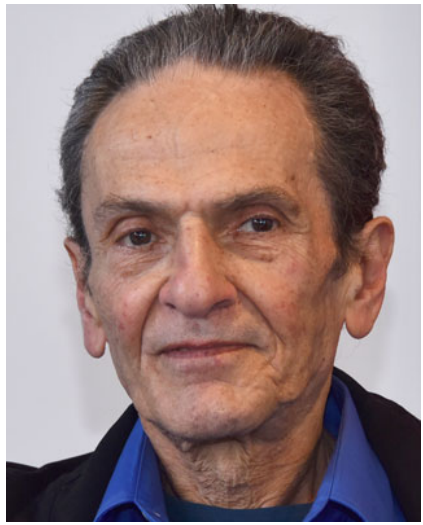
—Por venir hasta aquí no pude encontrarme con tu hermano Ángel en el Pasaje —dijo—. Te estás portando como si fueras tú el que me estás haciendo el favor.

El tío Amador no se sintió insultado. Supo que eso hacía parte de la estratagema de Gregorio Camero, pero no sabía adónde pretendía conducirlo. Y no quería averiguarlo.

—Pues es mejor que no haya ningún favor de por medio —dijo —, así puedo salir de aquí cuando yo quiera.

—Está bien, excúsame —dijo Gregorio Camero. El tío Amador no creyó en la sinceridad de esas palabras, pero lo sorprendió la fortaleza de Gregorio Camero por hacerlo permanecer en el lugar, el autocontrol que ejercía a tal grado sobre sus movimientos que al final les hacía perder su naturalidad. El barullo del café, y su propia tensión, se le fueron de su dominio. Insistió en que se marchaba. Parecía pedir permiso para escapar de una trampa. También Gregorio Camero daba la impresión de querer huir. Dudó un

instante, y cuando llegó al límite en que podía arrepentirse de su propósito se levantó y le dijo al tío Amador que iba al orinal. El tío Amador lo vio desaparecer y lo insultó en silencio. Estaba dispuesto a irse tan pronto como Gregorio Camero regresara, sin permitirle siquiera sentarse, y terminar así por su cuenta la burla. Lo esperó. Lo esperó hasta cuando ya era imposible que no hubiera regresado. Sin embargo lo esperó aún más. Luego, con un movimiento que estuvo acorde con un súbito presentimiento, volvió la cara hacia la puerta de la calle y vio afuera unas luces distintas en la oscuridad de la noche, y las personas que no conocía y los rostros que no le eran familiares porque no habían estado ante él durante media hora. Oyó el ruido de los automóviles, las bocinas, las voces de los vendedores y el pasar de la gente. Volteó la cara al interior y se encontró solo. Buscó más tiempo. Frente a él tenía cuatro tazas de café vacías y un cenicero lleno de colillas.



Luis Fayad es un escritor bogotano que hace parte de esa literatura nacional que ha nacido en geografías lejanas de Colombia. Entre sus oficios se encuentran la docencia y el periodismo, sin embargo, su vocación literaria es la que más legado nos ha heredado. Fayad ha escrito tres libros de cuentos: Los sonidos del fuego (1968), El olor de la lluvia (1974) y Una lección de vida (1984). Además ha escrito un número importante de novelas, entre ellas Los parientes de Ester (1978) —la cual fue su ópera prima en narrativa de largo aliento y es la primera obra que propuesta para el reto de 5 libros en 2022—. Otras novelas suyas son: Compañeros de viaje (1991), Testamento de un hombre de negocios (2004) y Regresos (2014).

Si hablamos de Luis Fayad no podemos omitir la ciudad como un espacio crucial dentro de su vida y obra, ya que ha nutrido sus señas particulares como escritor. Bogotá fue el lugar donde nació en 1945, allí pasó su infancia y juventud y se definirían sus valores como persona. En Barcelona empezó a consagrarse como escritor. Y en Berlín, Alemania, el lugar donde reside actualmente, ha producido y establecido su camino literario. El tránsito representa no solo una movilidad física en el espacio sino también en la experiencia de vivir.

Esta literatura retrata el país y las transformaciones sociales y

culturales que atraviesa. Parte del localismo y lo transforma en algo más grande. Comenta Fayad: “en mis libros hay personajes colombianos, pero que viven en situaciones universales”, en la entrevista de La madeja desenvuelta. Para el autor, el espacio que habita no es definitivo ni requiere la omisión de otros espacios, y esto lo demuestra también su creación. Podemos decir que la literatura es un lugar de encuentros y desencuentros.

Fayad hace parte del rastro de la migración árabe en Colombia, así como lo han sido otros escritores como Raúl Gómez Jattin y Meira del mar. El autor apuesta por hacer un reconocimiento de este fenómeno social que ha enriquecido y diversificado los elementos culturales del país como la gastronomía, la literatura, el sector textil, la política y se ve reflejado en su novela La caída de los puntos cardinales (2000).

El bogotano pertenece a una generación que apareció en la escena literaria de Colombia justo después del boom latinoamericano. Vale la pena recordar que éste fue un fenómeno literario en Latinoamérica que renovó el lenguaje, las convenciones de la literatura tradicional y que desafió las estructuras políticas de la historia americana. Se desarrolló entre 1960 y 1970. Fue encabezado por Mario Vargas LLosa (Perú), Gabriel García Márquez (Colombia), Julio Cortázar (Argentina) y Carlos Fuentes (México), aunque hay otros autores que también lo constituyeron. Lo que produjo fue un efecto editorial que permitió que lo escrito en Latinoamérica empezara a leerse en Europa y otras partes del mundo (cosa que no había sucedido hasta el momento), gracias a la venta de miles de copias de las obras más representativas de estos autores y sus respectivas traducciones.

Así pues, tanto Fayad como los escritores que empezaban a gestarse en este tiempo tenían el reto de escribir una literatura que no prolongara los registros, las temáticas y el lenguaje que caracterizaba la historia previa, sino que le apostara a crear una nueva propuesta estética que cambiara las formas y las problemáticas de la literatura, que re-significaran las formas de ver el mundo.

Esto no implica, por supuesto, un desconocimiento o desprecio por los elementos que han marcado significativamente la historia de la

literatura latinoamericana con anterioridad, pero sí la intención de innovación en la literatura.